

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ
ESCUELA DE POSGRADO



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DEL PERÚ

*“El Estallido de la Gran Guerra desde la perspectiva de la
prensa peruana”*

Tesis para optar el grado de Magíster en Historia

AUTOR

Francisco José Criado De Rivera

ASESOR

Jorge Luis Lossio Chávez

JURADO

Iván Teófilo Hinojosa Cortijo

Gastón Antonio Zapata Velasco

LIMA – PERÚ

2017



RESUMEN

La presente investigación está centrada en el estallido de la Gran Guerra de 1914, desde la perspectiva de la prensa peruana. El período cubre concretamente los sucesos que abren el conflicto desde el atentado de Sarajevo hasta septiembre de 1914, cuando la guerra entra a un proceso de estancamiento, a partir del cual se percibe que los beligerantes han agotado sus posibilidades de resolver las acciones antes de Navidad. Primero, existe por parte de la prensa un gran interés por cubrir la mayor cantidad de sucesos, y en materia de opinión, los temas más destacados son las causas, dimensión, trasfondo y eventuales consecuencias del conflicto, además de temas estratégicos, políticos y diplomáticos, destacando en lo militar el frente occidental. Segundo, hay mucha incertidumbre en cuanto a algunos sucesos, lo que se denota en las contradicciones de noticias, sobre todo en cuanto al frente oriental. Tercero, con excepción de *La Patria* que se inclina a favor de Alemania, las principales simpatías son hacia Francia y los países menores Bélgica y Serbia; con las demás potencias, las opiniones son más ambivalentes. Cuarto, hay poco conocimiento de la estrategia militar, prevaleciendo la idea de ataques frontales y una batalla decisiva, con mucha expectativa respecto a grandes combates navales y una lucha aérea casi fantástica. Quinto, hay un buen conocimiento de la geopolítica mundial y una visión bastante integral sobre las causas y consecuencias de la guerra. Sexto, es muy poco lo dedicado al socialismo y pacifismo. Séptimo, se percibe una apología al progreso científico e intelectual, aunque moderada, dada la fortaleza del elemento nacionalista. Octavo, fue surgiendo una polarización entre francófilos y germanófilos, que conllevó a un debate en diversos aspectos. En suma, el hecho que las noticias cablegráficas y artículos de opinión se mantuvieran y multiplicaran paulatinamente, era prueba que el público estaba ciertamente interesado en la Gran Guerra.

CONTENIDO

Introducción	5
Capítulo 1: La Prensa Peruana en 1914	8
Los principales medios	9
Acotaciones Previas.....	11
El pensamiento nacional de la época.....	12
Capítulo 2: La Crisis de Julio	17
El atentado de Sarajevo	17
El conflicto austro-serbio.....	21
El enfrentamiento franco-alemán	23
Causas y trasfondo de la guerra.....	26
Socialismo y pacifismo.....	32
Capítulo 3: Los Cañones de Agosto	35
La cuestión austro-serbia	36
Alemania, ¿potencia agresora?	38
La predilección por la Tercera República.....	41
Las causas de la guerra	43
La apertura del frente occidental	48
Bélgica: alabanzas por doquier.....	54
El frente oriental: desconocimiento de las acciones.....	56
El inicio de la guerra naval y aérea.....	58
Las perspectivas de la guerra.....	60
Capítulo 4: Septiembre, se llega a un Punto Muerto	68
La debilidad austriaca.....	69
Mayor trascendencia de Gran Bretaña.....	71
Las causas de la guerra: el debate continúa.....	72

El Frente Occidental: de la Batalla del Marne a la Carrera hacia el Mar	78
Galizia, Prusia Oriental y Serbia: conocimiento ambiguo	84
Combates navales: más táctica que estrategia	88
Las atrocidades alemanas en Bélgica y su trasfondo en los medios peruanos	91
El socialismo nuevamente	93
El caso de Suiza.....	94
Las perspectivas creadas por la Batalla del Marne.....	95
Conclusiones.....	99
Bibliografía.....	103



INTRODUCCIÓN

El presente trabajo de investigación está centrado en la reacción de la prensa peruana ante el estallido de la Gran Guerra, concretamente ante los sucesos que abren el conflicto desde el atentado de Sarajevo el 28 de junio de 1914, hasta el mes de septiembre del mismo año inclusive, momento en que la guerra entra a un proceso de estancamiento a partir del cual se percibe claramente que los beligerantes han agotado todas sus posibilidades de resolver las acciones en un breve tiempo antes de Navidad. La elección de este período específico se debe a la magnitud de datos existentes y a que se trata de la primera fase del conflicto.

Desde las guerras napoleónicas cien años atrás, Europa no experimentaba una guerra a escala continental y para el Perú fue la primera ocasión en su historia republicana vivir una coyuntura semejante, en una época en que las relaciones comerciales, financieras y diplomáticas no permitían que un país en el mundo pudiera permanecer al margen. Por ello, la Primera Guerra Mundial fue para el Perú republicano una experiencia única desde el punto de vista internacional, y la reacción del país ante la misma constituye una forma de abordar ideologías e intereses de los diversos grupos sociales a través de sus comentarios y expresiones en la prensa, sobre todo en cuanto a su relación con los países beligerantes.

En segundo lugar, el inicio de la contienda se caracterizó por su vertiginosidad y algunos resultados inesperados: desde la crisis diplomática de julio hasta giros continuos en la suerte de los combates en los frentes occidental y oriental, la derrota austriaca ante la débil Serbia, la expansión de las acciones con la entrada de Japón e incluso operaciones navales en aguas lejanas a Europa, así como el inicio de la incipiente guerra aérea y otras cuestiones adicionales. Esta “avalancha” de acciones creó un ambiente internacional muy particular no sobrellevado hasta el momento en el Perú, y gracias a la rapidez de las comunicaciones por el telégrafo, esta vez se trataba de algo totalmente novedoso en toda su historia.

Finalmente, la Gran Guerra está viviendo actualmente su centenario y la producción historiográfica referente a ella se ha incrementado particularmente en los últimos años. El Perú no ha sido ajeno a ello y puede mencionarse la compilación de Fabián Novak y

Jorge Ortiz en “*El Perú y la Primera Guerra Mundial*”¹, donde se estudian a grandes rasgos los aspectos diplomáticos, militares y económicos del país con relación al conflicto. El presente trabajo busca entonces complementar dichos estudios desde un enfoque periodístico e ideológico, pero en general pretende contribuir a la escasa dedicación que se le ha brindado a dicha guerra en general, tanto en la historiografía peruana como latinoamericana. Igualmente, es una forma de aproximarse al estudio de la posición peruana con relación a las principales incidencias mundiales.

Partiendo de lo antedicho, el objetivo primordial de este trabajo es estudiar cómo se vivió el estallido de la Gran Guerra en la prensa peruana, buscando delinear las posturas de los principales medios y columnistas de la época, intentando encontrar una relación con las estructuras políticas, sociales y económicas imperantes, así como con la coyuntura en el marco de un conato de militarismo protagonizado por el coronel Benavides y el fracaso reciente de un gobierno populista como lo fuera el de Billinghurst. Un objetivo secundario es trazar la reacción de la prensa ante un acontecimiento de tan grandes proporciones a nivel mundial, tratándose de su primera experiencia en este aspecto a lo largo de su historia republicana, con la adición de que fue una coyuntura cargada de eventos que se transmitían con relativa rapidez gracias a la nueva tecnología del telégrafo, y que modificaban la percepción de la opinión pública a un ritmo más expeditivo, tal como se evidencia en las páginas subsiguientes.

La presente obra se encuentra dividida en cuatro capítulos. El primero concierne a la prensa peruana en 1914, exponiendo cuáles eran los medios principales que figuraban al momento del estallido del conflicto, así como sus tendencias y sus principales columnistas. A su vez, este capítulo presentará un resumen acerca de las principales corrientes de pensamiento existentes en el Perú a inicios del siglo XX. Los siguientes tres capítulos constituyen el cuerpo de la tesis, estando divididos a partir de un marco cronológico mensual, a saber, los meses de julio, agosto y septiembre de 1914, respectivamente. Cada uno de ellos tiene una estructura similar: en una primera parte se describen brevemente los principales sucesos ocurridos, para luego proceder con una exposición de los temas tratados en cada mes, con una síntesis de las diversas manifestaciones de opinión aparecidas en los medios de comunicación, y con reflexiones respecto a las orientaciones de cada autor y medio, buscando esquematizar

¹ NOVAK, F. y J. ORTIZ, *El Perú y la Primera Guerra Mundial*. Lima: Fondo Editorial PUCP, 2014.

una clasificación de las actitudes, así como la influencia de las noticias que llegaban por cable, en cuanto a la evolución de los dictámenes y cambios de opinión.

El trasfondo de la guerra, con sus causas y perspectivas a futuro, constituye un tema recurrente en los tres meses, analizándose no sólo el marco geopolítico y los caracteres particulares de cada potencia beligerante, sino también elucubraciones de índole más filosófica. El enfrentamiento franco-alemán que antecede a la guerra, la debilidad austriaca y el encomio a pequeñas naciones agredidas como Bélgica y Serbia, constituyen otros contenidos de importancia. El frente occidental es dentro de lo militar el tópico de mayor interés, pero también hay espacio para la lucha en el frente oriental, y en menor medida para lo que ocurría en Serbia y los mares. Finalmente, algunas cuestiones como el socialismo y su relación con el pacifismo, así como las atrocidades cometidas por los alemanes en Bélgica -que suscitan un debate entre ciudadanos de dichas naciones en la misma Lima-, no son descartadas.

Una vez traslucida en estos tres capítulos la dinámica de la prensa peruana con relación al conflicto, acompañada de un análisis continuo y comparativo, se esbozan las principales conclusiones de la tesis en una sección final. Vale aclarar como tema más personal, que el presente trabajo, limitado por las razones inherentes a los meses de julio, agosto y septiembre de 1914, está proyectado a ser continuado por quien escribe hasta cubrir la totalidad del conflicto hasta noviembre de 1918.

CAPÍTULO 1: LA PRENSA PERUANA EN 1914

La denominada ‘República Aristocrática’, tal como la calificara Jorge Basadre, se inicia en 1895 con el segundo gobierno de Nicolás de Piérola y se extiende hasta 1919 con el ascenso de Augusto B. Leguía por segunda vez a la presidencia. Fue una época de relativa estabilidad política y social, sobre todo si la comparamos con el caótico siglo XIX que le precedió. Con excepción del golpe del coronel Óscar Benavides en febrero de 1914 que puso fin al régimen de Guillermo Billinghurst, los cambios de mando se realizaron de modo pacífico y respetando, dentro de los caracteres de la época, el sistema democrático. Fue una época de arreglos limítrofes y ausencia de guerras, del predominio del Partido Civil frente a una oposición de partidos cada vez más numerosos, de una dependencia fuerte al capitalismo británico –pero también al de otras potencias europeas como Francia y Alemania, así como a Estados Unidos-, y presencié también el nacimiento de un incipiente movimiento socialista del que la clase obrera no fue ajena a través del anarcosindicalismo.

Frente a ello, la prensa peruana también experimentó cambios. Por un lado, el declive definitivo del caudillismo del siglo anterior determinó, a decir de Gargurevich², el final del periodismo personal defensor de la vieja oligarquía. Por otra parte, con la desaparición de aquel periodismo, el debate político era asumido por los partidos y sus representantes que querían hacerse escuchar en la prensa, de modo que la prensa comienza a asumir nuevas funciones, basadas la defensa de los ideales políticos particulares, pero sin abandonar el respaldo al grupo dominante. Por ello, cuando se susciten los debates en torno a la guerra, se notarán opiniones diversas entre periódicos y columnistas, pero siempre manteniendo un margen pro-francés que constituía el favoritismo del grupo socio-político dominante.

En todo caso, se dio paso a un primitivo periodismo de masas y comercial que, sin embargo, tardaría aún en consolidarse. En 1902 El Comercio inauguraba la primera rotativa³, seguido poco después por La Prensa, en tanto las agencias de noticias internacionales (entre las que pueden mencionarse la francesa *Havas*, la británica *Reuter*

² GARGUREVICH, J. *Historia de la prensa Peruana, 1594-1990*. Lima: La Voz, 1991, p. 114

³ LÓPEZ MARTÍNEZ, H. *Los 150 años de El Comercio*. Lima: Edición de El Comercio, 1989, pp. 364-365.

y la norteamericana *Associated Press*) reducían sus tarifas en los primeros años del siglo, permitiendo que los periódicos y revistas multiplicaran sus noticias –y por ende, sus artículos de opinión- relacionadas al ámbito mundial. Igualmente, los diarios de mayor envergadura expandieron su radio de acción por más provincias enviando a sus corresponsales, los mismos que pronto se desperdigarían por algunas ciudades de América y Europa. Sin embargo, dado el pobre sistema de vías de comunicación de las primeras décadas de la centuria, con ferrocarriles que comunicaban más centros de producción y carreteras en mal estado, el periodismo peruano siguió siendo en esencia capitalino, con tiradas que apenas sobrepasaban los 10,000 ejemplares diarios⁴.

Un cambio adicional y de gran importancia para el presente trabajo, es que empezaron a proliferar secciones especializadas, ya fuera de actividades institucionales, deportes, vida religiosa, crónicas policiales, y justamente, coyuntura internacional. Para todos estos tópicos asomaba el reportaje, la narración y descripción a detalle de determinados hechos, así como la reproducción de artículos de escritores extranjeros que ciertamente influenciaban una opinión pública interesada en ello. El hecho que tales novedades se incrementara en los venideros años era prueba de lo anterior: a la gente le gustaba.

Los principales medios

Hablando estrictamente de los diarios de la época, nos remitimos a la obra del mismo Julio Gargurevich⁵, así como a Jorge Basadre⁶ y a María Mendoza Michilot⁷, para presentar el siguiente esbozo.

La fundación de La Prensa en septiembre de 1903 marcó un hito en la historia del periodismo peruano. Fue el minero y empresario Pedro de Osma el artífice de ello, definiendo una orientación pierolista en sus inicios, quizá en contraposición al civilismo asumido por El Comercio bajo la nueva dirección de Antonio Miró Quesada desde 1905. El hecho es que pronto, bajo la dirección del experimentado Enrique Castro Oyanguren, el nuevo diario cobraría adeptos no sólo entre las filas del Partido Demócrata. Luego, tras algunos problemas técnicos que demandaron una suspensión temporal de la imprenta, La Prensa cobró nuevos bríos fusionándose con El Tiempo (diario de gran interés fundado en 1895) y teniendo como segundo director al

⁴ GARGUREVICH, op. cit, p. 112.

⁵ Ídem, pp. 112-143.

⁶ BASADRE, J. *Historia de la República del Perú*. Tomo 16. Empresa Editora El Comercio S.A., Lima, pp. 172-201.

⁷ MENDOZA MICHILLOT, M. *100 años de periodismo en el Perú, 1900-1948*. Lima: Universidad de Lima, 2013, pp. 90-240.

diplomático y abogado Alberto Ulloa Cisneros. Con este hombre el periódico adquirió un nivel de primera línea: se construyó un local más amplio y se convocó a un excelente grupo de periodistas y escritores que constituyeron un diligente equipo, el cual inyectó dinamismo al debate político y colaboraba arduamente en cuestiones de opinión internacional. Para su desgracia, el golpe pierolista de 1909 terminó afectando a La Prensa, cuya dirección fue arrestada y no pudo volver a publicar hasta dentro de un año después. En 1912, junto a El Comercio, apoyó a Billinghurst en su campaña, pero el régimen demasiado popular del presidente electo resultó contraproducente para dos diarios que sustentaban en cierto modo su existencia en la sociedad capitalista que los financiaba. De allí que se pusieran en su contra y respaldaran el golpe de Benavides, pero en el caso de La Prensa, los fervientes más demócratas fueron perseguidos por el nuevo mandatario, determinando así la salida de Ulloa en julio de 1914, justo en los albores de la Primera Guerra Mundial. Luis Fernán Cisneros, de corte más moderado, quedó al mando de La Prensa, mientras Ulloa vendía desde el exilio sus acciones a otro liberal, Augusto Durand, con lo cual la orientación del rotativo quedaba zanjada.

El segundo diario de gran trascendencia que emerge en este período y que cubre con creces la coyuntura internacional de la Gran Guerra, fue La Crónica. Fue fundado en 1912 por el fotógrafo portugués Manuel Moral y Vega, con amplia experiencia artística en el Perú desde 1883, y quien impulsara la publicación de la revista Variedades en 1908. Dirigido por Clemente Palma, priorizó el aspecto gráfico con bastantes fotograbados y titulares grandes, además de presentarse en formato pequeño (“tabloide”) y con un solo suplemento al día en sus primeros años (los demás periódicos tenían una edición matutina y vespertina). Tuvo un gran equipo de colaboradores como el poeta José Gálvez, el político Ignacio Brandariz, los diplomáticos Ricardo Vegas y Ricardo Stubbs, el sarcástico Leónidas Yerovi, y el gran caricaturista Julio Málaga Grenet, entre otros. Si bien no tuvo el mismo grado de influencia que La Prensa y El Comercio, dado que siempre buscaba distanciarse prudentemente del debate político y por ello siempre fue tildado de “popular”, sus comentarios sobre la coyuntura internacional, revelaron que como fuente histórica, La Crónica fue muy valiosa. Sus debates y discusiones eran ciertamente de alta calidad y reflejaban un gran conocimiento de la materia.

De otros periódicos que circulaban en 1914, vale mencionar a La Patria, fundado ese mismo año por Castro Oranguyen y Octavio Espinoza con la finalidad de promover la

candidatura de José Pardo y apoyar al gobierno de Óscar Benavides (sólo duraría un año). Quizá por esto último se encuentre un fuerte carácter pro-militarista en las reflexiones en torno al conflicto mundial. En el otro extremo y con una orientación marcadamente anarquista, La Protesta salió a la luz en 1911 y fue editado por el grupo “*Luchadores por la Verdad*”: su tendencia es denodadamente pacifista, culpando siempre al capitalismo de la guerra.

Finalmente, la revista semanal Variedades alcanzó una gran cota de popularidad y fue casi lectura obligada entre las clases medias y altas. Dirigida también por Clemente Palma, apareció en marzo de 1908 y duraría hasta 1931, recogiendo en sus páginas de cliché y en un formato pequeño bastantes fotografías, dibujos y caricaturas. Se centró en la temática capitalina y en menor medida en la del resto del país en materia de eventos sociales y culturales, acontecimientos políticos y hasta deportivos, pero sin descartar unas cuantas páginas a la Gran Guerra, toda vez que desde los años previos se ocupaba de tender un puente cultural entre Europa y los países latinoamericanos. Como en casi todos los medios de la época, era Francia el país con el que más afinidad existía, tanto en lo cultural como en lo político y social.

Acotaciones previas

Una advertencia previa y en la que ya los mismos escritores de la época insistían era sobre la forma contradictoria como aflúan las noticias, especialmente aquellas relacionadas a los hechos estrictamente bélicos. La Revista Variedades lo explica de modo clarividente finalizado el primer mes de guerra:

Poco, muy poco, puede decirse de la guerra. Las noticias que llegan son en su mayor parte contradictorias y vagas. Se conoce que los Estados Mayores de los países beligerantes tienen la consigna de no revelar la posición exacta de los ejércitos ni el resultado de los diversos encuentros [...] Sin embargo, las agencias cablegráficas transmiten noticias que luego se desmienten, siendo el porcentaje de las confirmadas sumamente pequeño.⁸

⁸ Variedades, 22 de agosto de 1914, p. 1120-1121.

Por ello, se comprenderá por qué los medios solían cambiar con relativa rapidez de opinión respecto a las estrategias de los combatientes, por lo que quien escribe recogerá en la medida de lo posible aquellos juicios más generales y no aquellos basados en datos inciertos.

Otro asunto de importancia es el de los seudónimos empleados por la mayor parte de los columnistas. A partir de la obra de Tauro del Pino⁹, se pueden colegir los nombres reales de algunos de ellos, como quizá el más citado de todos en esta obra, el célebre ‘Historicus’ que escribía en El Comercio y no era otro que Carlos Arosomena Joffré, activo durante las dos primeras décadas del siglo XX. Félix del Valle en La Prensa apenas modificaba su nombre, correspondiendo a Félix González del Valle Mendoza, quien además escribiría posteriormente para Variedades y la revista Mundial. En La Patria escribe Juvenal, seudónimo de José Santos Chocano, demostrando que sus conocimientos iban mucho más allá de la poesía. Se encuentran además muchos otros seudónimos de nombre desconocido, como Coronel A., Coronel M., el peculiar Pele Mele -que disponía de una columna dedicada a la Gran Guerra en La Crónica-, siendo Deissaux un caso similar en La Prensa y Comentador en El Comercio, además de A. del Obra, Feurs qui vit, y otros que aparecen en menor medida, como Ramondriag, V. Geyda, J.L.M. y Raúl Króomp. Vale aclarar que pese a escribir para un mismo diario, sus opiniones difieren en puntos específicos, aunque sí se nota que siguen una tendencia semejante, tal como se analizará en las siguientes páginas.

El pensamiento nacional de la época

Tema no menos significativo lo constituyen las ideas predominantes en el Perú de inicios del siglo XX, un período que aún no se sacudía totalmente de lo que había sido el enredado siglo XIX, con sus múltiples guerras civiles, el militarismo, y sobre todo, el trauma de la Guerra del Pacífico. El inicio de la llamada ‘República Aristocrática’ en 1895 había traído consigo una estabilidad política y económica hasta el momento no vivida durante la República, una etapa que se prestó como marco para repensar el destino del Perú, y a la vez, compararlo con lo que ocurría en el hemisferio norte y allende los mares. ¿Había algún estado europeo que servía de ejemplo o contra-ejemplo a lo que debía ser el Perú? ¿Qué interés suscitaban Japón y Estados Unidos, las dos

⁹ TAURO DEL PINO, A. *Catálogo de seudónimos peruanos*. Lima: Ariel, Comunicaciones para la Cultura, 1993.

potencias extraeuropeas, en el imaginario nacional? A partir de la información brindada por Jorge Basadre¹⁰ y Augusto Salazar Bondy¹¹, esbozamos un breve compendio acerca de los pensadores más importantes de esa época, de modo que sus concepciones puedan servir de base adicional para reflexionar en los próximos capítulos acerca de la opinión pública referida a la Gran Guerra.

El pensamiento de Manuel González Prada (1844-1918) seguía vigente en los albores de la Gran Guerra, aunque claro está, ya como un anarquista después de su rompimiento definitivo con la Unión Nacional en 1902. En una conferencia celebrada tres años más tarde propugnaba la alianza de la inteligencia con el trabajo, lo que conllevaría al rechazo del Estado vigente, la religión y la patria; a la muerte del mundo burgués y a la victoria del proletariado en todo el mundo. Poco después, en 1908, en su famosa obra *Horas de Lucha*, se enzarzó en un ataque contra todos los elementos conservadores y liberales, poniendo de relieve todas las imperfecciones de la sociedad peruana –y en especial la limeña-, pero que todo ello tendría su fin con una revolución sangrienta que acabaría con el despotismo del Estado y el clero, los cuales tendrían que ser abolidos. El Estado era para él un producto de la violencia ejercida por los poderosos con el fin de eternizar la servidumbre, explotación y abuso del pueblo, situación que impide el progreso, de modo que la única garantía era la rebelión: la fuerza era una necesidad y sólo así podría suscitarse una regeneración total de la sociedad. La voluntad era, entonces, el agente principal de las transformaciones sociales y la que daba dinamismo a la Historia, pese a que seguía siendo un factor causal más dentro del juego de factores naturales. Frente a ello, se entiende que denotara admiración por la Grecia antigua, el Renacimiento y el siglo XVIII con la Ilustración, Voltaire y la Enciclopedia, épocas de la Historia en las que según él los hombres se habían levantado contra el caudillaje del Estado y la religión. Con relación al siglo XIX se declaraba ambiguo, respetando a Darwin e ignorando a Marx. A su vez, detestaba la Edad Media –un período netamente conservador para él- y en lo referente a sus propios tiempos, sentía aversión hacia la Alemania del Kaiser, la Rusia zarista y al imperialismo europeo en general.

También siguiendo un plano filosófico-sociológico, Alejandro Deustua (1849-1945) no era tan afín a la burguesía y planteaba que el problema peruano provenía del afán de enriquecerse como única virtud que los españoles habían traído consigo durante la

¹⁰ BASADRE, loc. cit, Tomo 16, pp. 205-211; 260-267. Tomo 17, pp. 12-21.

¹¹ SALAZAR BONDY, A. *Historia de las ideas en el Perú contemporáneo. ¿Existe una filosofía de nuestra América?* Tercera Edición. Fondo Editorial del Congreso del Perú.

Colonia, aspiración que no se detuvo en la República, y es precisamente que disertaba contra el criterio económico y la búsqueda de placer. Para él, más que en el comercio que había sucedido al militarismo del siglo XIX, la única forma de salir adelante era a través de la educación y la cultura, y que sólo con ella podía formarse una élite conductora del país, capaz de sacudirse de las viejas tradiciones y hábitos.

Javier Prado (1871-1921) se preocupaba por la tolerancia, la benevolencia y la búsqueda de corrientes de unión, cooperación y armonía. Encomiaba el individualismo partiendo de su filosofía positivista, pero sostenía que todas estas voluntades debían encontrar puntos de asociación para formar una comunidad mejor, todo dentro de un marco que se apoyara en el capitalismo moderno y los nuevos cauces comerciales a los que el Perú se estaba integrando desde los últimos años del siglo XIX. Las reformas debían efectuarse en el plano político e institucional, pero siempre sustentadas en el liberalismo burgués vigente, y asimismo, la educación constituía un factor substancial, toda vez que la diversidad física y étnica demandaba un conocimiento especial que garantizara esos puntos comunes entre las voluntades.

Por su parte, Jorge Polar (1856-1932), al igual que Deustua, creía que la ignorancia era el mal de todos los pueblos, e igualmente se fijaba en la educación como medio de salida y de progreso. Empero, como heredero del positivismo, la ciencia era el instrumento primordial para la libertad progresiva del ser humano, así como del dominio del mundo. El practicismo –como la de todos los positivistas- era su guía: con la aplicación científica se controlaba el medio ambiente y así aparecía un hombre desenvuelto en sus aptitudes, armónico en sus capacidades e integrado con la realidad.

Otro positivista, especializado en los estudios jurídicos, fue Manuel Vicente Villarán (1873-1958), también absorto en el tema de la educación y quien creía firmemente que sólo una enseñanza realista adecuada al ambiente que alcanzara a todas las clases medias y populares, conduciría al progreso. Predicó un programa para la burguesía progresista y emprendedora, pero con un núcleo popular, en contra de la oligarquía anquilosada que únicamente quería perennizar sus privilegios de modo egoísta, así como en contra de la importación de fórmulas de desarrollo. No por ello se debía renunciar a las tradiciones estrictamente peruanas, que serían lo que marcaría la personalidad del país. En resumen, pregonaba un nacionalismo burgués liberal, no exento de la estructura capitalista en la que confiaba, para tenerla como aliada para

superar el pasado colonial que se oponía a la expansión del industrialismo; pero era la educación científica y práctica la que serviría de motor.

El sociólogo Mariano H. Cornejo (1866-1942), fiel positivista a quien encontraremos entre los comentaristas de la guerra, siempre propugnó que los cambios sociales eran evolutivos. En materia política fue persistente y obstinado con relación a las reformas constitucionales favoreciendo un mayor poder parlamentario y una reducción del presidencialismo, denotando así sus simpatías hacia Francia, donde el parlamentarismo se había convertido en la gran fuerza del país a fines del siglo XIX, apego que más adelante podremos comprobar a través de sus escritos de opinión.

En otro nivel se hallaba Francisco García Calderón (1883-1953), quien al igual que los positivistas, hacía un llamamiento a la burguesía moderna, progresista e ilustrada, pero destacando paralelamente la importancia de las cuestiones políticas, y haciendo una apasionada defensa del sistema republicano, pese a que aceptaba que las monarquías y dictaduras en América Latina constituían una fase intermedia para la democracia. No era un marxista ni mucho menos un anarquista como González Prada, pero se negaba a aceptar el *statu quo*, y es así como en su obra *El Perú Contemporáneo*, planteaba diversas reformas institucionales a partir de una burguesía ilustrada, rescatando la valoración del pasado y manifestándose muy optimista con el porvenir. Tampoco se oponía al liberalismo, aunque lo definía como una tendencia favorable a cambios hacia la democracia, y en ese sentido Francia era el país que más admiraba por su republicano demócrata que había estimulado a su vez el progreso material. De todas formas, advertía el peligro de los nuevos imperialismos representados por Estados Unidos, Alemania y Japón, pese a que tenía simpatías por los tres debido a su disciplina y perseverancia para un grandioso crecimiento en las últimas décadas¹².

Finalmente, Víctor Andrés Belaúnde (1883-1966) fue mucho más allá en lo político, señalando la acentuación del régimen personal en la presidencia, que habría degenerado hacia la potestad financiera y la desaparición del gabinete como órgano de control para convertirse en un mero consejo consultivo, y ésa era la causa por la que el Perú se hallara en crisis económica a inicios de 1914. Lamentaba la fuerte devoción de las mayorías hacia los gobernantes, el hecho que muchas provincias no estuvieran representadas en el parlamento, y en general, la centralización del poder. Los cambios institucionales eran, por tanto, los primordiales.

¹² GARCÍA CALDERÓN, F. *Las Democracias Latinas en América*. Fondo Editorial del Congreso del Perú, pp. 287-337.

Si bien González Prada era el gran radical dentro de este grupo de pensadores, no deja de ser cierto que todos deseaban cambios. La mayor parte ansiaba que esas reformas se ciñeran en el marco de una sociedad burguesa y una economía capitalista y de libre mercado, si bien Deustua se concentraba en la conformación de una elite intelectual que guiara al resto, y Belaúnde dirigía sus esfuerzos al plano institucional. En todo caso, modelos de desarrollo se hallaban en la mente de estos hombres y de sus seguidores, y como se verá, ellos estarían reflejados en parte de la opinión pública del conflicto mundial, sin olvidar que precisamente éste principiaba en un momento de crisis de la República Aristocrática tras el golpe de Benavides.



CAPÍTULO 2: LA CRISIS DE JULIO

El atentado de Sarajevo el 28 de junio de 1914, tal como ha sido puntualizado anteriormente, marca el inicio del estudio de la opinión pública nacional respecto al gran conflicto europeo, denotándose desde los días inmediatamente posteriores que ya se preveía una nueva crisis diplomática de gran envergadura, y cosa bastante particular, que ésta podía liquidar finalmente el dilatado período de paz entre las potencias. Pese a ello, tanto en Europa como en el Perú la situación pareció tranquilizarse y retornar a su cauce natural hasta que el 23 de julio Austria-Hungría presentó su ultimátum a Serbia. Se abrió así el clímax de una crisis diplomática que se extendería hasta la primera semana de agosto y que condujo al estallido de la primera conflagración mundial, cuyo primer indicio fue la declaración de guerra austrohúngara a su vecino balcánico el 28 de julio. Paralelamente, la tensión se agudizaba entre Alemania por un lado, y Francia y Rusia por el otro, en tanto Inglaterra tomaba el asunto con cierto distanciamiento, pero poco a poco acercándose a la Entente. En el Perú se indujo con mucha razón que la guerra no sería un conflicto localizado en los Balcanes, demostrándolo así algunos de los medios de comunicación, que durante los últimos cinco días de julio sacaron a la luz múltiples artículos comentando la geopolítica del Viejo Mundo y las posibles causas e implicancias de una guerra continental.

El atentado de Sarajevo

Los titulares sobre la muerte del Príncipe Heredero Francisco Fernando y su esposa Sophie inundan las planas de los principales diarios peruanos los últimos dos días de junio. Fue La Crónica el 30 de junio la primera en dar un esbozo de opinión al respecto, expresando piedad por los Habsburgo, dado que “ninguna casa real como la de Austria presenta en la historia moderna mayor cúmulo de desgracias y calamidades”¹³, haciendo un recuento de todas las pérdidas familiares de Francisco José desde su ascenso al trono en 1848, en especial lo referente a su único hijo el Príncipe Rodolfo que se suicidara

¹³ La Crónica, 30 de junio de 1914, p. 2.

misteriosamente a la edad de 30 años en 1889, y a su esposa la Emperatriz Elisabeth apuñalada mortalmente por el anarquista italiano Luigi Lucheni en Ginebra en 1898.

La gacetilla que emitía la revista *Variedades* no era muy distinta: piedad hacia Francisco José a quien “una ironía cruel le conserva la vida y la agudeza mental”; comprensión hacia Prinzip, quien posiblemente morirá “con la conciencia extraña y fiera de que ha hecho un bien a su raza y tal vez a la humanidad”; y condena histórica para Austria-Hungría, mas no para los archiduques, porque “los desaciertos se acumulan generaciones tras generaciones, y pagan justos por pecadores”¹⁴, con lo que daba a entender que el sistema de gobierno de Austria-Hungría se hallaba en franco deterioro desde hacía mucho. ¿Era la condescendencia con Prinzip un indicio de lo que González Prada mencionara acerca de la necesidad de la violencia contra la opresión?

Sería *El Comercio* el 1 de julio, de la mano del columnista ‘Historicus’, el que emitió un artículo concreto de opinión respecto al trasfondo del atentado, que desde un inicio achacaba al “régimen militar, opresivo y arbitrario” de Austria en las provincias de Bosnia y Herzegovina, “donde el elemento austrohúngaro brilla por su ausencia”, y que fueran anexadas en 1909 violando el Tratado de Berlín de 1878¹⁵; tampoco titubeaba en reafirmar que allí “se flagela, se encarcela, se fusila a periodistas u hombres independientes” y que las autoridades vienesas poco hacen con relación a ello¹⁶. Comparaba la situación con la de los cantones suizos que con Guillermo Tell se rebelaran también contra el dominio austriaco y asesinaran a Gessler, concluyendo con bastante praxis histórica que “la historia nos enseña que las mismas causas engendran los mismos efectos y que acontecimientos análogos, por motivos idénticos, se producen con intervalos de varias centurias”. Sin embargo, era indulgente con los archiduques al aclarar que eran inocentes de los errores políticos de las autoridades de Bosnia-Herzegovina, pues estaban “destinados a reinar gloriosamente”, y eran “herederos de esa estirpe ilustre que desde el siglo IX ha brillado en Europa”. Así, el autor marcaba distancia entre la realeza Habsburgo y las autoridades militares, cuyo despotismo sería el origen de las “sociedades secretas” fomentadas por Serbia, con la finalidad de anexar

¹⁴ *Variedades*, 4 de julio de 1914, p. 932.

¹⁵ El Tratado de Berlín de julio de 1878 fue una revisión del Tratado de San Stefano del 3 de marzo del mismo año, que pusiera fin a la Guerra Ruso-Turca de 1877-78, pero que tuviera unas cláusulas muy favorables a San Petersburgo en los Balcanes. Firmado por Austria-Hungría, Alemania, Rusia, Italia, Francia, Reino Unido y el Imperio Otomano, reconocía la plena independencia de Rumania, Serbia y Montenegro, la autonomía de Bulgaria y la ocupación militar austrohúngara de las provincias de Bosnia-Herzegovina y el Sanjak de Novi Pazar, que formalmente seguirían perteneciendo a la Sublime Puerta.

¹⁶ *El Comercio*, 1 de julio de 1914, edición de la mañana, p. 2.

dichas provincias y reconstituir así el antiguo imperio serbio medieval¹⁷. Sustentaba el apoyo de Belgrado porque “los asesinos tuvieran en su poder sumas considerables de dinero”, cuestión de importancia para él a fin de esclarecer que el anarquismo no tuvo nada que ver, pues habría sido el “odio político e internacional” lo que impulsara el crimen. Más que una simpatía con el anarquismo –que ya se había cobrado muchas víctimas desde fines del siglo XIX-, se quería deslindar del mismo para ir sumergiendo todo en un tema estrictamente de identidades nacionales y étnicas, no olvidando que el Perú en esos años estaba sobrellevando diversos entredichos con sus vecinos, no olvidando que el de Chile con relación a Tacna y Arica aún no estaba resuelto.

Es interesante que, a continuación, ‘Historicus’ se enmarcara en un trasfondo más amplio a nivel continental¹⁸. Rebatiendo a un “estadista británico” que tachaba de belicoso al Archiduque –y por tanto juzgaba beneficiosa su desaparición-, recordaba que era aquél quien manejaba la política exterior dada la avanzada edad de Francisco José, y que nada hubiese cambiado de haberlo sucedido. Empero, más importante era su conclusión de que siendo Austria fiel a la Triple Alianza, pero estando la misma dominada por Guillermo II, entonces los Habsburgo quedaban nuevamente exculpados y la responsabilidad de todo movimiento de la Alianza quedaría arrojado al Kaiser, porque “nada se hace en Viena o Budapest sin el beneplácito del tutor de Berlín”. Por último, la causa definitiva de lo ocurrido sería Bismarck, quien habría empujado a los austrohúngaros hacia los Balcanes, convirtiéndolos en enemigos de Serbia, “esta pequeña y valerosa nación”. En suma: la astuta Alemania de corte bismarckiano había conducido a Austria a una política expansiva y despótica que explicaba la aparición de sociedades secretas que se cobraron la vida de dos miembros de la “inocente y magnánima” realeza Habsburgo. Es cierto que desde 1866 Austria había perdido considerablemente intereses expansionistas, lo que se deduce en parte por la reducción de su presupuesto en defensa desde inicios de la década de 1890 hasta 1912¹⁹, pero tampoco se debe descartar que aquel gran prestigio exigiera estar a la par de las otras potencias. En todo caso, Bismarck, y posteriormente el Kaiser, ya empezaban entonces a perfilarse para este autor y El Comercio, como los responsables primarios del desbalance de fuerzas en Europa y de la guerra; el imperialismo austriaco existía, pero su origen estaba en la Triple Alianza.

¹⁷ *Ibidem*. El reino serbio surgió en 1217 a partir del Principado Serbio. Fue regido por la Dinastía Nemanjic hasta 1346, cuando se proclamó el Imperio Serbio hasta su disolución en 1371 en diversos principados.

¹⁸ *Ibidem*.

¹⁹ STRACHAN, H. *The First World War. Volume I: To Arms*. Oxford University Press, 2001, p. 41.

Finalmente, y como corolario al artículo anterior, en su crónica “*La sucesión al trono austrohúngaro*”, el mismo periódico resaltaba la debilidad del “imperio de los retazos” –como se le denominaba en toda la prensa peruana-, que sólo subsistía por el prestigio Habsburgo y su “organismo militar tan poderoso que sobrevive a los desastres de Sadowa”, una batalla aún en la memoria general²⁰. Una de las causas que aducía para su debilidad era la complicada herencia en un matrimonio morganático, frente a monarquías como Italia y España donde las reglas de sucesión estaban bien delimitadas.

En general, en la opinión pública se perciben las simpatías hacia la dinastía austriaca, que parecería ser una víctima enfrascada en el medio del expansionismo germánico y el nacionalismo serbio. Naturalmente, también se achacaban culpas al régimen austrohúngaro *per se*, pero *Historicus* en ese aspecto era algo ambivalente, porque si bien consideraba su militarismo una fuente de opresión, a la vez resultaba una fuente de prestigio. Se distingue una versión desviada de lo que proponía Víctor Andrés Belaúnde: el columnista de *El Comercio* hacía críticas institucionales por ser muy anticuadas, pero sí aprobaba la devoción a los Habsburgo.

De todos modos, hay de parte de *Historicus* una dura crítica al autoritarismo y a la complejidad del sistema de monarquía dual existente²¹, aunque no se mostraba tanto equilibrio al afirmar que Austria había violado lo acordado en 1878, toda vez que se vivía dentro de un marco internacional casi nada regulado y en donde mandaban las conveniencias más que el respeto a los tratados. Respecto a la debilidad y responsabilidad del Imperio Otomano en saber mantener dicha provincia en los treinta años previos, muy aparte de la opresión ejercida por la Sublime Puerta sobre sus dominios balcánicos, nada se dice. Asimismo, destacaba *Historicus* que el elemento austrohúngaro estaba ausente en Bosnia-Herzegovina, pero la verdad era que aquel, si consideramos como tal únicamente lo germánico y lo magiar, constituía apenas 22.1 millones frente a los 49.8 millones de personas de todo el imperio²².

Cuestión interesante era la afirmación de que habrían sido Alemania y Austria los causantes de la aparición de las “*sociedades secretas*” nacionalistas serbias, y el hecho

²⁰ *El Comercio*, 2 de julio de 1914, edición de la tarde, p. 1. La Batalla de Sadowa de 1866 fue el duelo decisivo de la guerra austro-prusiana, por la cual el Reino Prusiano derrotó al Imperio Austriaco.

²¹ Austria-Hungría tenía un sistema realmente muy complicado: un imperio multiétnico donde Francisco José era emperador de Austria y rey de Hungría simultáneamente. Las dos mitades tenían parlamentos, gobiernos, presupuestos y fuerzas armadas distintas, y los únicos ministros comunes eran los de finanzas, relaciones exteriores y guerra. Un grave problema era que para una decisión de guerra en Viena se tenía que consultar al primer ministro húngaro, que a la vez no podía ignorar al parlamento de Budapest, donde las minorías cobraban importancia y complicaban aún más las decisiones.

²² STEVENSON, D. *1914-1918, Historia de la Primera Guerra Mundial*. Debate, 2013, p.61.

que se quitara toda responsabilidad a los Habsburgo, destacándose especialmente la bondad del Archiduque. Es sabido que éste tenía un carácter irascible y vivía resentido porque su esposa de menor alcurnia no recibía los honores que él esperaba (nunca sería reina ni sus hijos heredarían, pues aquella había sido la condición dispuesta por el Emperador para acceder al matrimonio), pero más allá de eso, su conocido interés en convertir la Monarquía Dual en un imperio federal, o en todo caso en una ‘Monarquía Triple’ con un tercer estado compuesto por croatas, eslovenos y serbios, con la misma autonomía que Austria y Hungría, no sólo le había generado muchos enemigos internos –sobre todo en Budapest-, sino que habría sido una de las causas que motivaran a consolidarse y a actuar a dichas cofradías nacionalistas²³. El temor a un estado unificado pan-eslavo dentro de Austria–Hungría echaba por los suelos los planes de los nacionalistas de la misma Serbia, y de allí que Francisco Fernando se convirtiera en la principal amenaza, y en consecuencia, en un blanco ideal.

El conflicto austro-serbio

Una vez que corriera la noticia del ultimátum austriaco del 23 de julio, El Comercio era claro al explicitar que las satisfacciones que Austria exigía a Serbia no eran más que un pretexto, y si bien *Historicus* no era el autor de dichas líneas, se notaba por lo escrito a continuación, que el imperialismo austriaco por aquel mencionado, era considerado como factor crucial en la actual coyuntura: “La verdadera causa de esta situación tirante de relaciones entre esos dos países, es otra y de un origen puramente económico”²⁴. Y lo explicaba a través de un recuento histórico en el que Serbia, “económicamente tributaria de Austria”, intentó primero abrirse paso hacia el Adriático, pero Austria e Italia – ambos miembros de la Triple Alianza- le negaron el acceso a ese mar; empero, tras la Segunda Guerra Balcánica²⁵, “Serbia salió engrandecida con su territorio muy aumentado por el sur; y en alianza con Grecia, le permitió libertarse de la tutela económica austriaca”²⁶. El expansionismo serbio queda así justificado sutilmente para alcanzar la autonomía económica, en donde una vez más las ambiciones austriacas en los Balcanes estaban presentes, aunque sea tácitamente. Condena al imperialismo como

²³ MARTEL, G. *The Month that changed the world: July 1914*. Oxford University Press, 2014, p.74.

²⁴ El Comercio, 25 de julio de 1914, edición de la mañana, p. 1.

²⁵ La Primera Guerra Balcánica (1912-1913) enfrentó a Turquía contra Grecia, Serbia, Montenegro y Bulgaria, significando la casi expulsión de los otomanos de Europa. La Segunda Guerra Balcánica (1913) fue una coalición de todos los contendientes anteriores contra Bulgaria –a la que se sumó Rumania- porque Sofía no había quedado satisfecha con las disposiciones territoriales del primer conflicto. Perdió esta guerra, pero fue Serbia la más beneficiada de ambas.

²⁶ *Ibidem*.

García Calderón, pero a la vez apoya al progreso económico como la mayor parte de pensadores peruanos, e incluso se justificaba el uso de la violencia contra la opresión – en este caso extranjera- para alcanzar dichos fines, tal como lo proponía González Prada. La verdad es que no estaba muy alejado de la realidad quien escribiera dichas líneas, si se toma en cuenta la denominada “guerra del cerdo” de 1906-1911 durante la cual Viena había boicoteado las importaciones de ganado de su vecino del sur, y ante la cual Belgrado había respondido virando su mercado hacia Europa Occidental. No obstante, se olvidaba que agitaciones de croatas, eslovenos y serbios en el Imperio Austrohúngaro existían desde el siglo XIX, pero en particular desde el golpe que pusiera en el trono al Rey Pedro en 1903²⁷.

Zanjadas las causas del conflicto, el mismo autor intentaba ser realista al afirmar que Austria saldría victoriosa por su superioridad militar, expresando de inmediato el culto a la ofensiva que al parecer imperaba en todo el mundo: “Hoy está demostrado matemáticamente que en las guerras el país que cuenta con mayores elementos bélicos y mayor número de hombres, es el que vence”²⁸. Resulta paradójico que todo ello quedaría desmentido menos de un mes después cuando los austriacos fueran expulsados de Serbia, repitiéndose el hecho dos ocasiones más en 1914. La superioridad austriaca se reafirmaría días después²⁹ en una lucha que se perfilaba como el combate de David y Goliat, tanto en el ejército como en la marina, porque si bien el poderío naval austriaco era casi nulo con relación a las otras potencias, era “inmensamente abrumador para los débiles esquifes que enarbolan el pabellón de Serbia”. El culto a la ofensiva de la época se percibía también en el Perú, despreciándose el valor de los avances en la artillería, lo cual quedaría patente algunos meses después.

La Crónica³⁰ tampoco dudaba al afirmar que dicha lucha sería “un paseo militar para los austro-húngaros”. Pronto los hechos desmintieron todos estos pronósticos, aunque la mayor importancia del frente occidental terminaría por absorber a todos los columnistas. El Comercio, sin embargo, sería un poco más sensato con los vaticinios, porque si bien reconocía³¹ que Austria-Hungría era una potencia militar “muy estimada por la calidad de sus soldados, por su enorme contingente de ellos y por el adelanto en el que se

²⁷ En 1903 se produjo un golpe de corte nacionalista y militar contra el gobierno absoluto de Alejandro I, quien junto a su esposa la reina Draga fue asesinado. Los golpistas abrieron las puertas al trono a Pedro I, miembro de la dinastía rival Karadordevic, quien instituyó una monarquía de corte parlamentaria.

²⁸ *Ibidem*.

²⁹ El Comercio, 29 de julio de 1914, edición de la mañana, p. 1.

³⁰ La Crónica, 30 de julio de 1914, p. 10-11.

³¹ El Comercio, 29 de julio de 1914, edición de la mañana, p. 1.

encuentra su ejército”, a su vez sacaba a colación tres debilidades: la población de 49 millones que carecía de unidad dada la diversidad de sus razas, “las más variadas y antagónicas”, y articuladas sólo por “una dominación férrea” (nuevamente el despotismo de Viena), la variedad de idiomas, y el hecho de haber librado su última guerra en un lejano 1866, lo que se traducía en inexperiencia militar. En la actualidad, historiadores de la Gran Guerra como Strachan, Macmillan, Stevenson, Howard, y Hastings, coinciden con este análisis, pese a que se profundice alguno de los tres factores más que los demás³².

En cuanto a Serbia propiamente dicha, con la declaración de guerra aún no confirmada, El Comercio esbozaba sus simpatías hacia el pequeño reino balcánico³³, porque “sus hijos son valerosos y se distinguen como soldados”, tal como lo demostraran en las guerras balcánicas, las cuales sin embargo habrían dejado al país quebrantado económicamente y con poca población útil para la guerra; explica a continuación que su pequeñez era motivo de no establecer alianzas, pero que contaba con el total respaldo de los rusos, que serían entonces los benévolos defensores de las naciones chicas. Dos días más tarde se complementaban aquellas frases elogiándose al Rey Pedro³⁴, “quien se ha esmerado en laborar por el engrandecimiento de su patria”, y resaltando además la “peculiaridad de este país en cuanto a su desarrollado espíritu de las asociaciones secretas y de la propaganda continua de rebeliones con el fin de crear una Gran Serbia”; así, el periódico hacía eco de las palabras de Historicus respecto al nacionalismo extremo que mueve a estas entidades, y a las que no llegaba a condenar totalmente. Vale recordar que el origen de tales sociedades secretas no estaba relacionado a una ideología marxista-socialista, sino a un pensamiento nacionalista que se inspiraba en construir un estado-nación completo, proceso en el que el Perú aún estaba sumido y en cierto modo “herido” por la no muy lejana guerra con Chile. En suma, hay conciencia de la fortaleza de los nacionalismos europeos –y sobre todo del archipiélago balcánico-, lo que se proyectaba en el imaginario peruano de la República Aristocrática, esencialmente en el de Villarán y García Calderón, que deseaban crear un estado-nación moderno y completo donde los elementos locales marcaran una personalidad.

³² Ver referencias bibliográficas al final.

³³ El Comercio, 29 de julio de 1914, edición de la mañana, p. 1.

³⁴ El Comercio, 31 de julio de 1914, edición de la mañana, p. 1.

El enfrentamiento franco-alemán

Destacaba en la prensa peruana la presencia, o mejor dicho, el reflejo de un conflicto del otro lado del Atlántico, entre Francia y Alemania. En cuanto al Reich, el juicio de El Comercio era relativamente positivo en sus inicios. En el apartado “*Entente franco-alemana*”, el autor denotaba una predilección algo mayor por Alemania al referirse al hotel que con capital francés se construiría en Berlín: “es la apoteosis del águila imperial por el genio francés”³⁵. Y tres días después se hablaba sobre el crecimiento económico alemán, concluyendo que el mismo constituye “una revelación de la actividad, energía e inteligencia del pueblo alemán”³⁶. Artículo refrendado por otro del 24 de julio titulado “*Estado económico favorable a Alemania*”³⁷, en el que se describía el apogeo de la economía germana, en la que “la creciente riqueza no se debe solamente a la mayor actividad y a la excelente organización del comercio, la industria y la navegación, sino también a la agricultura”, destacando que en este campo había aventajado a Rusia, Francia y Austria-Hungría. Así, había una gran admiración por el progreso material de la nación teutona, basado en su disciplina y diligencia, pese a que en este mismo diario *Historicus* se manifestaba condenatorio en cuanto a la política exterior –en especial, en los Balcanes–.

Por otra parte, la predilección por la Tercera República no se quedaba atrás y era patente en casi todos los medios. Así, con ocasión de su fiesta nacional del 14 de julio, de la pluma de *Historicus*, El Comercio comentaba que donde “el parlamentarismo predomina, el gobierno está únicamente en manos de un gabinete responsable”, y que asimismo ofrecía al mundo “la solidez de los principios del liberalismo y la democracia, cuando son aplicados con solidez y perseverancia”³⁸. Luego se refería al Presidente Raymond Poincaré en tono elogioso respecto a su labor como diplomático, pues “durante su gobierno Francia ha prosperado admirablemente y hoy, por medio de los vínculos de alianza con Gran Bretaña y Rusia, ha logrado disipar las nubes sombrías que amenazaban perturbar la paz continental” (¡y pensar que 50 días después el ejército alemán estaría a las puertas de París!). Así, en el principal diario peruano se alababa a ambos imperios, pero quedaban claras sus esferas: Alemania en lo material era un ejemplo, pero Francia lo era en su política interna, en tanto externamente se preocupaba por la paz continental con sus alianzas. Naturalmente, se trataba de un juicio moral, toda

³⁵ El Comercio, 10 de julio de 1914, edición de la mañana, p. 4.

³⁶ El Comercio, 13 de julio de 1914, edición de la mañana, p. 4.

³⁷ El Comercio, 24 de julio de 1914, edición de la tarde, p. 1.

³⁸ El Comercio, 14 de julio de 1914, edición de la tarde, p. 1.

vez que no se sugería en lo más mínimo que la Entente había contribuido también a generar un miedo en Berlín que marcaría el camino hacia el conflicto, tal como lo bosqueja continuamente Macmillan a lo largo de su obra sobre los orígenes de la guerra³⁹. El eco de las palabras de García Calderón respecto a Alemania y Francia en su obra sobre las democracias latinas –publicada en 1912 y justamente con un prefacio de Poincaré– se hacía entonces presente⁴⁰.

En todo caso, aquella paz continental se estaba turbando con la guerra austro-serbia, y la prensa ya hablaba de estrategia militar entre las dos potencias, previendo que era cuestión de días que se declararan la guerra. Un autor anónimo de *El Comercio* sostenía con perspicacia, que Alemania y Francia no podrían batirse en su frontera común al estar repleta de baluartes defensivos, por lo que “como en 1815, los ejércitos beligerantes se dirigirán a Bélgica o Suiza”⁴¹. Lo de los baluartes se repetiría algunos días después, al afirmarse que las defensas galas eran “inmensas y tan poderosas como las de Alemania”⁴². Pero ciertamente, no había una imagen clara de lo que consistiría la estrategia germánica y la candidez se nota al aseverar que “un nuevo Waterloo podría decidir tal vez la suerte de las armas”⁴³. Nada más alejado de la espantosa guerra de estancamiento que se aproximaba e incluso de las vicisitudes del Plan Schlieffen, que tampoco preveía una batalla, sino un involucramiento general de todos los ejércitos franceses en París. Por su parte, *La Crónica* afirmaba que Inglaterra tendría un grave problema al pretender desembarcar un cuerpo expedicionario en el continente⁴⁴; no indicaba a qué problema se refería, pero era evidente que presagiaba la participación militar británica en Francia y la consecución de la *Entente Cordiale*. Quizá la alusión estaba relacionada al hecho que se preveía una participación mucho más activa de la nada desdeñable marina alemana, pero también en ese aspecto los hechos desmentirían a nuestros comentaristas: el BEF (*British Expeditionary Force*) desembarcaría sin problema alguno y la *Kaiserliche Marine* no tendría durante los cuatro años siguientes un papel realmente activo.

No se decía más de Inglaterra, salvo lo relacionado precisamente al aspecto naval. El 16 de julio *Historicus* señalaba que el punto más débil de la defensa de la isla era el litoral del Mar del Norte por carecer de colinas apropiadas para crear fortalezas, debiendo ser

³⁹ MACMILLAN, M. 1914: *De la Paz a la Guerra*. España: Editorial Turner, 2013.

⁴⁰ GARCÍA CALDERÓN, loc. cit.

⁴¹ *El Comercio*, 31 de julio de 1914, edición de la mañana, p. 1.

⁴² *El Comercio*, 3 de agosto de 1914, edición de la mañana, p. 2.

⁴³ *El Comercio*, 31 de julio de 1914, edición de la mañana, p. 1.

⁴⁴ *La Crónica*, 31 de julio de 1914, p. 2-3.

reemplazadas por “torres blindadas, defensa tal vez no muy eficaz en caso de perderse una gran batalla naval”⁴⁵. Subrayaba así la importancia de la *Royal Navy* para la defensa de las islas, y la comparaba con la *Kaiserliche Marine*: los británicos tenían más barcos, pero muchos de ellos eran anticuados a pesar de la compensación de los modernos *dreadnought*; en cambio, los navíos alemanes eran menos, pero no tan arcaicos por tratarse de una escuadra reciente que databa de 1871. En ese último aspecto se equivocó, pero sí fue muy hábil al concluir que las unidades de superficie estarían más expuestas a “sus traicioneros enemigos los submarinos y aeronaves”⁴⁶. Pero al igual que el autor anterior, preveía erróneamente una actitud más enérgica de los germanos en el mar y hasta sugería una gran batalla naval. ¿Estaba en su mente la Batalla de Tsushima, donde la flota japonesa destrozara a la rusa en 1905⁴⁷?

Causas y trasfondo de la guerra

El envío del ultimátum austriaco a Belgrado la noche del 23 de julio reabre el interés por la coyuntura geopolítica europea. Dos días después, El Comercio consideraba que la guerra probablemente no sucediera, salvo que las potencias interesadas en sostener la paz no se apresuraran a intervenir, “como ya lo han hecho Francia y Rusia”⁴⁸. Esto último resulta algo controvertido, toda vez que al recibirse la noticia del ultimátum en San Petersburgo el ministro de relaciones exteriores Sergey Sazonov pretendía la movilización parcial y el embajador francés Maurice Paleologue allí presente proponía una línea dura contra las Potencias Centrales⁴⁹; por ello, es probable que el diario se refiriera en todo caso a medidas disuasorias como había ocurrido en crisis pasadas. El 27 de julio el mismo periódico mantenía la confianza en las potencias para evitar el estallido⁵⁰, pues todos se verían arrastrados a un conflicto “no sólo por los tratados que existen entre ellos, sino también por los grandes intereses económicos que entrarían en juego”. Se esbozaban así algunas de las tradicionales causas de la guerra: la confusa política de alianzas que operaba desde el siglo XIX, y el control de los mercados. A su vez, ahora se cifraban las esperanzas en Inglaterra, no así en Francia, de la que con

⁴⁵ El Comercio, 16 de julio de 1914, edición de la tarde, p. 1.

⁴⁶ *Ibidem*.

⁴⁷ Tsushima —en referencia al estrecho que separa la península de Corea del Japón— fue la batalla que decidió el frente naval en la Guerra Ruso-Japonesa, si no es que todo el conflicto. La Flota del Báltico compuesta por 38 buques, que navegara por todo el Atlántico y el Índico (la escuadra rusa de Extremo Oriente había sido anulada en sus puertos) sufrió una estrepitosa derrota, en la que 21 naves le fueron hundidas, siete fueron capturadas y seis desarmadas.

⁴⁸ El Comercio, 25 de julio de 1914, edición de la mañana, p. 1.

⁴⁹ HASTINGS, M. 1914, *el año de la catástrofe*. Editorial Crítica, 1913, p. 96.

⁵⁰ El Comercio, 27 de julio de 1914, edición de la tarde, p. 1.

alusión a la guerra de 1870, “la herida no cicatrizada aún parece que ha vuelto a abrirse”. La cuestión de la cesión de las provincias de Alsacia y Lorena al II Reich al término de aquella guerra se percibía así como otra causa de conflicto.

Las razones del conflicto y la cuestión de la intervención de las potencias son referidas con mayor detalle en el artículo “*El peligro de una conflagración europea*”⁵¹, donde se prevén las consecuencias de la crisis austro-serbia. Por un lado, El Comercio aceptaba que la petición austriaca a Serbia podía ser válida, pero que “el momento es inoportuno para remover sustancias explosivas” porque “hace ya algunos años que Europa atraviesa una crisis profunda agravada por la paz armada”, y que sólo los beneficios del comercio habían impedido que no estallara la lucha. Rememoraba el incidente de Marruecos de 1911 cuando se pensó que, merced al sistema de alianzas, era imposible localizar el conflicto, ante lo cual el Kaiser tomó una actitud conciliadora ante Francia. Tales rivalidades se habrían acentuado con las guerras balcánicas porque “la mano de las cancillerías de las potencias se percibía a través de los combates”⁵². Así, armamentismo y alianzas eran sugeridas como causa de rivalidades que ante cada crisis se agudizaban de modo creciente, algo no muy lejano a lo planteado por Macmillan dentro de las múltiples causas del conflicto⁵³. Sin embargo, resalta que esta vez el diario aluda al hecho que Alemania y su mandatario asumieron una actitud moderadora.

Por otro lado, allí mismo El Comercio sugería que la motivación de Rusia era la rivalidad con Austria-Hungría en el Danubio, aunque “no es sólo una cuestión de raza o religión: es una cuestión internacional, que también interesa al paneslavismo”, insinuando que de no apoyar Nicolás II a Serbia y Montenegro, el pueblo ruso lo obligaría a abdicar o declarar la guerra⁵⁴. El paneslavismo es percibido entonces como una fuerza enorme detrás de la cual también subyacen las rivalidades internas, aunque sin un carácter negativo. Se confiaba entonces en dicha fuerza como instrumento de disuasión, pero también se destacan los “grandes progresos en la movilización” rusa, si bien en este aspecto no queda claro si dicha mejora serviría para desanimar a los rivales o para resolver la guerra en poco tiempo. Los hechos se encargarían de demostrar que la movilización rusa determinó que los alemanes asumieran una actitud más agresiva en la crisis los últimos días de julio⁵⁵.

⁵¹ El Comercio, 28 de julio de 1914, edición de la tarde, p. 1.

⁵² *Ibidem*

⁵³ MACMILLAN, loc. cit.

⁵⁴ El Comercio, 28 de julio de 1914, edición de la tarde, p. 1.

⁵⁵ MACMILLAN, op. cit., p. 714-726; HASTINGS, op. cit., p. 114-123; MARTEL, op. cit., p. 264-356.

En ese mismo artículo se mencionaban también como posible medida preventiva las “buenas” intenciones de la cancillería británica, que “con la prudencia que la caracteriza, trata de corregir el conflicto”, pero procediendo erróneamente como lo hiciera el Perú en 1879 frente a Chile y Bolivia, pues “las intervenciones para ser efectivas, necesitan ser imparciales”... e Inglaterra ya estaba ligada a la Entente⁵⁶. El fantasma de la Guerra del Pacífico está aún presente y vale para la elaboración de teorías que en este caso tienden una sombra sobre Europa, a lo que se suma en el caso inglés la cuestión de Irlanda “tan inoportuna en estos momentos y que Alemania trata tal vez hábilmente de aprovechar”. Gran Bretaña tendría entonces buenas intenciones, pero tanto su imparcialidad como su insistencia con la cuestión irlandesa, terminarían siendo factores que sumarían en contra. En resumen, para El Comercio era la Triple Alianza la que deseaba la guerra en medio de la crisis, mientras la Entente jugaba un papel disuasorio y sensato al presentir que el conflicto perjudicaría a todos.

Encontramos en la pluma de un autor anónimo de La Crónica deducciones ya conocidas: el afán expansionista y las alianzas serían la clave para la transformación del conflicto localizado en una guerra mundial. Empero, en la Triple Alianza cada quien tenía sus motivaciones particulares: Alemania tiene el “afán de predominio que nace de su pujanza interna”, con un anhelo colonial claro y lógico, pues desde “Federico el Grande, un afán de grandeza la sacude”, y su “concepto del mundo resulta en estos casos peligroso”; así, los antecedentes del Reich en un marco de crecimiento económico e industrial envidiable, y en una coyuntura de colonialismo europeo, lo situaban como un causante potencial del inminente conflicto⁵⁷. Por su parte, Austria “ha demostrado que se sentiría satisfecha y tranquila agrandándose por la tierra balcánica”, y que el factor del pluralismo etnográfico podía ser causa de la guerra, deduciéndose entonces que por el hecho de haberse anexado Bosnia y Herzegovina, tendría que buscar una expansión mayor, pero que a la vez dicha dilatación le solucionaría los problemas internos. Finalmente, Italia había “logrado algo de su afán”, pero sus recientes conquistas en Libia y el Dodecaneso en 1912 tras la guerra con Turquía, revelaban “que su sueño nacionalista y heroico no puede haber concluido”⁵⁸. Poco antes, afirmaba que Italia ya se había alejado de Alemania después de la forja de la Alianza en 1882, debido a que sus intereses estaban más centrados en el Mediterráneo, razón por la cual había

⁵⁶ El Comercio, 28 de julio de 1914, edición de la tarde, p. 1.

⁵⁷ La Crónica, 30 de julio de 1914, p. 10-11.

⁵⁸ *Ibidem*.

significado firmar acuerdos con Inglaterra y Francia para resolver aquellos entredichos territoriales y comerciales.

Tal explicación se complementaba con la más elocuente explicación de El Comercio un día después, al afirmar que la neutralidad italiana se asentaba en una opinión pública desfavorable a la Triple Alianza por el resentimiento existente contra Austria desde las guerras de unificación⁵⁹, una animosidad que tenía su corolario en el hecho que el Trentino y Trieste, regiones con una importante población italiana, aún seguían en manos austrohúngaras. El deseo de obtener estas provincias sería precisamente el tema central en las posteriores negociaciones de los contendientes con Roma: la Entente ofreciéndoselas para obtener su alianza, y las Potencias Centrales para conservar su neutralidad⁶⁰. La Crónica dudaba en otro artículo sobre un respaldo de Italia a Austria porque “su leyenda heroica está hecha de batallas contra el enemigo natural, sus mártires se hicieron en cárceles austriacas, sus grandes hombres se hicieron en la soñación de una independencia de toda tutela”⁶¹; es decir, el aspecto emocional y nacional podía jugar un papel crucial a la hora de respetar los acuerdos. En fin, ambos periódicos sugerían que Italia tenía intereses ajenos a la Triple Alianza, y La Crónica agregaba que incluso Austria se había alejado de la “acción Bismarckiana”, pero que “este debilitamiento no supone un rompimiento”, porque el temor a la guerra entre ellos los obligaba a preferir la alianza, y que después de todo, la enemistad de Rusia seguía acercando a alemanes y austriacos⁶². En suma, la Triple Alianza era percibida como una entidad con los lazos debilitados, pero suficientemente fuerte para seguir representando un peligro, especialmente en lo referente al poderío alemán.

En cuanto a la Triple Entente, el mismo artículo de La Crónica aseveraba que “tiende más a impedir las consecuencias de la Triple Alianza que a obtener resultados propios”, buscando un fin político de equilibrio, y que si bien era más fuerte que la anterior gracias al poderío demográfico ruso y al marítimo de Gran Bretaña, destacaba las dificultades de ambas potencias para una guerra: Rusia necesitaría defender sus fronteras en China y Persia, y se demoraría en movilizar, en tanto Inglaterra tendría que diseminar sus esfuerzos para proteger todo su imperio colonial⁶³. En fin, se

⁵⁹ El Comercio, 31 de julio de 1914, edición de la mañana, p. 1. Fueron tres las guerras que sostuvo Italia —o los estados que la antecedieron— durante su proceso de independencia: en 1848-49, que se saldó con victoria austriaca; la de 1859 que determinó la anexión de Lombardía por el Reino de Cerdeña; y la de 1866, que garantizó la independencia italiana.

⁶⁰ HAMILTON, R. y H. HERWIG, *Decisions for War, 1914-1917*. Cambridge University Press, 2004, pp. 187-200.

⁶¹ La Crónica, 30 de julio de 1914, p. 10-11.

⁶² *Ibidem*.

⁶³ *Ibidem*.

minimizaban las ambiciones de los miembros del bando aliado, y había menos confianza en el mismo para evitar el conflicto: aquella superioridad no podría ser implementada rápidamente, y de ese modo, ya se infería que un conflicto continental duraría considerablemente; los hechos le darían la razón a esta inferencia.

Por otro lado, aparecen en el mismo artículo las perspectivas sobre el amplio alcance del conflicto, pues “no será la primera vez que un hecho que no pareció substancial traiga como resultado un cambio decisivo en el mundo o una guerra espantosa”. Empero, es al final donde se percibe una clarividencia de la cual no podemos más que asombrarnos:

El siglo XX tendría así una aurora sangrienta como la del siglo XIX, pero que presidirá la eclosión de una nueva existencia, ya que en estas grandes catástrofes en que naufragan instituciones viejas que parecían sólidas y pujantes, siempre florecen las ideas madres que hacen surgir nuevos mundos y conceptos nuevos.⁶⁴

Así, *La Crónica* no sólo era congruente al evaluar a los dos bandos que sabía se enfrentarían inexorablemente, sino también tenía una concepción clara de lo que significaban estas guerras, probablemente recordando la época napoleónica como principal y último referente. Un día más tarde, el mismo diario no dudaba del estallido del conflicto, y de forma dramática exponía cómo las fuerzas ocultas del eslavismo y el germanismo se movilizaban; tras un escueto recuento de la historia desde Roma, concluía que se estaba asistiendo a una nueva era, refrendando lo escrito un día antes⁶⁵.

Del mismo modo, *El Comercio* presentía una pronta expansión del conflicto: “la excitación ha de extenderse a Rumania, Grecia y Montenegro, que junto con Serbia forman la cuádruple alianza de los estados balcánicos”, denotando con esto último el desconocimiento acerca de la adhesión de Bucarest a la Triple Alianza de forma secreta en 1883⁶⁶. Asimismo, se refería a “Turquía, que tanto tuvo que perder en la última guerra balcánica y tanto cree que puede ganar en este nuevo conflicto, [...] España, vinculada a Francia e Inglaterra [...] Holanda, cuyo territorio está directamente

⁶⁴ *Ibidem*.

⁶⁵ *La Crónica*, 31 de julio de 1914, p. 2-3.

⁶⁶ *El Comercio*, 31 de julio de 1914, edición de la mañana, p. 1. La asociación rumana a la Triple Alianza obedeció más a razones circunstanciales relacionadas a la nueva configuración balcánica producto del Tratado de Berlín de 1878. Bucarest temía una revancha de Rusia –que ansiaba la Besarabia– y el nacionalismo serbio y búlgaro, por lo cual el Rey Carol I –de ascendencia germánica– consideró sensato unirse a austrohúngaros y alemanes. Únicamente él y la camarilla real supieron de este acuerdo. Empero, las fronteras naturales rumanas miraban más hacia la Transilvania húngara que hacia el Este.

amenazado”. Las suposiciones respecto a los turcos terminaron siendo ciertas, no así lo concerniente a españoles y holandeses. Ese mismo día, haciendo su primera referencia al frente de operaciones en el Este, El Comercio afirmaba lo siguiente: los austriacos amenazarían las provincias meridionales de Rusia, pero se verían obligados a hacer frente al ataque de los estados balcánicos, que a su vez, serían atacados por Turquía y Bulgaria; una suposición que se cumpliría casi cabalmente a fines de 1915⁶⁷. Del mismo modo, un día antes había perfilado al Mediterráneo y al Mar del Norte como los principales teatros de guerra navales, quizá suponiendo que la flota austriaca tendría carta libre para navegar a lo largo y ancho del primero e ignorando la posibilidad de un bloqueo del Canal de Otranto, que fue lo que finalmente ocurrió⁶⁸. Obviamente, no se equivocó en lo absoluto respecto al Mar del Norte, escenario principal de los pocos combates entre las flotas alemana y británica.

La trascendencia del Japón era inferida desde un comienzo, toda vez que su victoria sobre Rusia nueve años atrás la había situado como potencia mundial. El Comercio tenía una visión positiva sobre aquella, pues haciendo referencia al ascenso del Conde Okuma Shigenobu a primer ministro en el pasado abril, afirmaba que “su nombre está vinculado a la era constitucionalista desde que comenzó a efectuarse la maravillosa revolución democrática” que transformara al imperio y que condujera al país a un puesto entre las naciones modernas⁶⁹. Y en cuanto a la política interior, no le faltaría valor para acabar con la explotación de los elementos capitalistas e industrialistas sobre las clases inferiores, causa de “la relajación de la energía y actividad nacionales”. De ello se deduce, aparte de la aceptación de la modernización nipona, una importante conclusión más allá de la aprobación de la democracia y la condena del capitalismo: la intervención del estado es entonces crucial en el desarrollo, y allí se escuchaba el eco de las ideas de Víctor Andrés Belaúnde respecto a las instituciones, así como las de García Calderón, más pro-liberal que pro-capitalista.

Dada esta premisa, el mismo diario planteaba la actitud del reino japonés ante el conflicto cuando éste recién se desataba, en el ya mencionado artículo “*El peligro de una conflagración europea*”: su misión sería “resguardar con su ejército y escuadra las colonias británicas de Oceanía, Asia y Sudáfrica, para poder reconcentrar todas sus

⁶⁷ El Comercio, 31 de julio de 1914, edición de la tarde, p. 1.

⁶⁸ El Comercio, 30 de julio de 1914, edición de la mañana, p. 2.

⁶⁹ El Comercio, 24 de julio de 1914, edición de la tarde, p. 2.

fuerzas Gran Bretaña en el Báltico y el Mediterráneo”⁷⁰. Una interesante previsión de estrategia naval basada en el pacto con Inglaterra de 1904 y que se cumpliría parcialmente durante la guerra: los japoneses reducirían la colonia germana de Tsingtao en la península de Shandong en China en pocos meses y ahuyentarían a los barcos alemanes del Pacífico septentrional. Empero, El Comercio no va más allá respecto a los intereses japoneses expansionistas en Extremo Oriente y su doble juego aliándose a la Entente para conseguir sus propósitos⁷¹. No parecía temerse el expansionismo nipón, tal como Francisco García Calderón había advertido dos años atrás al catalogarlo como uno de los tres peligros a nivel mundial, junto al imperialismo alemán y estadounidense⁷².

Incluso la guerra aérea y su significado en el eventual conflicto, generaron desde un inicio gran interés en los medios peruanos, destacando el hecho que la aviación aún se encontraba en pañales y no tendía mayor trascendencia en el desenlace de las acciones bélicas. Ya el 16 de julio *Historicus* subrayaba su trascendencia como complemento de las fuerzas navales, señalando además la superioridad de la flota aérea alemana sobre la inglesa, pero evidenciando su favoritismo hacia la Entente, pues “éste sería el peligro a conjurar, porque una derrota sería muy grave”, pero que en todo caso, la flotilla aérea francesa balancearía la situación⁷³. En este aspecto hubo una buena previsión, aunque sólo en el corto plazo: los franceses dominaron en el aire en los primeros meses, pero en la segunda mitad de 1915 los alemanes sacarían ventaja con la mejor tecnología de sus aviones *Fokker Eindecker* antes que se equilibraran las fuerzas nuevamente un año más tarde⁷⁴; en todo caso, ello se limitaría al frente occidental. Los zepelines no son aún mencionados, lo cual parece un poco extraño, puesto que su importancia relativa como arma destructora aérea sería anterior a la de los aviones. No faltaron tampoco los matices fantásticos respecto al mismo tema: “por primera vez en las grandes guerras internacionales irían a batirse en la atmósfera, recordando esas grandes batallas imaginarias de los espíritus que describe Milton en su *Paraíso Perdido*”⁷⁵. Definitivamente, el imaginario peruano no escatimaba esfuerzos ante la perspectiva de un tipo de guerra que quizá en esos momentos se perfilaba como ciencia ficción.

⁷⁰ El Comercio, 28 de julio de 1914, edición de la tarde, p. 1.

⁷¹ STRACHAN, op. cit., pp. 155-160.

⁷² GARCÍA CALDERÓN, loc. cit.

⁷³ El Comercio, 16 de julio de 1914, edición de la tarde, p. 1.

⁷⁴ STEVENSON, op. cit., pp. 276-277. Los *Fokker* fueron los primeros aviones fabricados en serie en los que la hélice estuvo sincronizada con la ametralladora.

⁷⁵ El Comercio, 30 de julio de 1914, edición de la mañana, p. 2.

Socialismo y pacifismo

En una época en que el socialismo construía movimientos y partidos políticos que aterraban a las elites conservadoras y liberales de todo el mundo, y percibidos sus seguidores como los pacifistas y defensores extremos de la paz que consideraban la guerra otro instrumento adicional de dominación capitalista, era inevitable que los medios se fijaran en su reacción frente al conflicto. En su artículo “*El esfuerzo supremo del antimilitarismo*”, El Comercio emitía una dura crítica contra los anti-militaristas,

nombre con que se decoran esos falsos socialistas, [que] han trabajado con siniestra actividad desde hace seis años por minar el espíritu de disciplina de los cuarteles y por sembrar la desconfianza entre jefes y subordinados, con el fin de desquiciar el orden social [...] que predicán un grosero sofisma en nombre de la cacareada fraternidad universal.⁷⁶

Al igual que Historicus al especificar que no fue el anarquismo, sino el nacionalismo, lo que condujo al asesinato de los archiduques, el autor de este artículo tenía una imagen positiva del socialismo, pero a este grupo en particular lo catalogaba como una desviación que socavaba los valores militares. Pone como ejemplo a Francia, donde con motivo del restablecimiento del servicio militar en 1911, la “Confederación General del Trabajo predica la desorganización del ejército, apartándose así de la acción parlamentaria regular del partido socialista”, deduciendo a continuación que “sólo una poderosa preparación bélica protege a las naciones contra la agresión de los demás”⁷⁷. En fin, la justificación del militarismo y armamentismo es patente, y un “verdadero” socialismo no debía oponerse a ello. Empieza a perfilarse un credo respecto a este tema que ya se ha visto en las alusiones del artículo antes mencionado sobre Japón: las ideas socialistas debían buscar la igualdad y la garantía de los derechos de todos en el plano interno, pero en lo externo, la fuerza de las armas seguía siendo invaluable. Así, se acentúa un alejamiento al radicalismo del anarquismo de González Prada, y parece pregonarse que el socialismo podía ser beneficioso siempre y cuando estuviera dentro del cauce del liberalismo y la democracia.

⁷⁶ El Comercio, 31 de julio de 1914, edición de la tarde, p. 1.

⁷⁷ *Ibidem*.

Concerniente el mismo tema, pero con una visión distinta, La Crónica planteaba que junto a la guerra se desenvolvería una campaña social porque “se han desarrollado en forma colosal nuevas doctrinas humanitarias, y surge un nuevo anhelo de igualdad más segura, de democracia más alta, de socialización más justa”. Así, en la guerra podrían verse contrapuestos “de un lado la tradición, de otro el sueño de una sociabilidad diversa”⁷⁸. De todos modos, exponía el escepticismo de algunos (no indica quiénes) para los que con una unificación racial inconclusa -se desprendía nuevamente la fuerza del nacionalismo- y el “sentimiento del orgullo varonil que no quiere desprenderse de la conquista o que no se resigna a la depredación y a la derrota”, entonces estarían resueltos a marchar a la guerra con firme resolución.

Por ende, el mundo estaría inserto en un choque de nacionalismos en pos de la guerra y un socialismo en pos de la paz, para lo cual coloca ejemplos en Francia, Alemania, Inglaterra e Italia. En fin, a diferencia de El Comercio que condenaba a un pacifismo que debía ser separado del “auténtico” socialismo, La Crónica se perfilaba como un diario más equilibrado y objetivo, pues no condenaba a ninguna escuela y estaba dispuesta a aceptar que ambas tenían sus razones válidas.

⁷⁸ La Crónica, 31 de julio de 1914, p. 2-3.

CAPÍTULO 3: LOS CAÑONES DE AGOSTO

De acuerdo al libro de Barbara Tuchman⁷⁹ cuyo título encabeza este capítulo, el 1 de agosto de 1914 arrancó probablemente uno de los meses más intensos de toda la historia humana. La denominada ‘Crisis de Julio’ entró a su etapa final con las declaraciones de guerra entre las grandes potencias: Alemania está en guerra con Rusia el 1, con Francia el 3 y con Gran Bretaña el 5; Rusia y Austria-Hungría –que habrían debido ser los primeros en enfrentarse por la cuestión serbia- ya son enemigos oficiales el día 6. La presencia de unos regimientos austriacos en el frente occidental son “causa suficiente” para que los francobritánicos declaren la guerra a la Monarquía Dual el día 12. La invadida Bélgica también entra al conflicto del lado de la Entente (el 22 declara la guerra a Austria) y Serbia con su pequeño aliado Montenegro también hacen causa común contra los alemanes. Japón, con nulo protagonismo en la crisis ocurrida, percibe la oportunidad de expandir su imperio ultramarino en Extremo Oriente y tomando como pretexto su acuerdo naval con los británicos, declara la guerra a Alemania el 23 después de presentarle un ultimátum (dos días después le tocaba el turno a Austria): el enclave germano de Tsingtao en la península de Shandong es su objetivo, al igual que varias de las islas del imperio oceánico alemán. Será éste un frente secundario, al igual que las operaciones coloniales en África, donde los Aliados ocupan el Togo alemán con suma rapidez y abren la campaña en el Camerún.

Son las acciones en Europa las que acaparan la atención mundial. Los alemanes dan inicio al denominado ‘Plan Schlieffen’⁸⁰: el ala derecha de sus ejércitos en el Oeste penetra en Bélgica, mientras el ala central realiza pequeños avances y el ala izquierda se limita a contener a los franceses en Alsacia-Lorena; todo con la intención de envolver al grueso del ejército galo en París. Sin embargo, la resistencia belga es mayor a la esperada y a fin de mes las primeras unidades británicas entran en combate. En los Balcanes, los serbios destartalan la invasión austriaca, mientras en el Este las tropas austrohúngaras gozan de un éxito inicial en la región de Galizia; más al norte, los rusos

⁷⁹ TUCHMAN, B. *Los cañones de agosto: treinta y un días de 1914 que cambiaron la faz del mundo*. Barcelona: Península, 2004.

⁸⁰ El nombre corresponde a quien lo concibiera, el ex jefe de estado mayor alemán Alfred von Schlieffen. La historiografía discute si se trató de un plan, o sólo de un concepto esbozado en un documento no oficial, que más adelante el sucesor de Schlieffen, Helmuth von Moltke, desarrollaría con más detalle, pero sin tomar en cuenta las premisas que advertían sobre la insuficiencia de efectivos del ejército alemán para que el “plan” tuviera éxito.

inician la invasión de Prusia Oriental, en donde un solo ejército alemán se corona vencedor en la crucial Batalla de Tannenberg. En el mar, la Batalla de Heligoland Bight no lejos de la costa alemana, deja en claro desde un inicio la superioridad británica, pese a que los submarinos germanos ya comenzaron a causar problemas. Acontecimientos diversos e intensos, a los cuales la prensa peruana no dejó de prestar atención, así como a aspectos de política interna, ideología, tácticas bélicas y otros de trasfondo histórico.

La cuestión austro-serbia

En medio del fragor de la crisis diplomática y con la apertura oficial de las hostilidades en todo el continente, el atentado de Sarajevo no era en agosto un tema zanjado, sobre todo por las implicancias inherentes al conflicto austro-serbio que se estaba materializando militarmente, y que ciertamente provenía de mucho antes. Un autor anónimo de El Comercio en un artículo titulado “*El peligro de la Gran Serbia*” era bastante duro con las organizaciones secretas del pequeño reino balcánico, cuya “obra es el último fruto de la inquina sostenida sistemáticamente contra Austria”, acusando además al gobierno de Belgrado de fingir inocencia: los nacionalistas radicales serbios habrían respondido con el atentado al sentirse impotentes en Bosnia frente a “lo bueno que ha sido para el país, económica y culturalmente, en dos decenios y medio, la dominación austriaca”, y que conllevara a que los serbios moderados hicieran las paces con el gobierno de Viena⁸¹. Esto indica que no todos en ese diario eran de la misma opinión respecto a un despotismo austriaco en las provincias anexadas en 1909, aunque sí se sugieren las intenciones de personas como el Archiduque –antes mencionadas- a favor de una política de progreso, apaciguamiento e integración, para ganarse justamente el respaldo de los elementos menos radicales de dichos territorios.

Pasaron diez días para que en el mismo El Comercio apareciera una refutación a dicho artículo firmada por “varios croatas”, declarando que Serbia tenía todo el derecho a simpatizar con sus “hermanos de allende sus fronteras que sostienen una lucha a fin de conservar su nacionalidad”, frente a la pretensión de dominio de los elementos germánico y magiar de Austria-Hungría⁸². Pasaban entonces a culpar a la política austriaca que desde 1906 buscaba “aniquilar la coalición croata-serbia” y era “anti-eslavista”, de la mano del ministro de exteriores Alois von Aerenthal (1906-1912) y su

⁸¹ El Comercio, 7 de agosto de 1914, edición de la tarde, p. 2.

⁸² El Comercio, 17 de agosto de 1914, edición de la mañana, p. 1.

sucesor Leopold Berchtold, así como del mismo Archiduque, “Croacia y Eslovenia fueron entregadas a los nuevos húngaros, Dalmacia al despotismo militar, y Bosnia y Herzegovina a la ley marcial”. Francisco Fernando era a su vez acusado de haber promovido la movilización contra Serbia y Montenegro durante la Primera Guerra Balcánica; tras su final favorable a los serbios, habría colaborado en instigar al zar búlgaro para lanzarse contra los demás estados balcánicos; y por último habría estado detrás de la creación de Albania. Obviamente, se equivocaban totalmente en cuanto a la negación de la política conciliatoria del Príncipe Heredero, aunque es de suponer que ciertamente los gobiernos de Viena y Budapest vieron con horror el crecimiento serbio durante las Guerras Balcánicas y asumieron mano dura cuando hubo un intento de ocupar parte de Albania, evitando que entonces se desatara el conflicto continental. Por último, a la espera de una derrota del Imperio Austrohúngaro, los autores de dicho artículo deseaban que “las provincias eslavas del sur se unirían a Serbia, de cuya agrupación se formaría un nuevo y poderoso estado en los Balcanes”⁸³. En conclusión, si bien no justificaban e incluso protestaban contra el atentado, esta comunidad croata manifestaba su enfado con el Archiduque, y además, reflejaba que la futura Yugoslavia se encontraba ya en la mente de sus futuros habitantes, tanto en Europa como en el Perú. El apartado es igualmente prueba de la importancia de la comunidad croata en nuestro país, al punto de hacer sentir su fuerza con una respuesta elocuente en el diario de mayor popularidad.

Ya cerrando el tema cuando el conflicto era continental y la cuestión austro-serbia pasaba a segundo plano con relación a los demás frentes, Juvenal (Santos Chocano) de La Patria, planteó una heterodoxa causalidad, si no al atentado, sí a la pugna detrás del mismo⁸⁴. Aceptaba que el tema comercial siempre había estado presente, toda vez que Austria no permitía mercadear los productos serbios por el Adriático, y sólo cuando Grecia le proporcionó a Belgrado la posibilidad de utilizar Salónica, la cosa cambió en este aspecto. Empero, era una motivación religiosa la que atribuía como una de las causas relevantes: en Serbia antes de las Guerras Balcánicas había unos cien sacerdotes católicos que dependían del obispado de Sarajevo, pero “la anexión de nuevos territorios hizo entrar en Serbia treinta mil católicos, todo un clero de frailes y religiosos franceses” y “naturalmente Austria exigió que este nuevo rebaño se juntara al antiguo”, algo a lo que el gobierno de Belgrado se resistió, decidiendo enviar al Papa un

⁸³ *Ibidem*.

⁸⁴ La Patria, 7 de agosto de 1914, edición de la tarde, p. 3.

representante para pedir “la institución de dos obispos que dependieran directamente del Vaticano”. La Santa Sede se terminaría negando, de acuerdo al autor por tratarse del clero de una Francia que no estaba en buenos términos con la Iglesia Católica, a lo que se sumaba la ascendencia vienesa sobre la misma como baluarte del catolicismo en Europa oriental. Sutilmente, Juvenal daba a entender que ello había agudizado los resentimientos entre ambos países, pues “la influencia, o más el dominio de una jerarquía extranjera se ejercitaría sobre el propio territorio y sobre los fieles de Serbia”, justamente lo mismo que requirió Austria-Hungría en el ultimátum para llevar a cabo la investigación del atentado.

En realidad, el hecho es que dicha coyuntura se había materializado en 1913, fecha demasiado tardía para convertirse en causal del encono serbio frente a la Monarquía Dual, y en todo caso sólo habría servido como pretexto para atizar la tensión existente; no hay ningún indicio que las sociedades secretas tuvieran incitaciones de tipo eclesiástico o clerical, con mayor razón porque muchos de sus miembros provenían incluso de familias musulmanas⁸⁵. Pero independientemente de la influencia que el control eclesiástico de Viena sobre Belgrado haya podido influir en la rivalidad entre ambos países, es indudable que algunos elementos de la opinión pública peruana sí los consideraban cruciales.

Alemania, ¿potencia agresora?

Las bondades materiales del II Reich a las que la prensa hiciera referencia a fines de julio, se vieron confirmadas cuando la guerra con Rusia ya era un hecho, destacándose el elevado presupuesto destinado a la defensa de las fronteras con Francia y Rusia, con la erección de obras “ideadas por la ingeniería militar para poner inexpugnable un lugar” y con materiales de alta calidad; se subrayaba que tenía la segunda marina mercante del mundo después de Inglaterra y que su flota aérea de zeppelines era la mejor, poniéndose por primera vez en evidencia esa nueva arma que sería tan particular por parte de Alemania durante la primera mitad del conflicto⁸⁶. Nuevamente, El Comercio manifestaba su reconocimiento a los adelantos militares, económicos y tecnológicos del Reich, compartiendo opinión con la Revista Variedades, que si bien era muy dura con el Kaiser desde un inicio, admitía que no convenía una victoria alemana,

⁸⁵ MARTEL, op. cit., pp. 57-60.

⁸⁶ El Comercio, 3 de agosto de 1914, edición de la mañana, p. 2.

“porque no es aún llegada la hora de la preponderancia germánica”; las libertades democráticas no eran entonces consideradas una de sus virtudes⁸⁷.

En un artículo de El Comercio del 9 de agosto titulado “*Fuerza alemana, alma francesa*”, con la intención de explicar las causas de la tradicional enemistad franco-germana, el anónimo autor refería que la personalidad alemana se habría empezado a formar en el siglo V con el arribo de las “hordas germánicas” desde Asia: el constante deambular, la rudeza del clima y la hostilidad del medio geográfico impusieron al hombre “un despliegue constante de actividades, pero no bastante para aniquilar su energía”⁸⁸. Había surgido así un habitante fuerte, disciplinado y trabajador, pero a la vez conquistador que no está satisfecho con los recursos de su tierra y “sufre la tentación de los frutos y las bebidas maravillosas que embriagan y que están al alcance de su brazo en la nación vecina”. Pero como no se podía estar siempre guerreando, había que emplear el tiempo restante para aprender, por lo que la sabiduría se sumaba a las virtudes teutónicas. Así, ganada la guerra de 1870, estas condiciones se habrían combinado para incubar el tan celebrado progreso industrial alemán, que colocaba al país “a la cabeza de la civilización de un siglo materialista”, porque “el sabio se asocia al industrial y ambos se ponen al servicio del conquistador”, “trinidad terrible que constituye la fuerza profunda de este gran pueblo”.

Los resultados de la organización técnica y científica se expresaban a través de las numerosas fábricas de la región del Ruhr, al punto que algunas, como las Krupp, “forman otra ciudad dentro de Essen”, y los avances están igualmente presentes en el comercio y el agro, dado que, “merced a esa disposición de espíritu de la raza, en parte innata y en parte adquirida por una educación paciente y metódica, Alemania ha llegado a utilizar, con una energía y una habilidad maravillosas, todos sus recursos materiales”⁸⁹. Y finalmente, “la consecuencia de esta riqueza comercial e industrial de Alemania, ha sido el desarrollo de su poder militar”, justamente combinado a su carácter conquistador... y de allí provendría en última instancia la causa principal de la guerra, al querer ampliar su imperialismo.

Se percibe en toda esta explicación un darwinismo social donde el medio ambiente ciertamente fue un impulsor clave; una alabanza de virtudes, pero que terminarían conduciendo al desastre, y la verdad es que el autor sacaba a relucir en donde podría

⁸⁷ Variedades, 8 de agosto de 1914, p. 1075.

⁸⁸ El Comercio, 9 de agosto de 1914, edición extraordinaria, p. 2.

⁸⁹ *Ibidem*.

hallarse la clave de la eventual derrota germana: “el alemán tiene valor, método, fuerza; pero le faltan las antenas, la sensibilidad atávica. Y ni los cañones Krupp, ni las ametralladoras Ehrhardt, podrían dárselas”⁹⁰. ¿Qué había detrás de esa sensibilidad atávica? Es posible que el pensamiento de García Calderón estuviera presente, con mayor razón si el artículo era una comparación con la Francia republicana que aquel tanto admiraba, en oposición a la monarquía autoritaria germana. Empero, en esa Alemania la vieja aristocracia aún no había sido derribada y era la que se alzaba en el poder, del mismo modo que Villarán sostenía que sólo tumbándose al viejo régimen un país podía prosperar de verdad. No estaba tampoco ausente el pensamiento de Deustua que descartaba la ambición material en la que el Reich estaba sumido. Igualmente, es interesante cómo el autor se remontaba a los inicios de la Edad Media para explicar una coyuntura contemporánea, evidenciándose así el interés por la Historia y la búsqueda de causas profundas, no limitadas sólo a los últimos acontecimientos. Su pensamiento hace recordar también a algunos autores extranjeros, como Salis, quien habría percibido en el hombre alemán lo siguiente: poner medios y técnicas modernas al servicio de concepciones anacrónicas⁹¹.

El autor con pseudónimo Coronel A. de La Patria tenía una opinión semejante al anterior, si bien no se remontaba a la Antigüedad y le bastaba con afirmar que “el carácter dominante de la nueva Alemania es el de un estado esencialmente militar, organizado sobre el modelo de la Prusia que hizo su unidad”, pero que a la vez es una “organización que se adapta completamente al temperamento de la mayor parte de la nación alemana, muy laboriosa y muy paciente”, factores que para el autor eran el motivo del progreso del país en educación y dominio científico⁹². “La intensidad de su cultura intelectual ha sido una de las causas más eficaces de su grandeza política”, de modo que los sabios habrían servido indirectamente a la milicia, y el crecimiento demográfico habría contribuido también bastante a la conformación de un gran ejército. Y aparte del número, confiaba en su capacidad organizativa. En general, este autor era sumamente favorable al Imperio Alemán, y aludía a temas sobre la preeminencia de la ciencia y la intelectualidad que tanto habían fascinado al mismo Deustua, pero también a Polar. Incluso, ya en un marco más militar, justificaba la violación de la neutralidad belga por no poder penetrarse la frontera francesa debido a sus fortificaciones. De todas

⁹⁰ *Ibidem*.

⁹¹ SALIS, J. *Historia del Mundo Contemporáneo*. Tomo 1, Barcelona: Labor, 1979, p. 47.

⁹² La Patria, 27 de agosto de 1914, edición de la mañana, p. 4.

formas, no comentaba nada acerca de la organización política del Reich, ni tampoco sobre las provincias francesas vinculadas en 1871, sobre las cuales comentaba justamente *Historicus*, que “no había conseguido Alemania atraerse la simpatía de los países anexados”, pese a la gran población de habla alemana que él mismo había percibido en sus viajes⁹³.

¿Qué se puede inferir de lo anterior? El Comercio, La Crónica y Variedades reconocen con toda justicia el progreso alemán en lo militar, económico e industrial, e incluso la revista sugiere que se halla en camino de dominar el mundo; pero todos ellos no comparten el sistema de gobierno alemán, tanto por las pocas libertades dentro del país, como por lo que se consideraba una política agresiva en el exterior. La Patria es el único que, sin declararse a su favor en el emergente conflicto, departía sobre una grandeza política que descansaba sobre el carácter del ciudadano alemán; no mencionaba defectos, pero claramente lo apoyaba.

La predilección por la Tercera República

Con la guerra *ad portas*, el autor y sociólogo Mariano H. Cornejo, dada su devoción al parlamentarismo, esbozaba sus claras simpatías hacia Francia en El Comercio, confiando en que podría resistir a los alemanes porque pese a la propaganda antimilitarista que condena, “el aliento que se deriva del sarcófago de los Inválidos y de la estatua de Véndome volverá a animar a los batallones que llevan en el alma la epopeya napoleónica”⁹⁴. Palabras que se asemejan a lo esbozado por el mismo diario al día siguiente respecto al ejército galo, que es uno de los “más gloriosos del mundo”, pues “pocos soldados han hecho las campañas del soldado francés”; y se hace mención a las campañas napoleónicas donde los galos no sólo tumbaron ejércitos, sino que también derribaron monarquías, sumándose así la gloria política a la militar⁹⁵. De modo que si por un lado la maquinaria militar alemana era la más encomiada, el soldado de la Tercera República parecía gozar de popularidad, aunque acotando que la misma se basaba en hechos pasados y no en alguna demostración contemporánea. El columnista con el pseudónimo *Dessaix* en La Prensa se sumaba a los halagos, plasmando una lírica alocución en la que se denota tanto el romanticismo que aún reflejaba la sombra de

⁹³ El Comercio, 7 de agosto de 1914, edición de la tarde, p. 3.

⁹⁴ El Comercio, 2 de agosto de 1914, edición única, p. 2.

⁹⁵ El Comercio, 3 de agosto de 1914, edición de la mañana, p. 2.

Napoleón I, como el de las legiones romanas; y por lo visto, era un país que continuaba proyectándose como el germen del republicanismo y las libertades democráticas:

Ya no es el pueblo desmoralizado y dividido de 1870. Es la patria sufrida y gloriosa de Napoleón el Grande. Y recordando sus lauros, sus desastres y su misión histórica, se ha unido en un solo sentimiento, en una sola ambición, y ha enviado a sus fronteras a sus legiones de patriotas...⁹⁶

No obstante, en el artículo antes mencionado de El Comercio, “*Fuerza alemana, alma francesa*”, que precisamente hacía una comparación de los dos contendientes, se decía que ante la fuerza del espíritu alemán, “en Francia el espíritu artístico de la raza latina ha cavado entre la ciencia y la industria un abismo que se salva con gran dificultad”, siendo “víctima de un ideal caballeresco”, que en última instancia no permite que los adelantos científicos se traduzcan en riqueza. Pone como ejemplo los muchos laboratorios que existen frente a las escasas fábricas, aunque para este autor anónimo el alma y la audacia galas conforman su mejor arma⁹⁷. Clara simpatía hacia la patria de Napoleón, a la que se reconocía que no había realizado grandes adelantos materiales como su rival, pero sí en lo científico y lo humanístico, justamente puntos que Deustua, Javier Prado y Polar, compartían como elementos de desarrollo.

Algo semejante ocurría con el ingeniero de la armada Pedro Valladares, que en su columna de El Comercio expresaba claramente su apego hacia Francia, la cual “en los tiempos modernos representa al campeón sin miedo y sin tacha que guarda el arca santa de la libertad y de la justicia”, porque “no podemos concebir sino un progreso en el cual se realice paralelamente el desarrollo material y político de los pueblos”⁹⁸. ¿Era entonces Francia el ideal democrático y liberal del Perú, por encima incluso de Gran Bretaña y Estados Unidos? Posiblemente sí, y en ello puede notarse el claro interés intelectual de los autores citados en este apartado: las potencias de origen británico siempre se habían caracterizado por su pragmatismo político, en tanto el republicanismo y la democracia franceses se habían pretendido explicar y justificar a través de una ideología; el proceso revolucionario francés –más fuerte que el norteamericano

⁹⁶ La Prensa, 5 de agosto de 1914, edición de la tarde p. 2.

⁹⁷ El Comercio, 9 de agosto de 1914, edición extraordinaria, p. 2.

⁹⁸ El Comercio, 10 de agosto de 1914, edición de la tarde, p. 2.

inclusive-, con personajes heroicos con Napoleón en el clímax, había incentivado al imaginario peruano más que las demás potencias.

Las causas de la guerra

Sobre todo en los primeros días del mes, las causas siguieron siendo amplio tema de debate en todos los medios. La Crónica continuó con su determinismo histórico que denotaba en términos más filosóficos achacar a la paz armada una situación insostenible de necesidades crecientes que “han creado una especie de fatiga desesperante que no necesita sino de nimios pretextos para estallar”⁹⁹. Y ese mismo determinismo—aunque con otro sentido- lo explicó Mariano H. Cornejo en El Comercio a través del equilibrio entre las potencias europeas que regía desde el siglo XVI y que en caso de verse amenazado conducía a las crisis del siguiente modo:

... la guerra resulta ineludible, porque ninguno de los pueblos que viven dentro de un sistema que asegura la influencia mundial por la equivalencia de las fuerzas, puede consentir que el equilibrio se rompa en contra suya; y ese anhelo emana de hondos instintos de la naturaleza humana, que adivina en la ruptura del equilibrio el regreso al sistema inferior del predominio de uno sobre el sometimiento incondicional del otro...¹⁰⁰

Macmillan en su ingente obra dedicada a las causas de la guerra, demuestra con creces que el temor a un rompimiento del equilibrio fue lo que terminó inclinando a Inglaterra hacia la Entente, y de algún modo también lo que forzó a Bismarck a crear ese sistema de alianzas tan complicado que sólo él había sabido mantener¹⁰¹.

El mismo Cornejo, buscando demostrar su teoría con la coyuntura contemporánea, sostuvo que Austria era el pueblo que pretendía evitar que el equilibrio se rompiera en su contra, el mismo que habría empezado a resquebrajarse con la unificación alemana, y que Bismarck, para ahorrarse problemas, la habría alentado a reconstruir su hegemonía en Oriente, abandonando “la amistad con Francia que le aseguraba la hegemonía en la confederación germánica”. Para centrarse en el Este, Austria tuvo que hacer las paces con su eterna enemiga Italia, pacto que “es muy dudoso que sirva a los intereses

⁹⁹ La Crónica, 2 de agosto de 1914, p.2.

¹⁰⁰ El Comercio, 2 de agosto de 1914, edición única, p. 2.

¹⁰¹ MACMILLAN, op. cit., p. 124.

antagónicos de los dos aliados” (otra alusión a la frágil paz que existe entre los dos miembros menores de la Triple Alianza); y pronto chocaría con los intereses rusos primero y los serbios más adelante, resultando infructuosos sus intentos de impedir que Belgrado continuara acercándose al Adriático, ya fuera con la anexión de Bosnia o con la creación del débil reino albanés. Así, para Cornejo era también Alemania la que había conducido a Austria a tal encrucijada balcánica, aunque insinúa que la alianza franco-rusa había sido decisiva para que el Reich sintiera temor y deseara emprender la guerra antes que se produjeran en las fuerzas armadas zaristas las mejoras que le impedirían doblegar a sus dos enemigos simultáneamente. Y en todo caso, está implícito el hecho que las grandes potencias no renunciaban a la hegemonía, y que el cambio de Austria había sido sólo en dirección, mas no en profundidad.

Así, toda Europa se convertiría en un hervidero a punto de estallar. El Comercio había tratado de ser objetivo en julio –sin mucho éxito–, pero ya el 1 de agosto, con los rumores del ultimátum de Berlín a San Petersburgo, culpaba a Alemania de precipitar las acciones¹⁰². De todos modos, para dicho diario la inevitabilidad del conflicto salía a la luz de nuevo con la referencia a la paz armada y las guerras balcánicas que habrían forzado a las potencias a reformar su servicio militar, una indicación de que los conflictos periféricos como los ocurridos en 1912-1913 habían afectado a los distintos gobiernos e hicieron temer que la conflagración general estaba cerca. En Francia habría existido un miedo porque “su rival de 1870 lo supera en población”, por lo que para “no quedar en inferioridad material”, éste sería el momento indicado para entrar en guerra antes que el Reich la superara totalmente por su crecimiento demográfico desigual (¿hay entonces responsabilidad francesa?). Y por esa misma razón el Reich “tendría interés en aplazar la guerra lo más posible”, pero su temor era el desarrollo militar de Rusia, apoyada financieramente por Francia, que con su gigantesca población, podría crear el ejército “más crecido de cuantos hay en Europa”. De este modo, Alemania se hallaría en una disyuntiva, pero por encima de todo, el temor a ser atenazada por la alianza francorrusa se percibía como una causa de la guerra. Por otro lado, Inglaterra estaría menos presionada, pero igual habría una rivalidad con Alemania por “el predominio económico que uno y otro pueblo pretende tener en el mundo”, y establecía una comparación con la rivalidad entre Inglaterra y Holanda en el siglo XVII por motivos comerciales; de allí se infiere que las provocaciones eran principalmente de ese orden,

¹⁰² El Comercio, 1 de agosto de 1914, edición de la tarde, p. 1.

y el temor, más que en las colonias germanas (ínfimas en comparación a las del Imperio Británico), radicaba en la armada.

Naturalmente, no podía faltar la opinión de *Historicus*, que como muchos otros percibía la inevitabilidad del conflicto producto de las ambiciones por el predominio en el aspecto diplomático y comercial dentro del marco de la paz armada: la solidaridad comercial sólo había aplazado el estallido, pero un solo incidente como el de Sarajevo bastaba para activarlo¹⁰³. Un punto interesante es que para él fueron las razones económicas las que aplazaron un conflicto, más que intereses auténticamente altruistas. Quizá por ello consideraba que Inglaterra (el país que más dependía del comercio) hizo lo posible para reducir la carrera armamentista, pero fracasó (¿le estaba echando la culpa indirectamente a Alemania que había sido la que comenzara con ello?). Por otro lado, no era tan tolerante con Rusia, la cual “ha precipitado el conflicto”: justificaba que defendiera a Serbia por el paneslavismo, pero se preguntaba si Nicolás II no habría estado buscando recuperar el prestigio de su poderío militar y naval que perdiera ante la derrota con Japón¹⁰⁴. Así, el hecho que mencionara al Zar como un personaje capaz de movilizar a toda una nación por un capricho personal, manifiesta que para este autor y parte de la opinión pública, era evidente que Rusia encarnaba la autocracia.

Asimismo, para *Historicus* existían otras causas más internas: aspiraciones malsanas de la clase obrera, opresión capitalista, monopolio de las grandes empresas, anarquismo y bandolerismo¹⁰⁵. De allí se deduce que las luchas sociales –ausentes para él en la cuestión de Sarajevo– sí le importaban tratándose del conflicto continental. Dos días más tarde, sumaba a todo ello el tema de los resentimientos: “La guerra de 1870 fue la consecuencia de la de 1814, y exactamente un siglo después, es a su vez la consecuencia de la de 1870”; así, Alemania habría buscado en 1870 la revancha no completada en las guerras napoleónicas, y ahora Francia estaría buscando su propio desagravio¹⁰⁶. Otra vez se nota la presencia tácita de la época napoleónica, una centuria más tarde; y al mismo tiempo, pese a haber mencionado impulsos económicos, lo emocional no es descartado por *Historicus* como origen de la lucha. El mismo autor no pecaba de candidez en lo referente a las verdaderas causas de la declaración de guerra de Francia y Gran Bretaña a Austria el 12 de agosto, si bien no lo afirmaba directamente:

¹⁰³ El Comercio, 3 de agosto de 1914, edición de la mañana, p. 3.

¹⁰⁴ *Ibidem*.

¹⁰⁵ *Ibidem*.

¹⁰⁶ El Comercio, 5 de agosto de 1914, edición de la tarde, p. 2.

En el principio de las hostilidades, Austria sólo estaba oficialmente en guerra con Rusia; pero no con Francia y Gran Bretaña. Era una especie de convencionalismo imaginado por el Kaiser, para que la escuadra francesa y la inglesa no atacaran y destruyeran la austriaca, que merodea en el litoral montenegrino. Austria envía tropas a reforzar al ejército alemán en el este, y esa actitud ha puesto fin a esa comedia en cuya efectividad nadie podía creer.¹⁰⁷

Por otra parte, la Revista Variedades emitía una opinión bastante sesgada en contra del Kaiser en su editorial del 8 de agosto, con un elocuente lirismo que el anónimo autor se encargaba de subrayar y que vale la pena citar:

Ensueño trágico de destrucción y muerte que se ha hecho realidad por efecto del lirismo imperialista de un monarca insensato a quien sin duda no dejaba dormir tranquilo la sombra gloriosa de aquel formidable y genial conquistador de imperios y transformador del mapa del mundo, que en vida se llamó Napoleón. Así se explica, como una delirante explosión de lirismo, que el Emperador Guillermo II haya retado al orbe entero y que gallardo y lúgubre, épico e indomable de fiereza insana y de confianza en la pujanza de las águilas de su blasón, se enfrente a todas las potencias del mundo europeo y cogido del brazo del abuelo de Europa, el anciano Francisco José de Austria, con el acero en la diestra, acometa y hiera a todos, presa de un quijotismo invertido, dirigido no a la defensa de los débiles y los menesterosos, sino por el contrario por dejar menesteroso y débil este mundo ansioso de paz y quietud.¹⁰⁸

Guillermo II sería entonces el gran culpable por su estricta y personal ambición, en tanto Francisco José es pintado como un mero títere, una opinión que compartían otros medios. Las últimas palabras parecen ser un himno a la candidez, toda vez que las guerras, aunque fueran periféricas al corazón de Europa, continuaban siendo una norma a la que sólo algunos minúsculos grupos de pacifistas se oponían rotundamente. Sin embargo, a continuación el autor de la editorial argumentaba –aunque muy sutilmente– que de algún modo el mundo ya se preparaba para este conflicto, y que el asesinato de

¹⁰⁷ El Comercio, 15 de agosto de 1914, edición de la tarde, p. 2.

¹⁰⁸ Variedades, 8 de agosto de 1914, p. 1075.

Sarajevo activó “los engranajes que han llegado a poner en estado de beligerancia a todas las naciones europeas”; y a su vez que “ya los pueblos no podían soportar la política vertiginosa y progresiva de los armamentos”¹⁰⁹. Parece que habría entonces cierta contradicción: ¿El mundo va a la guerra con resignación amando la paz? ¿Es que acaso el sistema actúa solo sin que las decisiones de los seres humanos afectaran en algo? Por lo visto, la crítica de la revista es demasiado vaga y hay una fuerte animadversión contra Guillermo II y el despotismo que simbolizaba.

La enemistad franco-alemana es otro punto que recibe mucha atención, notándose el sesgo hacia la Tercera República al que ya se ha hecho alusión en el apartado anterior. En el citado artículo “*La fuerza alemana y el alma francesa*”, la anexión de Alsacia-Lorena por el Reich generó una “vieja cuenta que saldar”, que obligó a Francia a vivir “con la inquietud de un hombre cuya casa no tuviera cerrojos” y a no renunciar a dichas provincias, por lo que la guerra resultaba inevitable entre ambas potencias¹¹⁰.

Pedro L. Aponte en *La Patria* emitía también su opinión respecto a lo anterior, sosteniendo que la victoria de 1870 “fue la venganza germana contra la Francia de Napoleón I”, pero que pese al crecimiento industrial y económico del Reich, éste habría subestimado a su antiguo enemigo, tanto porque no previó su recuperación y su perenne deseo de revancha, como por no haber podido “alemanizar” Alsacia y Lorena¹¹¹. Fracaso similar tuvo en Polonia, en donde habría terminado chocando con Rusia y provocando el nacimiento de la alianza franco-rusa, mientras hacia el sur, “la fuerza latente de disgregación” del imperio austriaco era una circunstancia que la autocracia zarista no podía dejar de aprovechar, a fin de oponerse “al expansionismo germano por el lado de Oriente”. Encontramos entonces en Aponte una opinión aparentemente divergente en el periódico que tanto alabara al Reich; empero, con una lectura atenta, no se esboza un juicio moral por los intentos de alemanizar Alsacia-Lorena y Polonia, sino un fracaso en el logro del mismo, lo cual habría sido la causa de la enemistad creciente de parte de Francia y Rusia, y el ulterior acercamiento de ambos. Y por otro lado, Rusia sí recibe un juicio moral negativo por querer aprovecharse de la debilidad austriaca.

Evaluando el resto de la geopolítica europea, Aponte consideraba que la Triple Alianza no había tenido porvenir por la pugna austro-italiana en el Adriático, porque “Austria necesita de un mar propio, indisputable, en el cual ejercer su influencia libremente y

¹⁰⁹ Ídem, p. 1081.

¹¹⁰ *El Comercio*, 9 de agosto de 1914, edición extraordinaria, p. 2.

¹¹¹ *La Patria*, 12 de agosto de 1914, edición de la tarde, p. 3.

poder incrementar su escuadra que pretende colocar en condiciones de equilibrar la fuerza franco-inglesa del Mediterráneo”¹¹². De ese modo, más que el deseo de expandirse, los austriacos simplemente reclamaban un espacio marítimo en donde se pudiera establecer un equilibrio; es decir, eran los francobritánicos quienes generaban un desbalance en el Mediterráneo, y de algún modo se comprendía entonces el interés de Viena en el principado albanés y en Montenegro. En cuanto a Rusia, ésta también quería ampliar su influencia dado que en 1878 “el Tratado de Berlín le cerró el paso de los Dardanelos”, así como eliminar a la escuadra germana en el Báltico porque su situación continental era “casi mediterránea” y requería una salida para su desarrollo marítimo y comercial. ¿Qué puede colegirse de ello? Para el autor Rusia simplemente quería alcanzar su espacio vital y tener una salida al Atlántico, así que ello en cierto modo justificaba su accionar expansivo. Se percibe de todas formas el favoritismo hacia Alemania, pero en líneas generales, es la necesidad de permanecer en equilibrio lo que prevalece.

La apertura del frente occidental

La importancia del frente occidental en los medios peruanos se plasma desde un inicio, no tanto porque se vislumbrara –y efectivamente lo fue- como el más importante de la guerra, sino primordialmente porque la enemistad franco-alemana que se remontaba a 1871 parecía tener su corolario en el Perú. A un mes de desatada la conflagración, en una de sus columnas tituladas “*Al margen de la guerra*”, La Crónica esbozó lo que se hablaba en las calles de Lima acerca de la misma: la primera deducción es que la opinión se dividía claramente entre “francófilos” y “germanófilos”, y que si uno encontraba en la calle a alguno que se auto-nominaba como tal, “entonces ocurre que todo lo que sucede en Europa es conocido hasta en los detalles íntimos por el interfecto”, “todos se sienten críticos militares” y normalmente, exageraba toda noticia a favor de la nación a la que apoyaba, y prácticamente negaba toda información desfavorable¹¹³. Y a aquellos que trataban de ser imparciales, “no pueden conversar con nadie sin que se les tilde inmediatamente o de francófilo o de germanófilo, según sea la inclinación dubitativa de su espíritu”. Así, el choque entre ambas naciones, independientemente de lo que representaran en el imaginario nacional (Alemania la

¹¹² *Ibidem*.

¹¹³ La Crónica, 31 de agosto de 1914, p. 7.

gran potencia militar y económica frente a la Francia republicana y democrática sin pretensiones imperialistas), significaba mucho más para una parte de la sociedad peruana, comprendiéndose entonces que ésta manifestara un interés especial por los acontecimientos de este frente, más que cualquier otro. Parecía lógico que para cada bando, estos países constituían sus principales representantes. Obviamente, los medios de comunicación se darían cuenta de ello, y tenderían a publicar más de ese tópico en particular, y a centrar sus artículos de opinión en lo mismo.

Las providencias estratégicas planteadas a fines de julio se hacen notar mejor cuando los rumores del estado de guerra entre Francia y Alemania son casi seguros e Historicus emitió su primer veredicto en cuanto a la estrategia de este frente: los germanos violarían la neutralidad de Bélgica y Luxemburgo, y su intención sería apoderarse de las fortificaciones septentrionales de Francia y de la plaza de Lille por su gran movimiento comercial e industrial, razón por la cual era imprescindible el apoyo británico en ese sector, de modo que los franceses pudieran concentrarse en la zona de Nancy¹¹⁴. Acá se produciría el otro punto de penetración con la intención de llegar a Orleans, por ser una región llana “en donde pueden concentrarse más de dos millones de alemanes”, y donde como ocurriera en tiempos de Atila, podía estar “destinada a una gran batalla franco-alemana”, tal como lo comentaba dos días más tarde¹¹⁵. Por consiguiente, para este autor era vital la defensa de ese sector para que no se repitiera la sencilla invasión germana de 1870, confiando además en toda la zona fortificada de Alsacia-Lorena en Luneville y los Vosgos para retrasarla. En cuanto a una iniciativa gala, opinaba que ésta no debería atacar hasta que la movilización rusa concluyera y las tropas zaristas invadieran Alemania por el Este¹¹⁶. Parece ser que Historicus no tiene aún en mente el Plan Schlieffen, conjeturando más una maniobra en tenaza que distaba mucho de lo planificado por el jefe de estado mayor alemán Helmuth von Moltke; en lo que sí estaba en lo correcto era en que los Aliados estarían a la espera de que los rusos pudieran desencadenar una ofensiva de mayor envergadura para poder entonces lanzarse al contraataque.

Por otro lado, Dessaix en La Prensa consideraba que eran tres los puntos de avance alemán: por Bélgica para llegar a Maubeuge, por Luxemburgo para ganar Verdún, y por Alsacia y Suiza para ganar Belfort, Epinal y Toul; conquistadas las principales

¹¹⁴ El Comercio, 3 de agosto de 1914, edición de la tarde, p. 1.

¹¹⁵ El Comercio, 5 de agosto de 1914, edición de la tarde, p. 2.

¹¹⁶ *Ibidem*.

fortalezas fronterizas, los invasores tendrían cómo concentrarse y enlazar sus comunicaciones, y así invadir el resto de Francia. En ese aspecto, el autor no tenía la menor idea del Plan Schlieffen y además incluía a Suiza como ruta de penetración¹¹⁷.

Poco después *Historicus*, ya con la Batalla de Lieja en su etapa final, concluía que la invasión alemana se estaba ejecutando a través de cuatro direcciones: por el Limburgo al norte de Lieja, por el Luxemburgo belga hacia la misma Lieja; la tercera por Nancy como eje y la última hacia Belfort por Suiza¹¹⁸. Si bien el columnista suponía con certeza que la resistencia gala triunfaría en Alsacia, aún se equivocaba en cuanto a los objetivos germanos –sobre todo el paso a través de Suiza-, así como creyendo que las dos primeras invasiones serían detenidas por los francobritánicos en los alrededores de Bruselas por medio de una “batalla campal”, semejante a la de “Mukden en la guerra ruso-japonesa” o a la misma Waterloo¹¹⁹, evidenciando otra vez la fuerte influencia de aquella batalla napoleónica en el ideario militar nacional. La verdad es que *Historicus* seguiría a la espera de una batalla como la que acabó con Napoleón I, durante varios días más, pero por encima de todo, tampoco vislumbraba la mayor trascendencia de las pinzas germanas que penetraban por Bélgica.

Precisamente en torno a la invasión de Bélgica, la Batalla de Lieja –la primera de toda la guerra- llamó considerablemente la atención. Dessaix honraba así al pueblo belga por frustrar el avance de los germanos, que pensando “cruzar Bélgica en son de paseo, se han visto así detenidos y obligados a hacer sacrificio inmenso de sangre y energías sólo para poner pie en los muros de Lieja”¹²⁰, lo cual en términos prácticos “ha dado tiempo al comando francés para adoptar medidas conducentes a defender el sector de la frontera franco-belga”¹²¹. El mismo autor colegía que los franceses se moverían a Namur –lo que evidentemente hizo el Ejército 5 del general Lanrezac-, pero era muy optimista al creer que los ingleses se unirían en ese punto para acudir a la reconquista de Lieja¹²²; en todo caso, fue correcto al afirmar poco después que tal defensa “ha echado por tierra los planes germanos sobre una fácil marcha sobre Bélgica y un más rápido ataque a las plazas del norte de Francia”¹²³. Sin embargo, todavía no deducía cuál era la auténtica

¹¹⁷ La Prensa, 8 de agosto de 1914, edición de la mañana, p. 1.

¹¹⁸ El Comercio, 11 de agosto de 1914, edición de la tarde, p. 2.

¹¹⁹ También *Historicus*, El Comercio, 13 de agosto de 1914, edición de la tarde, p. 1.

¹²⁰ La Prensa, 8 de agosto de 1914, edición de la mañana, p. 1.

¹²¹ La Prensa, 9 de agosto de 1914, edición de la mañana, p. 1.

¹²² La Prensa, 11 de agosto de 1914, edición de la mañana, p. 1.

¹²³ La Prensa, 14 de agosto de 1914, edición de la tarde, p. 1.

estrategia alemana: seguía suponiendo que el avance se daría por la frontera franco-belga oriental, es decir, el ala central del despliegue teutón.

Igualmente, Historicus deducía con mucha razón, que la demora sería desfavorable a los alemanes y que en todo caso, “el monarca belga ha cumplido con su deber”; pronosticando además con mucho juicio que al caer Lieja, Alberto I se refugiaría en la “plaza inexpugnable” de Amberes, percatándose igualmente que en Lorena había poca presión porque “todo su esfuerzo se ha dirigido hacia el norte”¹²⁴. Por lo visto, una semana antes que su colega Dessaix, Historicus ya conjeturaba mejor el futuro de las acciones: las principales tropas debían atravesar primero Bélgica y Alsacia-Lorena eran secundarias. En cambio, en La Prensa, y a diferencia de Dessaix que también escribía allí, E.F. Ballesteros realizaba un análisis más desarrollado sobre las operaciones en los primeros días de la guerra en el sector belga, presumiendo que la caída de Lieja era casi inminente a menos que recibiera apoyo francés, pero que aun así la victoria germana no sería decisiva porque los belgas podían retirarse a una segunda línea y allí ser reforzados con cuerpos galos e ingleses, cosa que en el mediano plazo se produjo a lo largo del río Mosa¹²⁵. Empero, destaca que este autor no tuviera en mente tampoco el Plan Schlieffen, sosteniendo que en la frontera franco-alemana “se desarrollará seguramente la parte más interesante de la lucha”, y que si las batallas importantes estaban demorando, era porque los alemanes necesitaban tiempo para quebrar las numerosas fortificaciones enemigas. Su equivocación en cuanto al futuro del frente en Bélgica era más rotundo, suponiendo que se tornaría más defensivo para Alemania, y más ofensivo para la Entente (¿?); en todo caso, comprendía que antes que Rusia se movilizara completamente y la atacara en el Este, el Reich debía “dar un gran golpe a Francia”. En suma, Ballesteros era capaz de prever con certeza las dificultades que afrontarían los invasores en territorio belga, pero aún no apreciaba la estrategia alemana y también esperaba una batalla decisiva en la que todo se resolviera.

Otra operación que se tornaba más importante conforme pasaban los días era la denominada ‘Batalla de las Fronteras’ en Alsacia y Lorena, en donde los franceses estaban tomando la iniciativa –contradiendo así a las cavilaciones de los columnistas peruanos-. Dessaix concluía que la invasión de Alsacia “obedece más a medida política que militar”, puesto que estaba a cargo de un solo cuerpo de ejército sin protección en el

¹²⁴ El Comercio, 7 de agosto de 1914, edición de la tarde, p. 3.

¹²⁵ La Prensa, 10 de agosto, edición de la tarde, p. 1.

flanco izquierdo y sin esperar el resultado de los hechos en Bélgica; pero que también podía perseguir “crear una situación ficticia, con el propósito de atraer sobre determinado punto fuerzas alemanas o austriacas” y distraer al enemigo de otros sectores¹²⁶. El autor se equivocaba al referirse a un solo cuerpo de ejército, toda vez que había dos ejércitos galos en acción en ese punto, y al hecho que la operación respondía al llamado ‘Plan XVII’ francés de pre-guerra, consistente en una penetración rápida para reconquistar las provincias perdidas y quebrar el frente germano mientras los rusos apuraban la movilización en el Este¹²⁷.

Superada Lieja –o al menos sometidos casi todos sus fortines- parecía aclararse más el plan de invasión alemán, considerando siempre que las noticias tardaban en llegar y muchas veces los telegramas provenientes de distintas ciudades se contradecían. Dessaix, quien ya se había referido a tres vías de ataque, ahora subdivide las dos septentrionales en tres: la del norte que “apremia la conquista de Lieja y sus fuertes, verifica un movimiento envolvente por Tongres” aparentemente hacia Bruselas; la segunda “marcha sobre Namur para caer sobre Maubeuge y Rocroi, ganando así la ruta de Verdún”; y la tercera por Luxemburgo directamente sobre Verdún a través de Longuyon¹²⁸; los ejércitos de la Entente estarían divididos también en tres de modo tal que cada grupo encarara a uno de los alemanes. Asimismo, la línea defensiva aliada que el mismo Dessaix describía días después¹²⁹, iba acorde con la realidad, sobre todo en el Mosa, pero nuevamente se equivocaba en su extremo occidental, creyendo que los británicos entablarían batalla en Waterloo (¡siempre Waterloo!), y no en Mons, como ocurrió realmente. El hecho es que el columnista iba desenrollando los hilos conforme se verificaban los hechos, y si bien la idea de un envolvimiento por el oeste aún no se notaba plausible, ya era más seguro que los invasores se estaban concentrando en Bélgica y no en su frontera común con Francia.

Sin embargo, en otros medios de comunicación la opinión ya era distinta. Un comentarista anónimo de La Crónica, pese a sus dudas respecto a si los alemanes irían a la plaza fuerte de Amberes o a las fortalezas del norte francés, apreciaba que “tal vez estén realizando un movimiento envolvente”, y que en todo caso, “hay un hecho, y es que los alemanes avanzan lentamente, con grandes pérdidas de seguro, pero avanzan, y si acaso su plan hubiera fracasado, hubieran cambiado ya de objetivo amagando por la

¹²⁶ La Prensa, 14 de agosto, edición de la tarde, p. 1.

¹²⁷ STRACHAN, op. cit., pp. 194-195.

¹²⁸ La Prensa, 14 de agosto, edición de la tarde, p. 1.

¹²⁹ La Prensa, 23 de agosto de 1914, edición de la mañana, p. 2.

frontera del Este”¹³⁰. En suma, la idea del encierro de los ejércitos galos iba tomando forma, y se llegaba a esa conclusión por el hecho que los alemanes insistían en su avance a través de Bélgica, pese a las pérdidas. Dada esa situación, ¿era factible una batalla al estilo Waterloo? ¿O era mejor una maniobra en tenaza con la participación de las tropas que estaban relativamente quietas en las Árdenas y Alsacia-Lorena? Aun así, el columnista creía que se trataba de una doble pinza con centro en Longuyon, que avanzaría tanto por Bélgica como por Alsacia-Lorena, a pesar que en este último sector los alemanes no mostraban un ímpetu similar¹³¹. En lo que el susodicho comentarista sí atinaba y estaba casi de acuerdo con sus colegas, era que el “heroísmo belga” estaba retrasando a los germanos, quienes iban a tener que apurarse antes que Rusia pudiera golpear en sus fronteras orientales y en las de Austria.

En lo concerniente a *Historicus*, conforme se consolidaba la invasión de Bélgica, pasaba a sostener que “el plan novísimo del Kaiser, en nuestro concepto, ha sido modificado por la tenaz resistencia de los belgas”: a diferencia de un movimiento en pinza, supuso que los invasores dejarían medio millón de hombres en Bélgica y otro medio millón frente a los fuertes de Nancy y Belfort, para contener en ambos sectores una eventual contraofensiva de la Entente, en tanto el resto de sus tropas –dos millones de acuerdo al columnista– penetraría en el corazón de Francia por su ala central, directamente hacia los fuertes de París¹³². Nuevamente quedaba en evidencia que el Plan Schlieffen no era conocido y la estrategia alemana prevista desde el Perú seguía muy influenciada por la campaña de Waterloo de 1815 y la de Sedán de 1870.

De todas formas, en un nuevo cambio de parecer, Dessaix también creía que los germanos estaban cambiando de plan debido a la “heroica resistencia de los belgas en Lieja, en Tongres, en Diest, en Lovaina, y la no menos brillante defensa de los ejércitos aliados” (en realidad sólo la de los franceses, pues aún los británicos no entraban en liza); y contemplaba dos posibles estrategias: 1) simular un ataque a Bruselas y Amberes para atraer tropas aliadas y atacar en el centro para dividir al enemigo, o 2) llevar a cabo un ataque envolvente por Bruselas y Waterloo¹³³. La segunda opción se acercaba parcialmente a la versión de Moltke del Plan Schlieffen. En cuanto a la Entente, seguía creyendo que ésta esperaba una batalla donde los alemanes concentraran

¹³⁰ La Crónica, 20 de agosto, p. 5.

¹³¹ *Ibidem*. Únicamente el Ejército 6 alemán al mando del Príncipe Rupprecht de Baviera intentaba con vehemencia hacia Nancy, pero no era sino una acción diversiva que el mismo príncipe la tomó como una aventura personal.

¹³² El Comercio, 22 de agosto de 1914, edición de la mañana, p. 2.

¹³³ La Prensa, 23 de agosto de 1914, edición de la mañana, p. 2.

sus tropas, ya fuera “sobre Waterloo, frente a Namur, en las fronteras del Luxemburgo o en todos estos lugares a la vez”; una actitud defensiva que sí iba acorde a la realidad (la verdad es que el 23 de agosto, cuando se publicaban tales líneas, los mismos generales Aliados aún estaban desconcertados con referencia al plan alemán)¹³⁴. Empero, tanto el mismo Dessaix como el anónimo autor de la columna “*Al margen de la guerra*” de La Crónica¹³⁵, consideraban que los Aliados no tenían intención de penetrar mucho en Bélgica, ya sea para no caer en el eventual juego alemán o por defender el territorio francés nororiental; ambos estaban de acuerdo que lo más plausible era resistir, siempre a la espera de una tenaz acometida rusa en el Este.

El último día de agosto y cuando sobre el mapa era bastante evidente que los alemanes estaban aplicando un envolvimiento a partir de su ala derecha y la Batalla del Marne estaba *ad portas*, El Comercio emitió un artículo referido a la evolución del plan alemán de invasión de Francia desde 1870, mencionado –entre otros- a Schlieffen¹³⁶: el anónimo autor explicaba la necesidad del Reich de extender su línea de ataque a través de Luxemburgo y Bélgica debido a la fortificación creciente de la frontera gala, aunque no se hablaba de una preeminencia de esa ala septentrional del ejército alemán. En La Patria, Coronel A. se fijaba en el plan de defensa francés, que ahora viraba hacia París, así como en las vías de comunicación principales hacia el resto del país, aduciendo que todo estaba transcurriendo como lo inicialmente planificado: un retroceso del ejército francés en su flanco occidental para luego contraatacar con el enemigo agotado¹³⁷. Obviamente, esto no concordaba con el Plan XVII original del estado mayor galo, pero fue lo que en la realidad el comandante en jefe Joseph Joffre ejecutó en septiembre.

Bélgica: alabanzas por doquier

Un caso que merece párrafo aparte por su particular importancia es Bélgica, más allá de los hechos estrictamente militares que se desarrollaban en su suelo. Historicus comienza a referirse a la pequeña monarquía flamenca cuando se inicia la Batalla de Lieja, lamentando que debido a la “engañosa garantía de la neutralidad”, Leopoldo II recién empezara una preparación bélica al final de su reinado; pero en cambio, alababa a su sucesor Alberto I por poner los asuntos de estado por encima de los vínculos familiares

¹³⁴ *Ibidem*.

¹³⁵ La Crónica, 24 de agosto de 1914, p. 4.

¹³⁶ El Comercio, 31 de agosto de 1914, edición de la mañana, p. 2.

¹³⁷ La Patria, 29 de agosto de 1914, edición de la mañana, p. 3.

que tenía con la casa alemana de Sajonia-Coburgo al haberse unido a la Entente¹³⁸. Más adelante volverá a referirse al soberano, quien “no sólo es un valiente, sino un hombre de Estado previsor”¹³⁹.

Mucho más afectuoso hacia este reino era el columnista Dessaix, quien no cesaba de impresionarse por la resistencia belga en Lieja, donde “con ser derrota, es el triunfo del ideal belga”, evidenciando así “ante el mundo su sincero propósito de defender su neutralidad”¹⁴⁰. El columnista de La Crónica Pele Mele era un poco más genérico, pero del mismo modo positivo, con respecto a “Bélgica la industrial, la progresista Bélgica, uno de los países más civilizados del orbe, cuya cultura y progreso asombran a todos”¹⁴¹. Variedades, como solía ser, se expresaba con el lirismo que la caracterizaba, convirtiendo a Bélgica en el punto central de su comentario semanal:

La actitud de Bélgica es sencillamente admirable. Ha sabido defender su posición de pueblo constituido. La Historia no le habría perdonado sin duda que hubiera prestado su territorio para que por allí, con el objeto de encontrar casi sin preparación al enemigo, pasaran los alemanes. El solo gesto gallardo de no prestar su territorio a semejante pretensión y defenderlo bastaría para enaltecer a aquel pequeño y progresista país.¹⁴²

La gallardía a la que se hacía referencia no dejó de admirar a escritores y lectores peruanos, tal como se denotaría con más fuerza en el siguiente mes, una vez que las atrocidades germanas cometidas durante los primeros días de la ocupación fueran haciéndose conocidas. Se ve entonces que junto a las virtudes del honor y el heroísmo por la defensa de su libertad y soberanía, se suma el aspecto económico y progresista, lo cual estaría colocando al pequeño reino en un punto intermedio al recoger las cualidades de Francia y Alemania, que justamente –tal como se ha mencionado líneas arriba- eran los contendientes principales para los opinólogos peruanos. Por otro lado, las virtudes mencionadas se ajustaban al ideal de desarrollo que profesaban positivistas como Polar y Javier Prado, así como los más idealistas García Calderón y Deustua. ¿Era Bélgica entonces el paraíso con el que soñaba el Perú? ¿Un estado que no era potencia, pero que podía sentirse plenamente orgulloso?

¹³⁸ El Comercio, 7 de agosto de 1914, edición de la tarde, p. 2.

¹³⁹ El Comercio, 13 de agosto de 1914, edición de la tarde, p. 1.

¹⁴⁰ La Prensa, 11 de agosto de 1914, edición de la mañana, p. 1.

¹⁴¹ La Crónica, 30 de agosto de 1914, p. 8.

¹⁴² Variedades, 29 de agosto de 1914, p. 1143.

El frente oriental: desconocimiento de las acciones

Si bien no generaba tanta atracción como el frente occidental, los medios no dejaban de discutir acerca de la estrategia de las fuerzas en el Este, aunque vale advertir que las noticias que llegaban eran mucho más contradictorias que las relativas al Oeste. En un análisis preliminar sobre las potencias en guerra, El Comercio reconocía las mejoras de Rusia en las defensas de su frontera occidental tanto en lo logístico como en lo ferroviario, y que tanto sus soldados en valor y armamento “no tienen nada que envidiar a los mejores soldados”¹⁴³, y a ello agregaba Dessaix en La Prensa que los cosacos “han sido siempre el terror de sus enemigos”¹⁴⁴. La autocracia rusa podía ser condenada en muchos aspectos, pero el valor del soldado cosaco –y en general, del pueblo ruso- sí era reconocido. Es probable que hubiera una simpatía hacia el pueblo como contraparte a la nobleza y la clase terrateniente que dominaba el país.

Ya en lo concerniente a las operaciones bélicas y a la estrategia, se sabía que Rusia enfrentaría sin ninguna duda a las dos Potencias Centrales, pero el columnista Ballesteros en La Prensa esperaba una actitud defensiva austriaca en Galizia porque Austria, “habiéndose preparado para hacer la guerra a Serbia, no dispone de fuerzas suficientes para emprender una vigorosa ofensiva por este lado”¹⁴⁵. Era una suposición sensata y ciertamente lo que Viena tuvo que hacer, pero el jefe de estado mayor general Conrad von Hötzendorf cometió el craso error de dividir sus fuerzas y emprender una ofensiva en ambos frentes¹⁴⁶. Por su parte, Historicus añadía que la lenta movilización rusa –debido a “la enorme extensión del imperio moscovita” y “la insuficiencia de los medios de transporte de las tropas”- haría que las acciones trascendentes demoraran hasta fines de agosto¹⁴⁷. Acá se equivocó, toda vez que la invasión de la Prusia Oriental alemana arrancó el día 17, y la contraofensiva contra los austriacos en Galizia sólo algunos días después; tal como sospechaban los mismos austroalemanes, la movilización rusa demoró menos de lo pensado.

Historicus lanzó un comentario más profundo el 22 de agosto, cuando ya las tropas rusas estaban en movimiento en Prusia Oriental: el autor asumía primero una “marcha

¹⁴³ El Comercio, 3 de agosto de 1914, edición de la mañana, p. 2.

¹⁴⁴ La Prensa, 5 de agosto de 1914, edición de la tarde p. 2.

¹⁴⁵ La Prensa, 10 de agosto de 1914, edición de la tarde, p. 1.

¹⁴⁶ HERWIG, H. *The First World War. Germany and Austria-Hungary 1914-1918*. 2nd Edition. Bloomsbury, 2014, pp. 54-55.

¹⁴⁷ El Comercio, 11 de agosto de 1914, edición de la tarde, p. 2.

del ejército ruso de Tilsit [corazón de Prusia Oriental] a Berlín” que sería muy lenta, o en todo caso una marcha por las riberas del golfo de Dantzig, “ataque a esa plaza fuerte marítima, por tierra, en combinación con las escuadras rusa y británica para iniciar desembarcos sucesivos en Hamburgo o Bremen, y amenazar Berlín por mar”¹⁴⁸. De todo esto se deduce que si los columnistas sólo tenían una vaga idea acerca de la estrategia alemana en el Oeste, definitivamente no tenían la menor noción sobre lo que planeaba el estado mayor ruso (STAVKA), cuyo objetivo fue encerrar al Ejército 8 alemán en Prusia Oriental y aniquilarlo, a fin que los alemanes se vieran luego obligados a remitir tropas al Este y debilitar su avance en Bélgica y Francia. Mucha más candidez se notaba en el optimismo respecto a las capacidades operativas conjuntas de las flotas rusa e inglesa en el Báltico; en este amplio espacio acuático, la escuadra rusa jamás tendría iniciativa alguna hasta el armisticio de 1918, en tanto los británicos apenas osarían aproximarse a las bases alemanas del Mar del Norte, y sólo una decena de submarinos penetrarían en el Báltico en 1915.

Asimismo, un autor que firmaba en *El Comercio* como Capitán M¹⁴⁹, se dedicaba a refutar al artículo de Coronel A. de *La Patria*¹⁵⁰, periódico que hemos visto tenía un sesgo hacia Alemania y que a través de dicho autor ya cantaba la victoria de esta potencia. Empero, si bien el susodicho autor podía ser muy confiado, Capitán M pecaba de candidez al hablar sobre “la arrolladora invasión rusa” (que nunca lo fue) en los días que justo se producía la gran victoria alemana de Tannenberg, y que ello además echaría por tierra el avance alemán estancado en Amberes sin poder continuar hasta París, y sobre el cual pronto caería un cuerpo principal francés. Añadía que dicho contragolpe galo se produciría cuando “Guillermo II deba dirigir una mirada angustiosa hacia su palacio de Unter den Linden, próximo a albergar a su primo, el zar de todas las Rusias”¹⁵¹. Parecía quizás que este autor no estaba muy informado respecto al gran fracaso del ejército ruso en la campaña en Manchuria ante Japón casi diez años atrás, o en todo caso, su favoritismo hacia el bando aliado le nublabla la mente.

Por su parte, *La Crónica* no agregaba mucho por el momento, salvo que estando los austriacos empeñados “con Serbia y Montenegro y el peligro en que están sus costas del Adriático”, concluía que poco podían ayudar a su aliado en su frontera rusa¹⁵²;

¹⁴⁸ *El Comercio*, 22 de agosto de 1914, edición de la mañana, p. 2.

¹⁴⁹ *El Comercio*, 28 de agosto de 1914, edición de la tarde, p. 1.

¹⁵⁰ *La Patria*, 27 de agosto de 1914, edición de la mañana, p. 4.

¹⁵¹ *El Comercio*, 28 de agosto de 1914, edición de la tarde, p. 1.

¹⁵² *La Crónica*, 24 de agosto de 1914, p. 4.

naturalmente, desconocía este columnista, al igual que su colega Ballesteros, la insensatez austrohúngara para lanzarse efectivamente a dos campañas simultáneas. Con todo, podría concluirse preliminarmente que en el Este, con la excepción de La Patria que no mencionaba mucho el tema, se vislumbraba una victoria rusa tanto contra sus dos enemigos, sea en el corto o en el mediano plazo, dependiendo de la rapidez de la movilización.

El inicio de la guerra naval y aérea

Avizorándose un conflicto a gran escala, era de esperarse que las estrategias navales tuvieran un papel crucial en la opinión pública, incluyendo el lirismo de Dessaix normalmente presente, y sería interesante citar:

... en la inmensidad de los mares se buscan a estas horas flotas inmensas y poderosas, encarnación del saber y la pujanza humana, para en breves instantes de lucha sangrienta obsequiar a los abismos con montañas de acero y de hombres, y asentar sobre ellas la supremacía de una bandera.¹⁵³

Historicus, con el conflicto ya en ciernes, arguyó que la Triple Entente tenía la gran superioridad, “aun sin el concurso de Japón”¹⁵⁴. Y La Patria, tras un recuento numérico de cada tipo de unidad de las marinas británica y la alemana, simplemente sugirió que “se ve pues que la situación de Inglaterra bajo el punto de vista naval no justifica ninguna alarma, y que su superioridad es abrumadora”, concluyendo además que la carrera naval iniciada por el Kaiser y Tirpitz unos años atrás sólo estimuló una mayor construcción en Gran Bretaña, con la consecuente mayor superioridad¹⁵⁵. Una conclusión que no favorecía al Reich en un diario que gustaba de él.

Por su parte, a inicios de agosto Dessaix no dudaba que pronto la flota unida francobritánica dominaría el Mar del Norte y permitiría el desembarco inglés en Francia¹⁵⁶, lo cual ciertamente ocurrió. Por su parte, el 20 de agosto La Crónica cercioraba con confianza que “el Mar del Norte está materialmente barrido por el

¹⁵³ La Prensa, 5 de agosto de 1914, edición de la tarde p. 2.

¹⁵⁴ El Comercio, 3 de agosto de 1914, edición de la mañana, p. 2.

¹⁵⁵ La Patria, 5 de agosto de 1914, edición de la mañana, p. 3.

¹⁵⁶ La Prensa, 8 de agosto de 1914, edición de la tarde, p. 1.

poderío naval inglés”, en tanto en el Mediterráneo “la escuadra austriaca no se atreverá, indudablemente, a dar batalla a la escuadra anglo-francesa”¹⁵⁷. A partir de estas dos deducciones -cumplidas casi cabalmente durante toda la guerra- surgió entonces la interrogante para el mismo autor respecto a cómo las Potencias Centrales podrían abastecerse si sus escuadras permanecían ancladas en Kiel y Pola respectivamente, algo que se agravaría si Japón entraba en guerra (lo que aconteció tres días después) y aligeraba la presión sobre Inglaterra en el Pacífico. El bloqueo naval se avizoraba entonces desde el Perú como un arma letal, y si bien los austroalemanes aventurarían a sus submarinos más allá de sus bases navales, la verdad es que sus unidades de superficie apenas lo hicieron. En ese sentido, los medios peruanos pronosticaron con bastante claridad lo que sería la guerra naval, aunque no supusieron que en el largo plazo el bloqueo sería letal para las dos monarquías centroeuropeas. Obviamente, se desconocía la duración del conflicto.

Menos importante en la realidad, pero generando una fascinación especial en el Perú, era la guerra aérea. Los lirismos de fines de julio continuaron con relación a las perspectivas de esta nueva forma de lucha, porque “en el aire se desarrollarán épicamente aquellos heroicos combates singulares que dieron fama a los más ilustres caballeros de la Edad Media”¹⁵⁸. El autor del ya citado artículo “*Fuerza alemana, alma francesa*” consideraba a los dirigibles alemanes como “acorazados del aire” con alto poder destructivo, pero que el aeroplano francés, llamado “torpedero del aire”, bien podía hacerle frente¹⁵⁹. En ese aspecto fue quizás algo optimista, toda vez que los zepelines perpetrarían daño –sobre todo en la costa oriental de Inglaterra- hasta recién ser frenados en 1916 por una eficiente fuerza antiaérea combinada de piezas de cañones y cazas más flexibles. En todo caso, eran unas ilusiones que pronto Historicus comenzó a desmentir, al percatarse que en los primeros días de la guerra “la navegación aérea no tiene la importancia que se suponía como factor bélico”, agregando que sobre los aeroplanos y dirigibles, “ya varios han sucumbido en su labor de destrucción, realizando daños aislados, sin importancia, sobre el éxito de ataques a plazas fuertes”¹⁶⁰. La verdad fue que como fuerza de combate, la importancia de la aviación fue sólo marginal, pero especialmente en 1914, cuando aún estaba en fase de experimentación¹⁶¹.

¹⁵⁷ La Crónica, 20 de agosto de 1914, p. 5.

¹⁵⁸ La Crónica, 4 de agosto de 1914, p.3.

¹⁵⁹ El Comercio, 9 de agosto de 1914, edición extraordinaria, p. 2.

¹⁶⁰ El Comercio, 15 de agosto de 1914, edición de la tarde, p. 2.

¹⁶¹ LAWSON y LAWSON, op. cit., pp. 31-34.

En La Patria, un escritor anónimo pronosticaba en los primeros días del conflicto que sobrevendría una lucha cruenta con aeroplanos y dirigibles, si bien subestimó la capacidad de los cañones antiaéreos que irían incrementándose a lo largo de la guerra¹⁶². No era tan optimista Pele Mele en La Crónica, cuando afirmaba que “el espantoso efecto de un ataque de los zeppelines en la noche es incalculable”, pues la cantidad de explosivos que cargaban los hacía temibles, manifestando además su confianza en los aviones, porque si bien el daño que podrían causar sobre un ejército era casi nulo, “estas ligeras máquinas servirán para descubrir el peligro aéreo y para contener un posible ataque de los zeppelines”¹⁶³. En resumen, las opiniones acerca del poder destructivo y la importancia de zeppelines y aeroplanos era diversa, toda vez que en los albores de la guerra su uso era aún limitado y la imaginación pesaba bastante.

Las perspectivas de la guerra

Siendo conocido el estado de guerra entre Rusia y Alemania que marca la apertura de la guerra entre potencias –hasta ese instante se trataba sólo de un conflicto austro-serbio-, la cuestión del futuro se convirtió en uno de los temas de discusión más importantes, avizorándose -como ya ocurría desde fines de julio- un horizonte sombrío. La Crónica vaticinaba un cambio de valores y el derrumbe de los convencionalismos frente a ideas que germinaban desde la Revolución Francesa, dando a entender que la revolución social era inevitable y que sería establecida después de la guerra por Dios, pero que las injusticias llegarían a su fin y todo sería mejor:

porque casi no quedará poder humano que la imponga, sino la propia necesidad y el agotamiento por el hambre, cuando los millares de hombres licenciados piensen con mucha más fuerza, porque partirán de un sentimiento real y positivo [...] que no es posible seguir viviendo en este forcejeo inicuo de luchas de predominio cuando aún la Humanidad es sólo de unos cuantos y perecen y se sacrifican a millares los hombres por una elite...¹⁶⁴

¹⁶² La Patria, 4 de agosto de 1914, edición de la tarde, p. 3.

¹⁶³ La Crónica, 30 de agosto de 1914, p. 8.

¹⁶⁴ La Crónica, 2 de agosto de 1914, p. 4.

En fin, la guerra sería una especie de limpieza moral, y La Crónica lo confirmaba al día siguiente afirmando que “tal vez se necesita un sacudimiento monstruoso para que la Humanidad sienta con fuerza, la necesidad de la solidaridad y de la paz universales”, y concluyendo que tal vez “desde la América vaya un soplo de esperanza sobre la envejecida Europa”, insinuándose la visión del Nuevo Mundo que estaba en los principios de la hegemonía mundial¹⁶⁵. Algo semejante afirmaba Variedades, al sostener que “la Europa deshace el pasado y por medio de un sacudimiento formidable prepara, seguramente, la eclosión de un nuevo modo de situar la realidad social y política”¹⁶⁶.

El ingeniero Valladares hablaba incluso que la guerra, como un “eclipse parcial de la cultura y del progreso, va a realizar una evolución para dar su nombre al siglo que comienza”, como habían sido los siglos de Pericles, de Augusto, del Renacimiento y de la Revolución Francesa (casualmente, y con excepción del de Augusto, las épocas que tanto elogiaba González Prada), y que el ganador sería quien mejor empleara las nuevas tecnologías, destacando que precisamente éstas habrían contribuido a la carrera armamentista¹⁶⁷. Se detecta una sensación de malestar general social por parte de La Crónica y Variedades, pero ambos consideraban que la crisis se producía principalmente en Europa, y que por tanto podía estar llegando la hora del Nuevo Mundo, esto es, América. En ese caso, ninguno estuvo alejado de la verdad: Estados Unidos sería la potencia absoluta al término del conflicto, en tanto Europa entraría a otra etapa sociopolítica con la aparición de nuevos estados y sistemas de gobiernos encuadrados en el socialismo y el fascismo; y respecto a la tecnología, la misma guerra demostraría ser un vehículo para la revolución de la misma en múltiples aspectos.

La sensación general de catástrofe se expresaba igualmente en la editorial del 3 de agosto de El Comercio, donde se comparaba esta guerra con las ocurridas en Sudamérica, las cuales por un lado no habían afectado a todo el orbe y entonces podía “encontrarse excusa para quienes provocaban desgracias que ellos solos debían sobrellevar”; y que por el contrario, surgían en forma espontánea, “casi semi-bárbara”, frente a la europea que sobrevenía “dentro de las más estrictas reglas protocolarias”¹⁶⁸. ¿Es que para El Comercio la formalidad y respeto a las reglas compensarían en parte los daños? Ciertamente, en cuanto a lo segundo, sucesos como las atrocidades alemanas en Bélgica, el genocidio armenio y asirio, y las carnicerías espantosas en las trincheras y en

¹⁶⁵ La Crónica, 3 de agosto de 1914, p. 2-4.

¹⁶⁶ Variedades, 8 de agosto de 1914, p. 1081.

¹⁶⁷ El Comercio, 10 de agosto de 1914, edición de la tarde, p. 2.

¹⁶⁸ El Comercio, 3 de agosto, edición de la mañana, p.1.

el resto de frentes, dejarían por los suelos una afirmación semejante acerca de las “reglas protocolarias”.

En *La Patria*, la pluma de un autor llamado Marcelo D’Arvill exponía no sólo los horrores de una guerra que modificaría la faz del mundo en todo aspecto, sino que se proyectaba hasta lo que sería la indudable paz que en algún momento se firmaría y los peligros de la misma. Evidenciaba así que los cambios tendrían que producirse, pero el resultado sería un nuevo orden en lo absoluto estable:

Tras de las ventajas materiales y morales obtenidas por el vencedor, como es la recuperación de lo gastado en la guerra por la indemnización que imponga al vencido, y como es el aumento y robustecimiento de las energías vitales y espirituales que en sus individuos crea el clamor y la satisfacción del triunfo y de la victoria, viene la reorganización de la vida del país en todos sus puntos de vista, y he aquí donde se encuadran los nuevos factores engendrados al calor de la hoguera de la guerra, y que vienen a prestar nuevos y fuertes estímulos a la existencia material y moral del país, y para ser ellos la fuente de donde emerja el nuevo progreso y poderío que la raza o espíritu de nacionalidad construya”.¹⁶⁹

Juvenal, quien escribiera arduamente en ese mismo diario sobre los orígenes del conflicto austro-serbio, sostenía que la paz debería ocuparse de asimilar los nuevos factores que se formarían a lo largo de la guerra, y que debía sentarse un nuevo orden en el que no se repitieran las premisas que habían provocado la conflagración, de modo que los países derrotados pudieran reconstruirse y que existiera un equilibrio prometedor¹⁷⁰. Y conforme pasaban los días y la dinámica militar cubría la mayor atención del público, los comentarios acerca de las perspectivas generales de la guerra pasaban a segundo plano.

Quizá *Variedades* era la excepción, al preguntarse el porqué de los hechos en su fascículo del 15 de agosto, planteando cuestiones ya conocidas como la paz armada. En cuanto al futuro, los tópicos existenciales y cierto desaliento eran perceptibles:

¹⁶⁹ *La Patria*, 8 de agosto de 1914, edición de la mañana, p. 4.

¹⁷⁰ *La Patria*, 7 de agosto de 1914, edición de la tarde, p. 3.

¿Es un simple predominio geográfico y económico el que se debate? ¿Es una superioridad de raza lo que se discute? ¿O es la fatiga del presente que desesperada se liquida para dar paso a un mundo nuevo? Estos son los misteriosos interrogantes que se abren en el horizonte de nuestros días. Espanta pensar que contra las esperanzas de los ilusos, la guerra pueda durar más de seis meses, tal vez un año entero.¹⁷¹

Así, si bien el columnista de la revista sugería el cambio que otros ya habían referido, se lamentaba por el proceso que se avecinaba, y no era precisamente optimista respecto a dicho mundo nuevo del futuro. A su vez, destaca que sintiera espanto hacia una guerra que podía durar hasta un año, pronóstico ingenuo si se mira con retrospectiva, pero que nos brinda una idea de lo que terminaría significando un conflicto que se dilataría más del cuádruple del tiempo dentro del peor escenario considerado por dicho escritor.

El autor de *La Crónica Pele Mele*, en su primer artículo sobre el conflicto, quizá con la intención de lanzar una perorata introductoria, se refería a las calamidades de la guerra sin culpar específicamente a alguien, pese a que su discurso se inició partiendo de la invasión de Bélgica:

De pueblo en pueblo ha pasado como una tromba el huracán espantoso de la guerra, y en los caminos desolados los campesinos fugitivos han visto cruzar con melancólico orgullo los carros atestados de heridos. De la noche a la mañana, regiones prósperas y felices donde sólo se escuchaba el ruido de la labor cotidiana, han sido devastadas por el cañón. Las máquinas aéreas, que antes despertaran el entusiasmo de todos y que hicieran alzar la cabeza a cuantos sintieran asombrados el ruido de los motores en marcha, ahora producen el espanto e instintivamente hacen inclinar la cerviz ante el horrible temor de que la muerte como en las leyendas de fanatismo mítico venga desde lo alto.¹⁷²

Lirismo aparte, el autor buscaba transmitir la parte más humana del conflicto, interrogándose acerca del número de bajas de todos los beligerantes y continuando con descripciones literarias, pero con una innegable tónica de verdad sobre los horrores de la guerra, acotando con algo de sarcasmo que ello ocurre en “países civilizadísimos, orgullosos y plenos de cultura, provistos de todos los medios para obtener la felicidad

¹⁷¹ Variedades, 15 de agosto de 1914, p. 1096.

¹⁷² La Crónica, 30 de agosto de 1914, p. 8.

de los pueblos, y ocurre más sin duda que para obtener ventajas y predominios comerciales”. Al final de dicha crónica indagaba respuestas para el futuro, sugiriendo que sólo una revolución social podría impedir que todo regresara al viejo cauce de una nueva lucha por la supremacía a través del despojo “de los pueblos y del esfuerzo de los hombres”. En ese último aspecto, ¿sugería una revolución social como un factor aparte de la guerra? ¿Estaba confirmando, al menos parcialmente, el anarquismo de González Prada? En tal caso, la Revolución Rusa y su influencia a nivel mundial le darían en buen grado la razón, pero el hecho es que las corrientes ideológicas nacionales de inicios del siglo XX, inclinadas principalmente hacia los cambios evolutivos, estaban siendo ciertamente sacudidas ante la violencia diaria en los países “más civilizados”... y que conforme avanzaba, más lejano se avizoraba su fin.

En cuestiones más específicas sobre el futuro de la conflagración, La Crónica asumía también que Turquía podría entrometerse si Austria deseara extenderse por todos los Balcanes, pero no porque se sintiera amenazada, sino para defender a los pequeños estados; y ya con una perspectiva mundial, vislumbraba que la intervención japonesa acabaría con la preponderancia británica en Extremo Oriente, al tiempo que Estados Unidos también obtendría predominio allí y “reafirmaría su influencia en la América Española”¹⁷³. Si bien hay bastante candidez respecto a los intereses otomanos (Turquía terminaría respaldando a Austria-Hungría), sí hubo mucha perspicacia con relación al futuro de la geopolítica en Extremo Oriente (ascenso nipón) y en América (primacía estadounidense hasta la actualidad).

Sobre Italia, una vez que ésta declarara su neutralidad, La Crónica concluía con más pragmatismo que ello no sólo respondía a una cuestión nacionalista, sino a la defensa de la monarquía frente a la “efervescencia republicano-socialista” que podría aprovechar la coyuntura para “hacer temblar el poder de la casa de Saboya”¹⁷⁴, una causa concebida que respondía a la creciente fuerza de los socialistas y anarquistas en la península. Pedro L. Aponte en La Patria era claro también al sostener que Italia no ganaría nada con un triunfo de la Triple Alianza, salvo quizá Niza, Saboya y Córcega, “porque Austria no le devolvería las provincias irredentas”¹⁷⁵. En suma, en el Perú era previsible que Roma se alejara de sus viejos aliados, aunque no se creía aún en una pronta entrada al conflicto al lado de la Entente.

¹⁷³ La Crónica, 1 de agosto de 1914, p. 2.

¹⁷⁴ La Crónica, 4 de agosto de 1914, p. 3-4.

¹⁷⁵ La Patria, 12 de agosto de 1914, edición de la tarde, p. 3.

Historicus -ya en vísperas de la declaración de guerra japonesa que se vislumbraba inevitable- advertía a su vez que “la vieja querrela japonesa yanqui puede resucitar y agravarse¹⁷⁶. Había, pues, el peligro de un nuevo conflicto de ambas potencias en el Gran Océano que agravará la situación ya muy difícil de los países latinoamericanos”, arguyendo que esa nueva guerra “convertiría la guerra europea en una crisis mundial completa”, para perjuicio de todos los mercados¹⁷⁷. La historia le daría la razón, aunque sólo 27 años más tarde, cuando se produjera la invasión japonesa de Manchuria y ello condujera a una relación tensa con Estados Unidos. Pero era evidente que con la Primera Guerra Mundial los conflictos entre potencias pasaron de un plano netamente europeo a uno mundial. En todo caso, Historicus preveía asimismo un reordenamiento del mapa europeo sólo comparable a las invasiones bárbaras del siglo V, y en cuanto a la victoria, sostenía que aquel bando que más rápido se movilice tendría la ventaja¹⁷⁸. Con ello, a diferencia de Valladares, quien sostenía una victoria para quien aplicara mejor las nuevas tecnologías –es decir, un proceso de largo plazo-, el columnista de El Comercio confiaba aún en una resolución del conflicto en el corto plazo donde sólo bastara una rápida reunión de tropas.

Asignaba igualmente Historicus a Inglaterra una obligación moral de participar al lado de la Entente, porque su abstención “por breves días que durara, podría permitir a Alemania arrasarse rápidamente las costas de Francia en la Mancha y el Atlántico”; y justificaba su recomendación recordando el resentimiento austriaco contra Francia cuando Napoleón III no la apoyara en 1866¹⁷⁹. De allí se deduce que en el Perú el alineamiento de los británicos con Francia y Rusia se avizoraba como un hecho concreto, pese a no existir acuerdos formales. Algunos días después, estando ya en guerra Gran Bretaña y el Reich, las perspectivas para este último parecían complicarse, “pues Italia está en vísperas de tomar las armas contra Austria, Inglaterra acabará con la flota de Alemania, y Bélgica ha opuesto una tenaz e inesperada resistencia”; y a ello se añadían argumentos más antropológicos que tanto gustaban a dicho autor: en Francia el soldado enérgico, audaz y ágil sería capaz de encarar al soldado alemán poderoso, resistente y pesado¹⁸⁰. Siendo consecuente con el tema de la movilización, Historicus aguardaba una rauda victoria de la Entente contra las dos Potencias Centrales que

¹⁷⁶ El Comercio, 22 de agosto de 1914, edición de la mañana, p. 2. Es muy probable que se esté refiriendo al episodio del Comodoro Matthew Perry de 1854.

¹⁷⁷ *Ibidem*.

¹⁷⁸ El Comercio, 3 de agosto de 1914, edición de la mañana, p. 3.

¹⁷⁹ El Comercio, 5 de agosto de 1914, edición de la tarde, p. 2.

¹⁸⁰ El Comercio, 9 de agosto de 1914, edición extraordinaria, p. 2.

quedarían encerradas. Naturalmente no tomó en cuenta lo siguiente: británicos y germanos serían muy tímidos en la lucha naval para dejarlo todo en una batalla, la maquinaria militar alemana sería mucho más fuerte y eficiente de lo que se creía, e Italia, aparte de demorarse en entrar a la guerra pensando más en las ganancias territoriales que la Entente le garantizaría, carecía de un ejército moderno que pudiera sacar a los austriacos del conflicto de forma expeditiva.

Por su parte, La Crónica contemplaba las dos alternativas futuras posibles: 1) de ganar Alemania se llegaría a una situación similar a la de Carlos V con una Austria sometida a Prusia dentro de una vasta confederación germánica, una Francia destruida, una Rusia aislada, una Inglaterra sin peso en el continente, una Italia destinada a no concluir su unificación y unos estados balcánicos que, sin el respaldo ruso, serían repartidos entre Austria y Turquía; 2) de ganar la Entente, Austria-Hungría se disolvería por su problema demográfico-étnico y muchas provincias prusianas serían anexadas por Rusia, en tanto Francia recuperaría Alsacia-Lorena, Inglaterra consolidaría su imperio colonial y se produciría un aumento de poder de Estados Unidos y Japón¹⁸¹. Para el autor anónimo de estos párrafos, ambas posibilidades serían negativas porque nuevamente dejarían al mundo en una situación similar a la pre-guerra, por lo que desde aquel instante advertía que en el tratado de paz deberían establecerse cláusulas que fomentaran la creación de valores que evitaran una siguiente conflagración. Resulta increíble como lo referente a la segunda alternativa se cumpliría casi a cabalidad a fines de 1918; lo único que no previó este columnista fue la Revolución Rusa y la aparición de nuevos estados, como Polonia y Lituania, que serían justamente los que se apropiarían de aquellas provincias prusianas orientales. Su advertencia sobre el tratado de paz, que hace recordar las palabras de Juvenal en La Patria¹⁸², era igualmente premonitoria, produciéndose exactamente lo que él temía.

Mariano Cornejo en El Comercio, al hablar de la trascendencia del recién asesinado socialista francés Jean Jaures por un fanático nacionalista al final de julio¹⁸³, era optimista frente al futuro, pues “del conflicto actual, por su misma pavorosa extensión, pueden surgir formas y asociaciones de intereses, dentro de las cuales la paz de Europa se estableciera definitivamente”, aunque respecto a la Francia que tanto admiraba, no

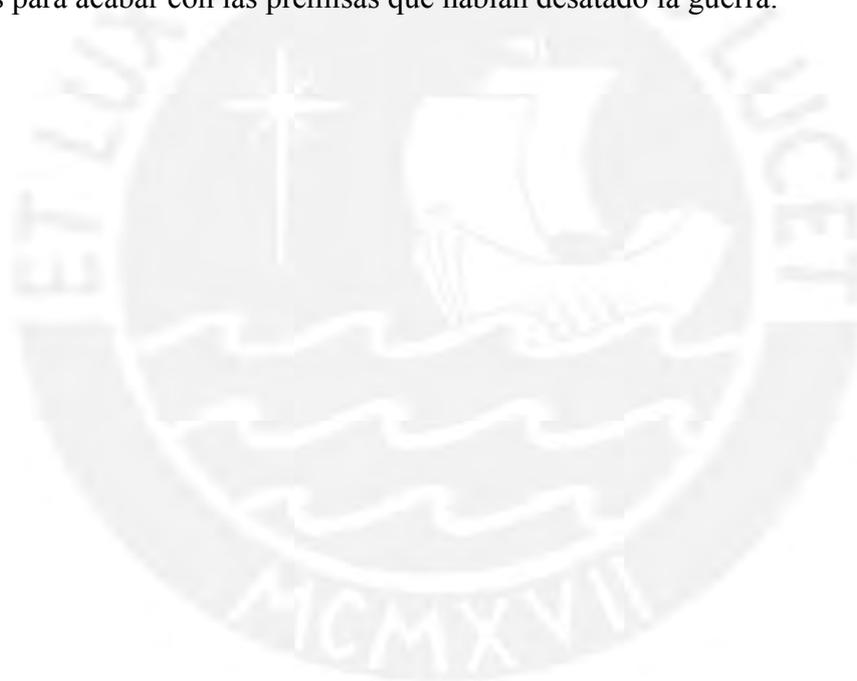
¹⁸¹ La Crónica, 3 de agosto de 1914, p. 2-4.

¹⁸² La Patria, 7 de agosto de 1914, edición de la tarde, p. 3.

¹⁸³ Jean Jaurés era el líder del Partido Socialista francés y siempre se había opuesto a la guerra tachándola de un paso más del capitalismo imperialista. Quizá debido a su acercamiento a los socialistas alemanes, fue baleado por el nacionalista Raoul Villain en un café parisino el 31 de julio. El Comercio le dedica bastantes párrafos recordando su trayectoria (ver siguiente nota).

opinaba igual que el mismo Jaures y pronosticaba una victoria gala, a la que “le basta resistir el empuje de las fuerzas germánicas” a la espera que Rusia movilizara todas sus fuerzas e Italia “se subleve contra los detentadores de la tierra irredenta”¹⁸⁴. Es decir, sus pronósticos se asemejaban a los de su colega de diario *Historicus*, si bien éste lo planteaba desde un punto de vista más militar.

Antes de cerrar este capítulo, es posible concluir preliminarmente que si bien los autores nacionales se hallaban un poco perdidos en lo concerniente a la estrategia militar y a las perspectivas futuras en aspectos específicos, como la guerra naval y aérea, así como los intereses a corto plazo de las potencias, sí poseían una dimensión histórica más axiomática en cuanto a la generalización del conflicto –no así, necesariamente, con su duración- y sus implicancias en todo el orbe. Se preveía que habría cambios importantes y que la postguerra sería un período sombrío si es que no se tomaban las medidas pertinentes para acabar con las premisas que habían desatado la guerra.



¹⁸⁴ El Comercio, 2 de agosto de 1914, edición única, p. 2.

CAPÍTULO 4: SEPTIEMBRE, SE LLEGA A UN PUNTO MUERTO

La Batalla del Marne, el acontecimiento bélico principal de este mes de septiembre –y quizá de todo 1914- constituyó el indicador de que la guerra no acabaría antes de Navidad. Los hasta entonces victoriosos ejércitos alemanes fueron detenidos –aunque no vencidos- a sólo unos cuantos kilómetros de París, y cuando estaban a punto de acabar con el grupo principal de ejércitos franceses. El modificado ‘Plan Schlieffen’, contra el que tanto escepticismo había reinado, estuvo a punto de triunfar, pero el agotamiento de los invasores y la excesiva ampliación de sus líneas de abastecimiento, por no hablar de la irracional independencia que Moltke otorgaba a sus generales, terminaron por desbaratar la campaña. Empero, los germanos retrocedieron en orden y situaron su nueva línea en la orilla norte del Aisne, aprovechando las alturas allí existentes para dominar así al enemigo que se ubicaba algunos metros más abajo. Más importante aún, comenzaron a cavarse las primeras trincheras, elemento que pronto constituiría la norma en todo el frente occidental. Y mientras a ambos bandos les resultaba imposible quebrar el frente contrario en este punto –al igual que en Alsacia y Lorena-, las acciones fueron trasladándose hacia el noroeste, a aquel gran espacio que mediaba entre el Ourq y el Canal de la Mancha, apenas socavado por los ejércitos. La llamada ‘Carrera hacia el Mar’ sería entonces un conjunto de marchas y contramarchas para flanquear al adversario en vanos intentos de efectuar una maniobra de envolvimiento que cada día resultaba más difícil. Así se cerraría septiembre, paralelamente con un cuerpo de ejército alemán iniciando el asedio de la fortaleza belga de Amberes, el último gran reducto del pequeño reino flamenco, que representaba una peligrosa cuña en la retaguardia teutona.

En los otros teatros de operaciones no se preveía una resolución del conflicto. Los rusos eran vencidos nuevamente en Prusia Oriental en la Batalla de los Lagos Masurianos, pero no sufrían tantas bajas como en Tannenberg, y pudieron ejecutar un repliegue más ordenado, mientras sus ejércitos meridionales batían a los austriacos en Galizia e iniciaban el primer asedio de la fortaleza de Przemyśl. Más al sur, los austriacos sufrían un segundo debacle en Serbia, siendo rechazados pese a su enorme superioridad numérica. En Extremo Oriente los japoneses consolidaban el sitio de la colonia alemana

de Tsingtao en la península china de Shandong, pero el Escuadrón Oriental del almirante alemán Maximilian Graf von Spee se convertía en un dolor de cabeza para los Aliados, especialmente por las correrías del crucero *Emden*, convertido pronto en una leyenda después de un raid efectuado sobre la ciudad hindú de Madras el día 22.

Parecía que al Reich le iba mejor en el mar, hundiendo en el Mar del Norte tres cruceros británicos y obteniendo un triunfo menor frente a la isla de Zanzíbar en el Océano Índico. Sin embargo, los medios peruanos concentraban su atención en las operaciones del Oeste, aunque no dejaban de lado consideraciones navales –y aéreas- de índole más técnica, así como las opiniones acerca de la geopolítica general y sobre la naturaleza de los beligerantes. Por otro lado, la cuestión socialista se reabría conforme en Europa iban alzándose voces contra la guerra que parecía dilatarse mucho más de lo esperado. Finalmente, el tema de las atrocidades alemanas en Bélgica, ocurridas principalmente a fines de agosto, pero prolongadas durante toda la ocupación, cobró especial vigor y es de sumo interés cómo en el Perú se forjó un debate entre ciudadanos de origen alemán y de aquellos que amparaban a los belgas, lo que podría concebirse –por qué no- como un frente verbal proyectado en Sudamérica, y que ya se materializaba en cuanto a las preferencias germanófilas y francófilas.

La debilidad austriaca

La manifiesta incapacidad militar de la Monarquía Dual motivaba ciertamente la crítica y es así que tenemos una gran semblanza de la misma, brindada por el columnista de pseudónimo V. Geyda en un extenso artículo de *La Crónica*¹⁸⁵. Para él, la vida austriaca estaba colmada de militarismo, pues si bien a los militares se les negaban cargos políticos, “aparecen en público como agitadores, inspiran ideas políticas y ellos mismos hacen una vida política que tiene como medio la intriga y como objeto la guerra”; es decir, formaban el partido de la guerra. Y junto a ellos se hallaban los “círculos militares” tradicionales, una combinación de aquellos oficiales provenientes de la vieja nobleza, y otra falange de oficiales que “acompañaban su nombre burgués con el título de *Von* o *Freiherr*”, especie de símbolo de una nobleza otorgada por el Emperador y mal vista por la aristocracia. En suma, era una oficialidad dividida y desacostumbrada a la guerra, lo que habría quedado demostrado con los muchos errores ocurridos durante

¹⁸⁵ *La Crónica*, 6 de septiembre de 1914, p. 9.

unas maniobras en Dalmacia de 1908 y otras ulteriores. Y para Geyda resultaba irónico que hubiera querido marchar así a la guerra, en un país que “ya encierra numerosas crisis internas”, por lo que “no necesita de estas sacudidas tan violentas” por cuestiones pasionales, recordando que una guerra requiere “el impulso espontáneo del pueblo que debe sostenerla con su sangre y con su patrimonio”¹⁸⁶. La decadencia de este imperio era entonces palpable y así lo concluía el autor advirtiéndole que Austria no podría esperar fortuna y mejoras de una guerra: “El partido militar la acecha. Como sus instrumentos de fierro y fuego, tiene también en su alma el soplo de la muerte”. Para él, las causas de la debilidad austriaca, que era latente a inicios de septiembre tras los fracasos en Serbia y Galizia, se basaban en un militarismo de forma, pero no de fondo; con lo cual, su opinión iba acorde a la de Historicus, quien lo considerara simplemente una fuente de prestigio¹⁸⁷. Más allá de la nula experiencia bélica desde 1866 -obviando el minúsculo contingente remitido a sofocar la rebelión bóxer de 1900¹⁸⁸-, Austria-Hungría era la potencia que menos soldados reclutaba en proporción a su población, y tanto el presupuesto en el equipamiento como en el entrenamiento de soldados, habían sido muy bajos en las últimas décadas¹⁸⁹.

Quince días después del antedicho artículo, el mismo periódico insistía en el tema, esta vez ya entrando de lleno en el plano sociopolítico, refiriéndose a las ansias de expansión austrohúngaras en los Balcanes, y a que se presentía su disgregación debido a su pluralidad étnica. Ésta conllevaría a que -citando a un historiador cuyo nombre no refiere- “es el Imperio de Austria como un circo, donde se devorarían las fieras en cuanto se abriesen las jaulas; sus tantos millones de hombres se dividen en naciones y sub-naciones que se aborrecen mutuamente”, tendiendo tales pueblos a preferir la adherencia a sus vecinos, ya fueran Alemania, Rusia o algún país balcánico¹⁹⁰.

Escribiendo siempre para La Patria, Aponte se entonaba a favor de la homogeneidad racial, de donde partiría su discurso para entender la disgregación austrohúngara:

¹⁸⁶ *Ibidem*.

¹⁸⁷ El Comercio, 2 de julio de 1914, edición de la tarde, p. 1.

¹⁸⁸ La Rebelión Bóxer fue protagonizada por una sección de la milicia imperial china a mediados de 1900, y estuvo dirigida contra el colonialismo, cristianismo e imperialismo, afectando a la población extranjera. Terminó siendo respaldado por la Emperatriz Dowager Cixi, quien declaró la guerra a numerosas potencias extranjeras. Reino Unido, Rusia, Francia, Japón, Alemania, Estados Unidos, Austria-Hungría e Italia, remitieron tropas para aplastar la sedición.

¹⁸⁹ STRACHAN, op. cit., pp. 282-283; STEVENSON, op. cit. 121-122.

¹⁹⁰ La Crónica, 21 de septiembre de 1914, p. 13.

Nadie que conozca la filosofía de la historia podrá negar que el factor vital en el normal y progresista desarrollo de la nacionalidad, cualquiera que sea el elemento social, el factor vital, repetimos, es la homogeneidad étnica, porque en el espíritu de la raza está contenida su mitología, y con ella, todos los gérmenes de su progreso o decadencia.¹⁹¹

Así, Austria-Hungría carecía de tal unidad, y además no sabía mantener su heterogeneidad con maña sino con fuerza, poniendo a continuación el autor a Suiza como un contra ejemplo; porque los “despóticos, donde la fuerza es la única razón de dominio, actúan, al contrario, repulsivamente, conservando así la persistente ley de disgregación de los elementos extraños que forman la masa gobernada”¹⁹². Párrafos abajo ponía otros ejemplos respecto a cómo las distintas nacionalidades, latinos en el oeste, eslavos y musulmanes al sur, y rumanos, checos, rutenos, ucranianos y polacos en el este, eran relegados, y por ello dicho imperio “puede compararse a las nebulosas, porque así como éstas son el germen de mundos, aquella es seguramente, germen de nacionalidades [...] porque al final de esta guerra las producirá con la unificación de pueblos de la misma raza”. No se equivocó con respecto a sus vaticinios, pero resalta en su discurso el poder de la idea de nación propia del siglo XIX europeo, lo cual es proporcionado al sesgo que tenía La Patria, la cual solía encomiar a Alemania precisamente por haber forjado una nación germánica.

Mayor transcendencia de Gran Bretaña

Gran Bretaña no fue tema primordial en los medios durante julio, y en agosto se le dio importancia en cuestiones estrictamente navales; sólo en septiembre su transcendencia en el frente occidental fue cobrando mayor vigor. El columnista Félix del Valle para La Prensa desde Southampton, escribió acerca de las causas del conflicto centrándolas en una lucha comercial entre Gran Bretaña y Alemania, y allí esbozó su opinión acerca de la gran potencia: “La grandeza de Inglaterra es la grandeza de su comercio. Sus suelos casi nada producen. La Naturaleza ha sido muy parca con estas tierras. Inglaterra trabaja su vida e impulsa la de medio mundo”, y por ello, requería de una gran escuadra, y así, el mundo dependería de ella¹⁹³. ¿Con ello se estaría justificando su intervención?

¹⁹¹ La Patria, 28 de septiembre de 1914, edición de la tarde, p. 3.

¹⁹² *Ibidem*.

¹⁹³ La Prensa, 12 de septiembre de 1914, edición de la mañana, p. 2.

Quizás, porque a continuación agregaba que una de las cualidades del inglés era ser calculador y saber cuándo y en qué momento debe actuar para resultar airoso: “El inglés tiene muy desarrollado el sentido de la reflexión: cuando lo veáis hacer algo, por más insignificante que fuere, es que va a resultar bien”. Y pareciera que Pele Mele refrendaba esas palabras al afirmar que estaban “los ingleses demostrando que tienen también espíritu militar, no obstante no ser país militarizado”¹⁹⁴. Dejan en claro ambos que para ellos las cualidades del británico estaban en los negocios, y que si poseen una gran armada, era precisamente para proteger su comercio. Un país que como se ha visto en los capítulos precedentes, no gozaba mucho de la simpatía nacional... ¿acaso debido a su compromiso con Francia estaba produciéndose un viraje en la opinión?

En cuanto al Imperio Británico como una entidad por sí misma, el columnista Aponte – pese a sus simpatías hacia Alemania- lo encomiaba mencionando “que todas las dependencias británicas han accedido inmediatamente en auxilio de la madre patria”, echando al suelo las esperanzas germanas de una rebelión general, y que ello se debía a la neutralización de las fuerzas disgregadoras del imperio, puesto que “Inglaterra es el cerebro que planea y el motor que impulsa”, actuando de forma liberal con todos sus dominios¹⁹⁵. Palabras parcialmente ciertas, puesto que la economía liberal implementada por los británicos tenía a la vez tintes mercantilistas con relación a sus colonias. Los nativos se hallaban muy lejos de gozar los mismos derechos que los colonos. Igualmente, no todo era color de rosa entre las dependencias inglesas: muy pronto sobrevendría la revuelta bóer en Sudáfrica, así como conatos de revuelta en la India, Singapur, Nyasalandia (Malawi) y en el Sudán en los próximos años. De todos modos, el Imperio Británico sobrevivió –y se acrecentó- a lo largo de la guerra.

Las causas de la guerra: el debate continúa

Con motivo de los intercambios de palabras entre ciudadanos franceses y alemanes radicados en Lima por el asunto de las atrocidades germanas en Bélgica –tema que se examina más adelante-, un alemán de nombre André Harklote aprovechó la ocasión para expresar su opinión acerca de las causas de la guerra. Sobre la cuestión oriental fue relativamente condescendiente con Rusia, justificando la validez de su temor a que los Dardanelos quedaran en manos austroalemanas, y de allí su deseo de guerrear con el

¹⁹⁴ La Crónica, 15 de septiembre de 1914, p. 11.

¹⁹⁵ La Patria, 28 de septiembre de 1914, edición de la tarde, p. 3.

Reich, pero en cuanto a Francia, habría sido su deseo de vengarse de Alemania lo que la habría acercado a San Petersburgo, facilitándole capital para mejorar su sistema ferroviario; de allí, los rusos habrían respaldado a los asesinos de Francisco Fernando para acelerar la guerra, pues “Serbia nunca hubiera sido tan insolente si no hubiera estado segura del apoyo de Rusia”¹⁹⁶. En cuanto a Inglaterra, sostenía Harklote que la verdadera razón de su entrada a la guerra no fue ayudar a Bélgica, puesto que “su política siempre ha sido guiada por motivos prácticos”, y simplemente habría querido aprovechar la ocasión “para subyugar a un competidor peligroso igual en todos los ramos del comercio mundial y superior en ciencia”. Palabras sabias que hasta la actualidad son materia de discusión entre los historiadores modernos¹⁹⁷, aunque Francia abogaba, más que por una venganza, por la recuperación de aquel prestigio que había gozado en el continente desde centurias atrás. En cuanto al tema del apoyo ruso a los asesinos de Sarajevo, no hay nada hasta el momento que pueda verificar eso, pero sí era irrefutable que las sociedades secretas contaban con el hecho que Rusia apoyaría a Serbia en una guerra contra Austria-Hungría, a pesar de no existir un acuerdo oficial entre ambas.

A mediados de septiembre, el tema del origen de la guerra continuaba en boga, y he allí que La Prensa presentara un sugestivo artículo del corresponsal Félix del Valle desde Southampton. Su discurso arrancaba con una disertación filosófica en la que comparaba a las naciones con el individuo ambicioso, pues “un hombre sin ambiciones no puede ufanarse de pertenecer a este siglo”, y justamente en las etapas de su vida se refleja, en cierto modo, la evolución de las naciones:

En la primera etapa de su vida le veremos surgir sin tropiezos, casi sin contrariedades y hasta con el asentimiento de los que no calculan hasta donde habrá de llegar; entonces, durante este período que resulta un piélago de bondad, es solícito y amistoso, y mantendrá lo que las naciones llamarían la paz; después, lo miraremos abatido ante los primeros ataques de los ya encumbrados, que no permiten que se les desaloje ni se comparta con ellos la soberanía de que disfrutan; y por último, si el individuo es fuerte y seguro de sí mismo, sabe sobreponerse a esos ataques, cotizaremos su eminencia a la par con la de aquellos con quienes ha luchado. Estos son triunfos sucesivos de la ambición.¹⁹⁸

¹⁹⁶ El Comercio, 8 de septiembre de 1914, edición de la tarde, p. 2.

¹⁹⁷ Ver bibliografía al final.

¹⁹⁸ La Prensa, 12 de septiembre de 1914, edición de la mañana, p. 2.

Con los países ocurría lo mismo de acuerdo a este autor, y era la ambición comercial la principal causa de la guerra, siendo los alemanes los primeros en invadir “las posesiones comerciales de Inglaterra, no contentos con abastecer, sin ayudas, las suyas propias”; los comerciantes británicos habían sido desalojados y en Londres “pudo comprobarse que los artículos fabricados allí y reputados de inmejorables, eran sustituidos por otros de idéntica calidad y a precio tan reducido que no admitía competencia”¹⁹⁹. Por ello, Inglaterra tenía que intervenir, y para el escritor era una medida necesaria: “la guerra tenía que ser” porque los ingleses dependían de su comercio para subsistir, y lo demás sólo eran pretextos. Una visión quizá muy limitada a las dos potencias navales, pero que tenía su buena dosis de verdad, y ésa era la razón principal por la cual los británicos habían respondido a la fulgurante carrera naval inaugurada por Guillermo II y el jefe de estado mayor naval de la Marina Alfred von Tirpitz en la década de 1890. Por otro lado, resulta interesante la analogía de las motivaciones históricas con el ascenso individual y el esbozo de una filosofía histórica en la explicación de los orígenes de la guerra.

Más limitado en sus argumentos parecía un autor anónimo de *La Prensa*, que achacaba toda la culpa a Alemania: no entraba en motivaciones profundas, sino sólo estrictamente coyunturales, aunque había una afirmación respecto a “la incapacidad de Alemania para comprender los puntos de vista de los demás pueblos es notoria”²⁰⁰; una frase que en realidad iba más encaminada al Kaiser que al gobierno o pueblo alemán, considerando que el soberano había sido una influencia clave en toda la política exterior germana desde su ascenso al trono en 1888, tal como Palmer lo esboza a lo largo de su biografía²⁰¹. Mencionando además que sus fuentes de información eran “garantizadas”, proseguía que, según las palabras del canciller alemán Bethmann-Hollweg, se habían invadido Bélgica y Luxemburgo para salvarlas de una invasión francesa, y que más adelante ambas naciones serían compensadas, aduciendo ante ello que todo era palabrería y que el canciller era “un fausto político que procura explicar la venta de su alma”; a su vez, habría una gran responsabilidad del Kaiser no tanto por desear la guerra, como por no haber sujetado a Austria en cuanto a sus demandas a los serbios.

Atribuir la principal responsabilidad a Alemania ya era la norma en nuestro país, y de algún modo es una práctica que no ha disminuido mucho durante los cien años

¹⁹⁹ *Ibidem*.

²⁰⁰ *La Prensa*, 15 de septiembre de 1914, edición de la tarde, p. 1.

²⁰¹ PALMER, A. *The Kaiser: Warlord of the Second Reich*. Phoenix Giants, 1997.

siguientes, tal como Hastings lo manifiesta a lo largo de todo su libro, siendo especialmente elocuente en cuanto a la responsabilidad alemana por haber dado “carta blanca” a los austriacos en la cuestión serbia²⁰². En algunos casos -como éste- la opinión pública nacional anti-germana pecaba de modo similar por demasiada parcialidad. Pero en todo caso, no hay que olvidar que en el llamado ‘*Septemberprogramm*’ escrito y publicado por Bethmann el 9 de septiembre –y que se mantendría en secreto durante muchos años-, se expuso el plan alemán de anexar Luxemburgo, las ciudades belgas de Lieja, Amberes, y algunos territorios orientales de este país, que además sería ocupado militarmente y convertido en un estado satélite junto a Holanda²⁰³. Por ende, la desconfianza de este autor hacia el canciller alemán estaba bien fundada, pese a que las ambiciones alemanas no habían sido la única causa de la guerra.

Otro artículo del mismo diario contra el Reich era más lapidario, llegando a aseverar que su fanático imperialismo lo había conducido a una guerra de destrucción de pueblos y aldeas, y de matanzas entre la población civil, haciendo alusión a lo que estaba aconteciendo en Bélgica²⁰⁴. El elemento filosófico se hallaba nuevamente presente, como en el caso de Félix del Valle, pero es arrebatador el hecho que La Prensa se ensimisme con Berlín, y se centre además en el aspecto moral para culparlo:

Se sintió omnipotente, pero mal se imaginó que esa omnipotencia era el fruto de su despotismo. Para subyugar se necesita primer dominar, pero no en la esfera material sino en la moral. Esa falta de predominio moral es la que pone a Alemania en la lucha desigual en que hoy se encuentra y si bien aparentemente sus adversarios parecen ser únicamente cinco potencias por el momento, en realidad lo es el mundo entero.²⁰⁵

Dentro del espectro de factores alrededor de la culpabilidad germana, se ha hecho ya mención al tema de las provincias perdidas de Alsacia y Lorena y del duro recuerdo de la derrota de 1870, de modo que se ve presente el deseo de revancha como una causa intrínseca –pero válida de acuerdo a algunos opinólogos nacionales- de la guerra. Era en la refutación del ciudadano francés en Lima Godofredo D’Isledeseine donde se nota claramente el resentimiento persistente contra el enemigo germano:

²⁰² HASTINGS, op. cit., p. 83.

²⁰³ STEVENSON, op. cit., pp.201-202.

²⁰⁴ La Prensa, 17 de septiembre de 1914, edición de la mañana, p. 1.

²⁰⁵ *Ibidem*.

Si los alemanes [...] no hubieran procedido con la deslealtad que lo hizo el abuelo del actual Kaiser germano, el cual en el momento de invadir Francia dijo: “*No vengo a hacer la guerra al pueblo francés, vengo a castigar a su emperador por la ofensa que me ha inferido; no es mi propósito desmembrar vuestro territorio*”. Los acontecimientos que se siguieron, dieron el desmentido a esas palabras e hirieron en lo más profundo el alma patriótica del pueblo francés.²⁰⁶

Casualmente en La Patria, el columnista Juvenal, si bien reconocía que Alemania se había levantado “asombrosamente sobre los despojos de su pasada miseria” para llegar a ser “más fuerte y poderosa que sus rivales”, admitía también que había sido ambiciosa e imprudente, arrastrando a Austria en su camino; empero, en cuanto a la violación de la neutralidad belga, afirmaba que si ésta “hubiera estado garantizada por una fuerza igual a la invasora, la Justicia hubiera sido respetada”²⁰⁷. ¿Estaba tildando de débil u oportunista a Inglaterra? La verdad es que una Gran Bretaña que hubiera asumido el compromiso de defender la neutralidad belga desde un inicio y no recién cuando ésta se produjo, podría haber desestimado a los alemanes a seguir adelante en sus planes bélicos. Y respecto a Francia, “que viviera obsesionada por el recuerdo de sus pasadas desdichas, hubiera igualado paso a paso el desarrollo de las fuerzas germanas, jamás hubiera sido escogida como la mejor entre las víctimas”. En ese punto Juvenal no consideraba que Bismarck había aislado a Francia y que ésta, más allá de cualquier medida de política interna que pudiera tomar, necesitaba aliados, y Rusia terminó siendo la potencia ideal dado su igual aislamiento en el Este. A su vez, desconocía cómo la política había terminado sometida a los dictámenes militares del Plan Schlieffen una vez que la maquinaria bélica se puso en marcha a fines de julio con la movilización; era tal la preparación para una guerra simultánea en dos frentes, que ni siquiera las exhortaciones del Kaiser a última hora pudieron detener a su jefe de estado mayor Von Moltke para que se ciñera únicamente a Rusia²⁰⁸. En todo caso, y fiel a las predilecciones de La Patria, el autor endosaba un débito a los francobritánicos, y lo hacía con un poco más de sensatez que sus colegas de La Prensa.

²⁰⁶ La Prensa, 6 de septiembre de 1914, edición de la tarde, p. 1.

²⁰⁷ La Patria, 29 de septiembre de 1914, edición de la tarde, p. 1.

²⁰⁸ El libro ya citado de MARTEL (2014) explica a todo detalle esta cuestión.

Finalmente, complementaba Juvenal su alocución predicando que la guerra era el reflejo de la victoria de la ‘Fuerza’ sobre la ‘Justicia’ y el ‘Derecho’ (él emplea las mayúsculas), y que precisamente ello había ocurrido por el rompimiento del equilibrio de fuerzas, aunque resultaba demasiado idealista al pretender que todo acabaría a partir de la lucha de los pacifistas que silenciaran a los cañones²⁰⁹. Evidentemente, ya desde un punto de vista filosófico, este autor atribuía a los Aliados parte de la culpa por no haber manifestado fuerza antes del conflicto. ¿Daba a entender con ello que habían sido las Potencias Centrales quienes habrían deseado ir a la guerra?

Asimismo, un autor anónimo de La Patria, también a tono con Alemania, planteaba a mediados de septiembre una interesante teoría según la cual los conflictos aparecían de cuatro formas distintas: 1) Imperio que agrede a un pueblo, como el caso austro-serbio; 2) pueblos que se emancipan de un Imperio, como las guerras balcánicas; 3) imperios que se disputan un territorio neutro, como la guerra ruso-japonesa; y 4) pueblos enclavados en un territorio que se disputan su posesión, como podría acaecer cuando se desintegrara el imperio austrohúngaro²¹⁰. Así, en los conflictos internacionales sólo cabían para él el imperialismo y el nacionalismo, ante lo cual las democracias se revelaban impotentes, al igual que los socialistas, que como habría ocurrido durante la guerra bóer²¹¹, tenían que terminar decidiéndose por alguno-. Nuevamente, “en todo caso de política internacional o aún interregional tienen que pugnar el principio imperial con el principio nacional, y sólo esos dos principios. No cabe un tercer principio”. La federación no la percibía como una solución porque si ésta reconocía una soberanía superior a cada una de las naciones federadas, entonces se convertía en imperio; y si la suprema autoridad residía en cada nación federada, entonces lo que había eran naciones soberanas. Lo más saltante llegaba después, al afirmar que “cada pueblo tiene el deber de gobernarse a sí mismo (principio nacional); cada pueblo más culto tiene el deber de elevarse a su cultura al más inculto (principio imperial)” y que los dos conceptos estaban en pugna, y lo más que se podía hacer era condicionarla, aseverando “que el principio nacional debe respetarse entre pueblos civilizados (como en el actual caso de

²⁰⁹ La Patria, 29 de septiembre de 1914, edición de la tarde, p. 1.

²¹⁰ La Patria, 12 de septiembre de 1914, edición de la tarde, p. 2.

²¹¹ La Primera Guerra Bóer (1888-89) y la Segunda Guerra Bóer (1899-1902) fueron un enfrentamiento entre los británicos y los colonos bóers de origen holandés en Sudáfrica. La primera se saldó con una victoria boer que les concedió el autogobierno del Transvaal y Orange bajo supervisión británica; la segunda, victoria insular, determinó la soberanía británica sobre ambos estados, aunque garantizando cierta autonomía a los bóers.

Austria y Serbia), pero que el principio imperial debe aplicarse en las relaciones entre Europa y los pueblos del África y Asia”²¹².

Era aquel un interesante artículo en donde se denotan conocimientos variados sobre las relaciones internacionales, la teoría política y la geopolítica contemporánea, y una prueba más de que los columnistas peruanos poseían bastante capacidad para evaluar la política internacional. En conclusión, el autor sostenía que nacionalismo e imperialismo eran dos fuerzas inherentes a la humanidad y que se oponían entre sí, pero que la solución era encontrar normas que rigieran entre los países que éste consideraba “civilizados”. Planteaba entonces un orden internacional regulado, pero con principios más acordes a los que existían desde Westfalia en 1648, muy lejos de lo que se intentaría en las Naciones Unidas, y ni siquiera en la Sociedad de Naciones del período de entreguerras. Al fin y al cabo, ¿a qué países debía proteger dicho orden? ¿Estaba sugiriendo que el imperialismo se mantuviera en los pueblos “inferiores” de Asia y África? ¿Había un darwinismo social detrás de todo su pensamiento? Un pensamiento alejado al de García Calderón, quien si bien aceptaba que el comercio y el establecimiento de pequeñas colonias eran beneficiosos, impulsaba la defensa ante el imperialismo. Naturalmente, dicho autor no especificaba en qué contexto se hallaba el Perú y Latinoamérica: ¿debía existir en el subcontinente un sistema regulado como en Europa? ¿Cuál sería el límite entre país “civilizado” e “incivilizado”?

El Frente Occidental: de la Batalla del Marne a la Carrera hacia el Mar

Ya en vísperas de la Batalla del Marne, parece que Dessaix en La Prensa se percataba de lo que ocurría ante lo que sería un fracaso del invasor en onuistar París, y asimismo, ya no dudaba del intento de envolvimiento de parte del ala derecha del ejército alemán:

Y hemos visto también que ante el fracaso de primer objetivo la invasión ha extendido su frente hasta límites casi increíbles, lanzando un mar de soldados sobre la izquierda enemiga para envolverla y ganar acceso a territorio francés por la frontera norte, o en caso de resistencia por ese lado, aprovechar la concentración de numerosas tropas aliadas

²¹² *Ibidem*.

sobre esa región para renovar impetuoso ataque al centro ya debilitado por el desplazamiento de sus efectivos.²¹³

No comentaba nada Dessaix sobre un intento de envolver París, aunque para ese entonces el estado mayor alemán ya había resuelto que su Ejército 1 virara al norte de la capital; en todo caso, el golpe al centro del despliegue aliado sería la secuela en última instancia de lo previsto por Moltke para ganar la guerra en este frente. Asimismo, pese a lo mezquino que fuera con el invasor al declarar que su éxito es “debido más a la superioridad numérica que a la táctica”, ya preveía que “toca ya a su fin, y que dentro de breve ha de dilucidarse una nueva y definitiva faz de la guerra”, añadiendo que el comandante Joffre seguro tenía listo un plan para ejecutarlo cuanto antes, disculpándolo por el hecho de haber hecho retroceder su ejército en las primeras semanas al no estar tan organizado como el alemán²¹⁴. No expresaba a qué se refería con la nueva “faz” que se avecinaba, pero deducía con juicio que las líneas germanas se habían alargado mucho y que los franceses distaban mucho de estar destruidos, razón por la cual un contragolpe decisivo era viable.

Opinión parecida era la de un autor que firmaba con el pseudónimo de A. del Odra en una columna que pronto se haría célebre en La Crónica con el nombre de “*Reflexiones de Guerra*”. En esta primera reflexión, se decía que el plan teutón era primordialmente un avance por su ala derecha, pero debido a la férrea resistencia aliada encontrada, tendría que modificar su accionar. Interesante el marco teórico de este autor en cuanto a estrategia bélica, aseverando que no se debía intuir la victoria a partir de la superioridad numérica, improvisaciones o pequeñas ventajas tácticas, es decir, en “reglas y métodos cuya aplicación ha de variar enormemente en esta guerra de efectivos sin precedentes, y en la que los comandos disponen de tan variados y destructores elementos”; por ello, no creía que aún el ejército alemán pudiera “herir al ejército aliado en el corazón mismo de Francia”²¹⁵. Los hechos estaban a punto de darle la razón.

En general, La Crónica ya avizoraba que se estaba llegando a un punto de inflexión en la guerra, pero más allá de los aspectos netamente militares, no dejaba aparte el lado humano, denotándolo en un artículo titulado “*París Siniestro*”, referente al temor existente en la capital francesa cuando los alemanes estaban casi a sus puertas. Queda

²¹³ La Prensa, 2 de septiembre de 1914, edición de la tarde, p. 1.

²¹⁴ *Ibidem*

²¹⁵ La Crónica, 4 de septiembre de 1914, p. 4.

claro a su vez el favoritismo hacia Francia –y hacia el estilo de vida galo, en especial el parisino-, y la solidaridad con las penurias del país invadido:

París siniestro. París ensombrecido y silencioso, ciudad del amor, de pecado y alegría convertida por obra de la guerra en centro de desolación y vuelta a tiempos oscuros y distantes cuando las gentes se recogían a la sombra y asomaban tímidamente a la luz del alba. París lejano, perdido en la memoria, París de días melancólicos, casi no te conciben así los que te vieron siempre como un refugio de todas las locuras, de todas las gallardías y de los ensueños todos. Por tus bulevares sólo pasa ahora el sonoro desfile de tus soldados, y las pocas personas que han quedado con la muerte en el alma al cruzar tus calles lo hacen con el temor espantoso de que llegue desde lo alto alguna bomba traidora.²¹⁶

Ese mismo día en “*Reflexiones*” en el mismo periódico, A. del Odra suponía que el objetivo directo alemán era París, pero desconocía dónde se libraría la batalla decisiva: se seguía creyendo en una batalla que lo resolvería todo²¹⁷. Por su parte, *Variedades* era algo ambigua respecto a sus proyecciones y no se decantaba hacia ningún lado, pese a estar de lado de la Entente, afirmando que “dado lo gigantesco de la empresa, el resultado final de la aventura sea desastroso para Alemania, pero [...] es indudable que la mejor parte es para ellos y que moralmente deben haber ganado”; de todas formas, se cuestionaba si incluso una derrota francesa pondría fin a la guerra, porque podía esperarse una lucha revolucionaria haciendo gala de la tradición napoleónica, y que Inglaterra tampoco permitiría un “triumfo rápido y fácil de su rival comercial”²¹⁸. La alusión a la revolución indica que el autor de dicha columna tenía aún en mente la guerra franco-prusiana y la formación de la Comuna en París en los primeros meses de 1871, pero por encima de todo, ya se iba perfilando la idea de que ni siquiera un triunfo alemán en territorio francés pondría fin a un conflicto evidentemente continental y ya casi mundial.

Luego, en momentos en que la Batalla del Marne se hallaba en su punto álgido, Pele Mele en *La Crónica* no era muy certero respecto a un avance alemán en tres direcciones sobre París, aunque sí acertó al prever que el ejército teutón no plantaría una fuerza

²¹⁶ *La Crónica*, 7 de septiembre de 1914, p. 5.

²¹⁷ *La Crónica*, 7 de septiembre de 1914, p. 10.

²¹⁸ *Variedades*, 5 de septiembre de 1914, p. 1172.

importante frente a la capital francesa sin antes haber derrotado en forma decisiva a las tropas aliadas, dado el peligro que éstas recibieran refuerzos y los dejaran aislados²¹⁹. Y eso era precisamente lo que el invasor estaba haciendo en el Marne al virar hacia su izquierda al noreste de la capital. Unos días después, pese a la inconsistencia de los cables telegráficos, Historicus iba perfilando una derrota alemana²²⁰, mientras A. del Obra no pronosticaba resultados –a pesar que cuando escribía el 11 de septiembre ya la batalla había terminado-, pero estaba seguro que el ala derecha alemana estaba virando al noreste de París hacia su izquierda para atrapar allí a los ejércitos aliados²²¹.

Poco después, las noticias eran más lúcidas y Pele Mele aseguraba el retroceso de las fuerzas invasoras, pero deducía en medio de la contradicción de las noticias, que no había sido una victoria aliada terminante, ya que “si es verdad que el avance alemán está detenido, no es menos cierto que la fuerza alemana está en condiciones todavía de realizar prodigios”²²². No se equivocó en lo absoluto, aunque habría que preguntarse si aguardaba una lucha de cuatro años adicionales. Finalmente, Ballesteros en La Prensa no adelantaba resultados, pero concluía que la línea aliada entre París y Verdún había sido excepcional “para poner dique al avance alemán”; empero, su pronóstico referente a una derrota alemana no era tan correcto al aducir que el invasor se retiraría por Bélgica y Luxemburgo, “perseguido por fuertes vanguardias anglofrancesas”²²³. Por otro lado, consideraba que Amberes podía convertirse en un “punto de reunión de tropas inglesas y belgas para constituir un núcleo de fuerza capaz de resumir la ofensiva” para introducir la alarma en la retaguardia germana; y del sector de la frontera franco-alemana, derivaba que Alemania ya no estaba interesado en él para poder concentrarse en la líneas de combate occidental, donde esperaba envolver a sus enemigos. En ese aspecto, este autor resultó tener una idea de estrategia militar más clara y ciertamente deducía las próximas acciones a perpetrarse entre el Aisne y el mar, así como la importancia de la resistencia de Amberes hasta el 10 de octubre, a fin de impedir que los alemanes pudieran disponer de todas sus tropas en Francia noroccidental.

Es entonces Historicus quien por fin habla con toda certidumbre de una victoria aliada en el Marne –a la cual compara con la batalla de los Campos Cataláunicos que finalizara la hegemonía de Atila el Huno el año 453-, y que habría obligado a retroceder a los

²¹⁹ La Crónica, 8 de septiembre de 1914 p. 12.

²²⁰ El Comercio, 12 de septiembre de 1914, edición de la tarde, p. 1.

²²¹ Publicado el 14 de septiembre en La Crónica, p. 6.

²²² La Crónica, 15 de septiembre de 1914, p. 11.

²²³ La Prensa, 15 de septiembre de 1914, edición de la mañana, p. 1-2.

alemanes 100 km²²⁴. Sin embargo, erraba al suponer que los vencidos retrocedían para “ocupar las posiciones estratégicas formidables de la frontera alemana desde Luxemburgo hasta Metz y Estrasburgo, esperando allí en actitud meramente defensiva a los aliados”, y que hacia el oeste, aguardaba una contraofensiva general en Verdún y del propio Alberto I para reconquistar su país. En ese aspecto, su colega Ballesteros parecía tener mejor habilidad en cuestiones estratégicas, así como un sentido común en cuanto a las unidades belgas –un total de seis divisiones²²⁵–, dado que éstas, sin apoyo francobritánico, difícilmente podrían recuperar casi todo su territorio²²⁶.

La francófila Variedades se arrogaba igualmente una actitud excesivamente optimista y resumía: “los alemanes se han detenido en su avance sobre Francia, manteniéndose en posiciones fuertes a la defensiva. Los aliados han asumido la ofensiva en toda la zona”²²⁷. La realidad era que en ese momento los alemanes ya habían frenado a los franceses en el Aisne y seguían teniendo la iniciativa en la llamada ‘Carrera hacia el Mar’; y así lo sería el resto del año.

En todo caso, los hechos quedaron dilucidados casi en su totalidad cuando el 19 de septiembre El Comercio publicó una transcripción de un plan alemán encontrado por un francés en un tren en febrero pasado, y en el que se esbozaba a grandes rasgos el llamado Plan Schlieffen, si bien se hablaba principalmente del frente del Oeste y muy poco de las acciones contra los rusos²²⁸. Quien comentaba en los párrafos que precedían a la traducción del documento, colegía que el error alemán había sido doble: 1) asumir que los franceses atacarían en Alsacia-Lorena, de modo que así habrían podido envolverlos con más facilidad, y 2) creer que los belgas no opondrían resistencia y que con ello avanzarían raudamente. Como los belgas aguantaron y los aliados retrocedieron cerca de París, los germanos habrían llegado agotados y con menos hombres de los esperados, produciéndose su derrota en el Marne. El tema de la resistencia belga en el fracaso de los objetivos iniciales alemanes ya era una conclusión a la que otros columnistas nacionales habían llegado, pero resulta extraña la afirmación del asunto de Alsacia-Lorena, toda vez que en agosto los franceses habían tomado la iniciativa en dichas provincias. La cuestión del fracaso del Plan Schlieffen en 1914 ha sido un debate historiográfico que continúa hasta la actualidad, pero en líneas generales, ya el mismo

²²⁴ El Comercio, 17 de septiembre de 1914, edición de la tarde, p. 1.

²²⁵ STRACHAN, op. cit., p. 210.

²²⁶ La Prensa, 15 de septiembre de 1914, edición de la mañana, p. 1-2.

²²⁷ Variedades, 19 de septiembre de 1914, p. 1226-1227.

²²⁸ El Comercio, 19 de septiembre de 1914, edición de la tarde, p. 2.

Alfred von Schlieffen había manifestado que el plan era impracticable a menos que se asignara un número de tropas inmenso y a la vez, se habilitaran los medios de transporte adecuados para que el avance principal a través de Bélgica y al oeste de París pudiera ejecutarse en el plazo más breve posible, cosa que veía muy complicado para Alemania, y con mayor razón si se quería hacer la guerra en dos frentes simultáneamente²²⁹.

Superada la conmoción del Marne, *Historicus* se refería entonces a la Batalla del Aisne, que en ese momento ya estaba cediendo su puesto en importancia a la denominada “carrera hacia el mar”: influenciado aún por el romanticismo del siglo XIX, consideraba que todas las acciones estaban encaminadas a dominar la histórica Reims, aunque no descartaba su valor estratégico, pues su posición, “como centro de ocho líneas férreas, puede utilizarse para acelerar los movimientos de las tropas”²³⁰. Parecía que el autor ignoraba la importancia de la Francia noroccidental para la elaboración de maniobras de flanqueo y confiaba aún en los ataques frontales, pero sí se percataba que el gran problema de los alemanes era “la subsistencia de sus soldados” y el hecho de “conservar intactas sus comunicaciones con Alemania”.

Relacionado a este tema, aparecieron las denuncias contra los alemanes en cuanto a la destrucción de la catedral de Reims, y si bien aquellos intentaban justificarla por el hecho que los franceses la habían convertido en puesto de observación, la misma revista *Variedades* acompañaba dicha afirmación con una crítica, pues “es sumamente doloroso y acongoja el espíritu pensar que obras colosales que ha respetado el tiempo y que han desafiado los siglos sean, en pleno siglo de civilización y de progreso, pasto de las llamas de una hora trágica”²³¹. Tanto las pérdidas de civiles como las del patrimonio eran cuestiones que afectaban a los medios nacionales, y no podían relegar dicho tema, sobre todo tratándose de un medio que acostumbraba en tiempos de paz de comentar noticias sobre eventos culturales y arte.

Y precisamente hablando sobre Reims, A. del *Obra* reflexionaba que justamente los franceses se beneficiaban de controlar dicha ciudad por las mismas razones por las que el enemigo debía capturarla, al haberse podido “restablecer por el camino más corto sus comunicaciones con París”; empero, se equivocaba este autor al creer que Verdún se convertiría en el epicentro y que los alemanes se concentrarían en Metz, cuando

²²⁹ Ver Nota 78 y en especial referente al tema, SENIOR, I. *Invasion 1914: The Schlieffen Plan to the Battle of the Marne: Before the trenches - the first battles of World War I*. Osprey Publishing, 2014.

²³⁰ *El Comercio*, 22 de septiembre, edición de la tarde, p. 2.

²³¹ *Variedades*, 26 de septiembre de 1914, p. 1251.

precisamente las acciones principales se dirigían esos días hacia el mar²³². Para él, las fortalezas seguían siendo un tema prioritario. La revista *Variedades* también suponía erróneamente que el flanco derecho germano estaba debilitado, y por la falsa noticia de la captura de San Quintín por los aliados, creía que “si continúa la gran batalla del Aisne en esta forma y los aliados logran continuar su movimiento de flanqueo, los alemanes se verán precisados a retirarse hacia el Sambre para no perder la línea de sus comunicaciones”²³³. Así, había un desconocimiento general acerca del plan teutón después del Marne, y se pensaba que la lucha continuaría en el mismo sector.

De ese modo, finalizando septiembre, los columnistas nacionales no se percataban aún del cambio de estrategia de ambos bandos. En su último artículo del mes, *Historicus*, al igual que su colega A. del Odra, creía que Verdún se volvería pronto en el epicentro de la lucha -el pronóstico tardó en llegar hasta 1916 aunque por muy distintas razones²³⁴-, pero sí son interesantes sus elucubraciones sobre la logística y la planificación en las fuerzas aliadas: “el elemento instructor puede faltar; un ejército moderno no se improvisa; sería menester por lo menos un año para adiestrar lo suficiente a las tropas de reserva o voluntarios”²³⁵. Luego aclaraba que esto más concernía a los británicos, y es muy sugestivo que pensara igual que Kitchener, quien ya desde inicios de agosto proyectaba que la guerra se alargaría años y la victoria tomaría su tiempo precisamente porque se necesitaban soldados bien adiestrados para poder encarar al invasor²³⁶. Así, una vez más se perfilaba que los escritores en los medios no discernían precisamente las estrategias militares, y se equivocaban rotundamente respecto a los planes de los beligerantes y las acciones inmediatas. Ciertamente, era mejor su conocimiento en cuanto a la geopolítica y las perspectivas generales del futuro del conflicto.

Galizia, Prusia Oriental y Serbia: conocimiento ambiguo

La oscuridad en la que estaba sumergida la prensa peruana en cuanto al desarrollo del frente oriental tuvo algo de luz con el autor A. del Odra, que pareció vislumbrar mejor las cosas, concluyendo que los austriacos pensaban trasladar tropas de los Balcanes a

²³² La Crónica, 23 de septiembre de 1914, p. 6.

²³³ *Variedades*, 26 de septiembre de 1914, p. 1248-1249.

²³⁴ En ese año, el general alemán Erich von Falkenhayn, sucesor de Moltke como jefe de estado mayor general, planteó una guerra de desgaste contra los franceses, más que un rompimiento del frente.

²³⁵ *El Comercio*, 27 de septiembre de 1914, edición de la tarde, p. 1.

²³⁶ GILBERT, M. *La Primera Guerra Mundial*. España: La Esfera de los Libros, 2004, p. 71.

Galizia²³⁷. Esto se produjo recién en 1915, puesto que en el año en curso únicamente se envió a un Ejército 2 que nunca había llegado a entrar en combate con los serbios. Empero, Historicus una vez más caía en la ignorancia y afirmaba que las tropas zaristas se acercaban a Posen, y que ello determinaría un cambio táctico de parte de Guillermo II referente a sus hombres en Francia, una aseveración que sorprende porque para el 9 de septiembre cuando escribía²³⁸, ya se había producido la segunda derrota rusa en Prusia Oriental –en los Lagos Masurianos- y prácticamente no quedaba un soldado zarista en dicha provincia alemana. Asimismo, en Polonia no se estaba produciendo ninguna operación por encima de algunas escaramuzas, así que era inconcebible un avance ruso hasta Posen. Aquella cavilación era complementada con sus comentarios acerca de la forma de combate de los aparentes vencedores, coligiendo que Rusia era un peligro para Berlín y Viena, y que ello “es un síntoma de regeneración y progreso”, destacando a su vez que la inclusión en los ejércitos de los pueblos no eslavos de forma voluntaria, había sido beneficiosa²³⁹. De los judíos, que habrían sido menospreciados, “ya han combatido gloriosamente en las sangrientas jornadas contra alemanes y austriacos”; y de “los kirguizos y otros pueblos lejanos”, habían demostrado que “son excelentes tropas de caballería, semejantes a las de los cosacos”. No se equivocaba respecto al valor de los pueblos no eslavos dentro de los ejércitos zaristas, quienes demostrarían su valor también en el frente caucásico pronto a aperturarse en noviembre contra Turquía. Empero, la situación distaba mucho de avanzar hacia el “progreso”: las tropas poco equipadas, las contradicciones en las órdenes, las intrigas entre los generales, fueron algunos de los problemas que las tropas rusas encararon en 1914 –y en 1915 inclusive- y lo máximo que pudieron penetrar en territorio austrohúngaro fueron los Cárpatos; ni Viena ni Budapest llegaron a estar seriamente amenazadas.

Un autor llamado Raúl Króompp en *El Comercio*, comparando la Gran Guerra en la que Austria habría utilizado el atentado de Sarajevo sólo como pretexto para apoderarse de Serbia, con la coalición de 1793 en la que Inglaterra habría apelado al miedo a la Revolución para adueñarse de Bélgica, destacaba el altruismo de Rusia como la protectora de sus hermanas eslavas, pues “no podía permanecer neutral y su dignidad le obligaba a salir en defensa de Serbia”²⁴⁰. Una comparación que era, sin duda, muy parcializada a favor de San Petersburgo –o Petrogrado, como empezó a ser llamada

²³⁷ La Crónica, 7 de septiembre de 1914, p. 10.

²³⁸ El Comercio, 9 de septiembre de 1914, edición de la tarde, p. 1.

²³⁹ El Comercio, 10 de septiembre de 1914, edición de la tarde, p. 1.

²⁴⁰ El Comercio, 5 de septiembre de 1914, edición de la tarde, p. 1.

desde el 1 de septiembre-. En cambio, el autor con el pseudónimo Feurs qui vit en La Patria, se burlaba de la lenta movilización de los rusos comparándola a un cuento de Barba Azul de Perrault, y recordando las para él absurdas justificaciones de la derrota ante los japoneses en 1905²⁴¹. En ese aspecto, este autor concordaba con muchos otros columnistas que ya se habían referido a la lentitud militar del Imperio Zarista, pero que francamente, no fue tan lenta como se había esperado.

En todo caso, el triunfo de Rusia en su frontera austrohúngara quedó tangible en un comentario del artículo “*Bukowina*” de El Comercio, donde se mencionaba que los rusos ya habían ocupado esta región²⁴². Al respecto, más interesante era la elucubración del autor de dicho artículo sobre el reciente fracaso de la diplomacia vienesa para atraer a Rumania a su bando²⁴³: de haber sido exitosa, no sólo se habrían obtenido ventajas militares en cuestión de hombres en un sector muy delicado para Austria, sino que Rusia habría perdido toda su influencia en los Balcanes, y de inmediato Turquía y Bulgaria se habrían unido a los austroalemanes. Meditación desmentida por la realidad, toda vez que Bulgaria y Turquía entrarían de todas formas en guerra a favor de los austroalemanes. Además, el autor supuso de acuerdo a un cable, que la decisión final de Rumania se habría debido al ofrecimiento de la Bukowina al final de la guerra por Rusia si mantenía al menos la neutralidad. La verdad es que en dicho aspecto el diario estaba desinformado: los intereses de Rumania estaban en la Transilvania austrohúngara, y exceptuando al germanófilo rey Carol I y algunos partidarios, nadie más pensaba en luchar al lado de Alemania o Austria, y ello no se menciona en lo absoluto. Igualmente, asumía que Bulgaria formaba parte de una mancomunidad eslava e ignoraba sus pretensiones en la Dobrudja rumana y la Macedonia serbia.

En todo caso, lo evidente era que los rusos avanzaban victoriosos tras ocupar Lemberg, la ciudad más populosa de Galizia y una de las más importantes del Imperio, e Historicus consideraba incluso “que Austria pediría la paz separadamente”, una empresa “demasiado humillante para la orgullosa casa de Habsburgo-Lorena”²⁴⁴. Por lo visto, seguía sobreestimando al ejército ruso, y no se imaginaba que los alemanes crearían pronto un nuevo ejército –el Ejército 9- para equilibrar las acciones junto a sus aliados.

²⁴¹ La Patria, 16 de septiembre de 1914, edición de la tarde, p. 2. De acuerdo a dicho autor, los rusos se habían disculpado al mundo culpando a los elementos siberianos de su ejército, de haber transado con los japoneses.

²⁴² El Comercio, 11 de septiembre de 1914, edición de la mañana, p. 2.

²⁴³ No debe olvidarse que la adhesión de Rumania a la Triple Alianza era absolutamente secreta y era lógico que no se conociera en el entorno peruano.

²⁴⁴ El Comercio, 12 de septiembre de 1914, edición de la tarde, p. 1.

A mediados de septiembre, cuando los rusos cruzaban en el extremo norte el río Narew de regreso a su país, pero obtenían importantes triunfos en Galizia, aún no se dimensionaba la trascendencia de las victorias alemanas en Prusia Oriental, y el columnista Pele Mele expresaba que lo único seguro era la acción de Austria, “que no ha sido muy eficaz que digamos”, que “ha sufrido muy duros golpes”, y que ello representaba un gran peligro para su aliado, al punto que pueda ser posible de que “Austria, dentro de poco, se verá obligada a firmar la paz”²⁴⁵, compartiendo así la opinión de Historicus. Ballesteros no se quedaba atrás: consciente del peligro que corrían los austrohúngaros, se equivocaba igualmente en cuanto a las operaciones rusas contra el Reich, denotando una confianza ciega como si éstas pudieran avanzar hacia Berlín tranquilamente, y su único problema fuera la lentitud²⁴⁶.

Pero en general, las noticias sobre este frente eran bastante oscuras, y así lo denotaba nuevamente Aponte en La Patria, quien se sumergía en especulaciones con respecto a una falsa noticia de un proyectado desembarco austroalemán en las cercanías de Odessa en la costa ucraniana, que habría de ser complementado con un ataque por tierra; el autor planteaba una invasión a través de Moldavia que significaría acabar con la neutralidad rumana, en tanto el transporte de material naval por el Danubio representaría poner al lado de la Triple Alianza a Bulgaria²⁴⁷. Vanas elucubraciones con bastante fantasía y poco realismo, esta vez por parte de alguien que estaba a favor de las Potencias Centrales, prueba adicional de lo confuso de los cablegramas que llegaban –él mismo lo repite una y otra vez- y que no se trataba de un frente conocido. De todos modos, sí atinaba al pronosticar la entrada de Turquía a favor de los austroalemanes²⁴⁸.

Finalmente, respecto a las acciones en los Balcanes y al trasfondo del conflicto austro-serbio, después de haber estado en primera plana a fines de julio e inicios de agosto, parecía haber sido relegado a un nivel secundario. Lo que sí es seguro es que los autores debieron de quedar impresionados con los serbios por haber rechazado dos invasiones, razón por la que se explicaría el artículo que firmaba en La Crónica Georges de Wissant²⁴⁹. Para él, Serbia era un país donde la mujer “ha adquirido una alta categoría y un prestigio que la ha ennoblecido”, pero sobre todo: “Es una nación guerrera. Posee, muy acentuado, un gran amor a la independencia. Su divisa se resume en estas palabras:

²⁴⁵ La Crónica, 15 de septiembre de 1914, p. 11.

²⁴⁶ La Prensa, 15 de septiembre de 1914, edición de la mañana, p. 1-2. Este mismo autor denotaba igualmente una gran confianza en la caballería, arma que ciertamente ya estaba cayendo en desuso.

²⁴⁷ La Patria, 16 de septiembre de 1914, edición de la tarde, p. 3.

²⁴⁸ *Ibidem*.

²⁴⁹ La Crónica, 28 de septiembre de 1914, p. 7.

Antes morir que ser esclavos. El soldado serbio es tenaz, obstinado y resistente a toda fatiga; es metódico.” Y a continuación, describía las principales ciudades del reino (Belgrado, Nis y Kragujevac), recalcando en especial el mestizaje europeo y turco, así como la alimentación y la cultura que resultaban tan ajenas al resto del continente²⁵⁰. Casi nada más relevante se decía sobre este frente, menos acerca de cuestiones estratégicas, incidiendo que septiembre fue un mes relativamente tranquilo en dicho sector, reservándose los austriacos la tercera –y también fallida- invasión para noviembre²⁵¹. Únicamente, como en el caso de Bélgica, se encomiaba el valor demostrado en la guerra, resultando además sugestiva la percepción de ser un país percibido como puente entre la Europa Occidental y el mundo musulmán.

Combates navales: más táctica que estrategia

No se opinaba mucho sobre los combates navales, pese a que sí llegaban noticias de los mismos a todos los medios. La Crónica perfilaba una ventaja total francobritánica en el Adriático, donde la flota austrohúngara quedaría literalmente atrapada, pero en dicho artículo lo que destacaba era la reflexión sobre la naturaleza de la lucha naval en el actual conflicto, lamentando con cierto lirismo la pérdida del valor romántico de los combates de antaño²⁵². Poco a poco, tal como ocurría en todo el orbe, la opinión pública nacional iba descubriendo la nueva naturaleza de la guerra; los duelos navales como Trafalgar y los no tan lejanos combates de Iquique y Angamos en la coyuntura peruana, con disparos a corta distancia, ya eran historia. He aquí un extracto del texto antedicho:

Al arrojó con que los barcos se abordaban hace medio siglo, sucedió la fría calma de los combatientes, que divisándose apenas el uno al otro con el más potente catalejo, riñen a distancias de 8, 10 o 12 kilómetros un duelo brutal de artillería. [...] Diríase que los modernos combatientes del mar no son sino piezas del complicadísimo artefacto, pero piezas animadas con una pobre vida que ciega, por mero capricho, un poder superior. Somos moscas que los dioses matan por su pasatiempo, pudieran ciertamente decir los cientos de hombres que tripulan un moderno acorazado y que trabajando pacientemente,

²⁵⁰ *Ibidem.*

²⁵¹ ROOT, I. *Balkan Battles. A history of the Balkan Fronts of the First World War.* PublishAmerica Baltimore, 2010, capítulo 4.

²⁵² La Crónica, 24 de septiembre de 1914, p. 8.

tal vez en lo más profundo de las entrañas del gigante, se hundan vivos con el acerado sarcófago, sin percibir siquiera el rumor de la pelea empeñada en las alturas.²⁵³

Como queriendo darle la razón a tales palabras, se producía el 22 de septiembre el hundimiento de tres cruceros británicos en el Mar del Norte a causa de los torpedos de un submarino alemán, y la revista *Varietades* comentaba sobre ello, refiriéndose a la acción como una “valerosa hazaña de la marina alemana”, que venía también a confirmar las predicciones de un marino inglés respecto a la creciente trascendencia de tales artilugios bajo el mar²⁵⁴. Comentarios que podían considerarse muy peculiares tratándose de un medio evidentemente francófilo, pero la inclinación hacia Gran Bretaña no parecía tener la misma fuerza, y en todo caso, era dable reconocer un triunfo de una marina inferior en número.

Teniendo en mente dicho triunfo –y seguramente los otros conseguidos por los germanos en el Pacífico por esas mismas fechas²⁵⁵–, el autor que firmaba como J.L.M. en *La Patria* y que era claramente germanófilo, lamentaba la notificación de Gran Bretaña “a los propietarios de sus buques mercantes, que las rutas acostumbradas de sus itinerarios estaban libres de los ataques de los alemanes y que el Mar del Norte estaba completamente en su poder”²⁵⁶. Para este columnista, que sentía gran admiración por el Imperio Alemán, pues entre sus últimas grandes hazañas, “no hay ninguna más grandiosa que el celo, habilidad y éxito brillante, con que ha fundado y formado su flota mercante”, resultaba inviable que se dejara vencer tan fácilmente. En suma, para él la *Kaiserliche Marine* era capaz de grandes gestas y los hechos de septiembre justificaban en parte su optimismo, si bien no mencionaba en lo absoluto la ya conocida derrota de Heligoland Bight del 28 de agosto²⁵⁷.

En cambio, sí se refería a dicha batalla Pele Mele, al tiempo que se sumergía en la cuestión de la guerra aérea y se preguntaba por qué los dirigibles no se lanzaban sobre Inglaterra, deduciendo –con mucho tino– que los alemanes requerían un punto de lanzamiento cercano a la costa británica, y quizá en ese sentido vaticinó la importancia

²⁵³ *Ibidem*.

²⁵⁴ *Varietades*, 26 de septiembre de 1914, p. 1249.

²⁵⁵ El 22 de septiembre de 1914 fue un día espléndido para la *Kaiserliche Marine*: además de los tres cruceros hundidos en el Mar del Norte, en la Polinesia dos cruceros atacaban el puerto de Paapete en la colonia francesa de Tahiti, y el corsario *Emden* bombardeaba el puerto hindú de Madras.

²⁵⁶ *La Patria*, 28 de septiembre, edición de la tarde, p. 2.

²⁵⁷ En este combate naval, los alemanes perdieron tres cruceros ligeros, dos torpederos y un destructor, además de otros buques dañados, 712 muertos, 149 heridos y 336 prisioneros. En cambio, los británicos sólo lamentaron 35 muertos, 55 heridos y cuatro barcos levemente dañados.

en la estrategia germana de avanzar hacia el mar y controlar la costa franco-belga del Canal de la Mancha²⁵⁸. Empero, también concluía que había mucha exageración sobre el poder a largo alcance de los zepelines, argumentando que en el reciente ataque naval inglés a Heligoland –no entraba en detalles sobre dicha batalla de todas formas- no fue repelido por dichos aparatos, pese a que se trataba de una estación naval y aérea. Podría afirmarse entonces que este autor tenía dudas sobre los aeróstatos, creyendo que su poder sólo era temible cuando se lanzaba sobre ciudades, pero no en operaciones rigurosamente militares. En ese aspecto fue un buen previsor, puesto que los dirigibles serían utilizados para bombardear, casi sin apoyo naval²⁵⁹, las ciudades de Inglaterra oriental en los dos siguientes años, y algunas urbes adicionales en Francia, Europa oriental y los Balcanes, aunque estas últimas nunca con gran magnitud²⁶⁰.

No obstante, el columnista de La Patria que respondía al pseudónimo de Ramondriag, escribía un artículo titulado “¿Es posible la invasión de Inglaterra?”, en el cual, si bien no ponía en cuestionamiento la superioridad numérica de los dreadnought británicos, sostenía que el armamento de los buques alemanes era superior, y que además, había que tomar en cuenta los acorazados del tipo “*Invincible*”, y el gran número de vapores, barcos de vela y submarinos germanos, muy aparte de los zepelines; se refería igualmente a un total de aproximadamente 200,000 marinos (activos y en reserva), aunque no citaba en lo absoluto la cifra correspondiente a la Gran Bretaña²⁶¹. Concluía que los ingleses debían prevenir una invasión, indicio que para él ésta sí era posible, denotando nuevamente las preferencias de La Patria hacia el bando alemán. No se equivocaba respecto al poderío de la flota alemana, pero sí en cuanto a las proyecciones estratégicas de la *Kaiserliche Marine*, que no fue sino hasta 1916 que decidió tomar una auténtica iniciativa y arriesgar sus barcos en una lucha directa con los británicos²⁶².

En líneas generales, a lo largo del segundo mes de guerra la lucha naval y aérea perdió cierto interés de parte de los comentaristas nacionales. Ello obedecía a que las principales acciones se estaban llevando a cabo en tierra, y en especial en el frente occidental, donde parecía que se definiría el resultado de la conflagración. En comparación, las operaciones en el mar eran tangenciales y no se vislumbraba ninguna

²⁵⁸ La Crónica, 8 de septiembre, p. 12-13.

²⁵⁹ El único bombardeo de zepelines sobre Inglaterra que se produjo en conjunción con un ataque naval fue el de abril de 1916, durante el segundo raid sobre Yarmouth. Los resultados fueron bastante parcos.

²⁶⁰ ROBINSON, D. *The Zeppelin in combat. A history of the German Naval Airship Division, 1914-1918*. Schiffer Military/Aviation History, Altglan, PA.

²⁶¹ La Patria, 8 de septiembre de 1914,

²⁶² STEVENSON, op. cit., p. 350. Esa iniciativa derivó en la Batalla de Jutlandia, el 31 de mayo de 1916.

batalla de alto calibre –como lo fuera Tsushima,-; mientras la actividad aérea, que tanto había impulsado la imaginación de los autores en julio y agosto, apenas podía ser tomada en cuenta: la realidad de los eventos se imponía.

Las atrocidades alemanas en Bélgica y su trasfondo en los medios peruanos

Pele Mele fue el primero en lamentar los desmanes perpetrados por los invasores alemanes contra la población civil belga en Lovaina²⁶³, aunque aún sin entrar en detalles, pues el hecho era que los telegramas ya hablaban mucho sobre los excesos alemanes en muchas ciudades belgas. Así que no fue de extrañar que un “germanófilo” llamado Arturo Oeschle escribiera en *El Comercio* negando toda veracidad a tales noticias y argumentando que Alemania, “mal que le pese a sus enemigos, es uno de los países más adelantados del mundo; que entre los soldados no se encuentra ningún analfabeto y que todos llevan en el fondo de su alma la nobleza”²⁶⁴. Protesta similar fue la del ciudadano de la colonia alemana en el Perú Rudolf Klein –quien afirmaba haber servido militarmente a su país-, negándolo todo y manifestando que “el pueblo alemán es reconocido como uno de los más cultos en el mundo”, y que pese a que en toda guerra morían civiles e inocentes, su pueblo sería incapaz de tales atrocidades²⁶⁵.

Entonces el 6 de septiembre apareció en *La Prensa* un comunicado de respuesta escrito por el ciudadano francés Godofredo d’Isledeseine, quien furiosamente aludía a las quejas de otros dos ciudadanos alemanes en ese mismo diario dos días atrás, en cuanto al hecho que “por su civilización, su cultura y sus nobles cualidades” serían incapaces de cometer barbaries; los refutaba recordando la matanza perpetrada durante la guerra de 1870-71 contra la aldea de Banelles donde no hubo combatientes, y que desde entonces no habían cambiado²⁶⁶.

El 8 de septiembre en *El Comercio* el alemán con pseudónimo Harklote entraba al debate, aclarando que eran sus compatriotas los que solían ser agredidos de forma bárbara, poniendo como ejemplo el maltrato de su embajador en China durante la rebelión bóxer, así como un envenenamiento de prisioneros alemanes por paisanos franceses en la guerra de 1870²⁶⁷. Para este personaje, todas las acusaciones eran

²⁶³ *La Crónica*, 3 de septiembre de 1914, p. 6.

²⁶⁴ *El Comercio*, 4 de septiembre de 1914, edición de la mañana, p. 1.

²⁶⁵ *La Crónica*, 4 de septiembre de 1914, p. 11.

²⁶⁶ *La Prensa*, 6 de septiembre de 1914, edición de la tarde, p. 1.

²⁶⁷ *El Comercio*, 8 de septiembre de 1914, edición de la tarde, p. 2.

infundadas, y destacaba entonces la siguiente frase, en la que la altivez con respecto a la supuesta superioridad de la raza blanca es más que palmaria:

Nuestros enemigos en Europa: franceses, ingleses, belgas, rusos, serbios y montenegrinos no se sienten bastante fuertes para combatir a dos naciones blancas: Alemania y Austria. Los franceses tienen que importar árabes y negros, y los ingleses tienen que pedir auxilio, contra una raza blanca en Europa, a una raza amarilla [...] más se deberían indignar de la parte que toman en la contienda entre razas blancas, la raza amarilla y negra, llamadas por los dos países, que según opinión de ellos marchan a la cabeza de los países civilizados...²⁶⁸

El debate continuó las próximas semanas, haciéndose sentir la respuesta del ciudadano francés Lucien Six, quien en once puntos resumió su respuesta a las quejas alemanas del siguiente modo: reconocía que hay noticias que exageran, “pero los rumores constantemente repetidos deben reflejar algo de verdad” y que había indicios de soldados alemanes golpeando civiles indefensos en aldeas belgas y francesas; que “la disciplina excesiva y rigurosa en el ejército alemán es un encaminamiento hacia ciertos actos brutales”, y que si bien acepta que en Alemania había gente culta y bondadosa, era un total error insinuar “que sólo los analfabetos son capaces de cometer actos salvajes”; y finalmente, que era lamentable afirmar que si los aliados ganaban se debería a sus tropas extranjeras, toda vez que el Kaiser estaba intentando ganarse la alianza de Turquía²⁶⁹. Este último punto es llamativo, porque no hubo intento del señor Six de refutar el comentario racista de su interlocutor germano, lo cual daba a entender que los prejuicios de raza y etnia no constituían el problema en el debate, sino solamente el cinismo germano para lanzar ese tipo de acusaciones.

Y en lo concerniente a la nación belga, cuando las acciones ya estaban centradas en el Marne y el Aisne, el heroísmo de esta nación no dejaba de ser reconocido, tal como se ha visto en páginas precedentes, y tal como lo mencionaba Pele Mele, porque a pesar de la destrucción y de “la flor de su juventud muerta en heroicas acciones, y superior a los infortunios, se ha mantenido erguida sin alarde, combatiendo por su independencia y su

²⁶⁸ *Ibidem*.

²⁶⁹ *La Crónica*, 11 de septiembre de 1914, p. 6.

integridad”²⁷⁰. Incluso el autor de *La Patria Aponte*, siempre con su predilección hacia las Potencias Centrales, reconocía su valor, pero consideraba correcta la conversión de su territorio en una gobernación militar por el hecho que eso serviría a los alemanes para estar más cerca de Inglaterra; es decir, para él los aspectos geopolíticos y la cuestión del equilibrio que ya antes había referido, eran más importantes que el derecho a la libre soberanía y la democracia²⁷¹. Por último, y sin abandonar su tono bromista, Feurs qui vit en el mismo diario opinaba que hasta ese momento, “la gloria se la lleva Bélgica, pequeña nación que hasta apenas un mes pasaba desapercibida junto a las grandes potencias, y hoy les da ejemplo de abnegación y heroísmo”²⁷². Así, podía ser fuerte la propensión de este periódico hacia el Reich, pero no dudaba en reconocer valores que también se adjudicaban a los soldados alemanes.

Bélgica se había convertido en un ejemplo a seguir como nación pequeña que no se rendía, pero por encima de ello, la cuestión de las atrocidades alemanas –reales, pese a las exageraciones- había levantado la cortina existente entre los denominados “francófilos” y “germanófilos” en algunos círculos nacionales, especialmente entre los ciudadanos alemanes y los franco-belgas: así, podría afirmarse que se desataba un frente mediático en el Perú, más polarizado que durante el primer mes de guerra.

El socialismo nuevamente

La cuestión socialista no se volvió a vocear sino hasta mediados de septiembre, cuando *La Patria*, con su tónica pro-nacionalista, se preguntaba qué hacían los socialistas: “lo mismo abominan de los imperios que de las nacionalidades. Sin duda razonan su actitud diciendo que si no hubiera imperios ni nacionalidades, tampoco habría conflictos internacionales”; un argumento que el anónimo autor consideraba tonto e irreal, asumiendo que “llegado un caso concreto, los socialistas como los demás mortales, no tienen más remedio que mostrarse imperialistas o nacionalistas”, y para afirmar eso se basa en la guerra bóer, cuando las tendencias de lucha de clase habrían desaparecido, tanto en Gran Bretaña como en Sudáfrica²⁷³. La tendencia conservadora de *La Patria* se hacía notar.

²⁷⁰ *La Crónica*, 15 de septiembre de 1914, p. 11.

²⁷¹ *La Patria*, 12 de septiembre de 1914, edición de la tarde, p. 3.

²⁷² *La Patria*, 16 de septiembre de 1914, edición de la tarde, p. 2.

²⁷³ *La Patria*, 12 de septiembre de 1914, edición de la tarde, p. 2.

Por otro lado, La Crónica rememoraba el congreso socialista celebrado en París a fines de julio cuando se había clamado por la paz: al final había sido en vano, aunque “en medio de todo, consuela que millones de voces se hayan alzado al unísono para proclamar un mismo ideal de concordia y de solidaridad”, y que en el largo plazo se oírían con fuerza cuando la guerra cesara²⁷⁴. Ese mismo día en otro artículo, La Crónica se refería a las mujeres en los ejércitos, un tema no estrictamente socialista, pero sí parte del ala más progresista de muchos movimientos de izquierda; más allá de la participación de la mujer en labores administrativas propias de los hombres en las ciudades o incluso en el mismo frente, se enfatizaba a la mujer-soldado, tomando como principal ejemplo a una francesa llamada Jane Dieulaufoy, denotándose que “más que las condiciones de fuerza física, lo que hace a la mujer un soldado terrible de la guerra, son sus cualidades de carácter y temperamento”, y ponía como ejemplo un recuento de mujeres guerreras de la Historia²⁷⁵. Tal como ocurriera en julio, La Crónica era el diario que se inclinaba a defender los valores del socialismo, insistiendo siempre en los métodos pacíficos para una equidad social, y en ningún momento compartiendo el radicalismo de González Prada. El tema, de todos modos, perdía raigambre frente a lo estrictamente bélico.

El caso de Suiza

Suiza, que en ese entonces parecía haberse convertido en el “asilo” de los socialistas no deseados en sus respectivos países, merecía también algunas líneas de parte de los comentaristas peruanos. Ya desde un comienzo diversos telegramas anunciaban un posible ataque alemán a su vecino alpino del mismo modo que había ocurrido con Bélgica, y ya se ha mencionado en páginas precedentes a algunos columnistas que planteaban una ruptura del frente francés en Alsacia a través de un involucramiento por Suiza. Quizá por ello el capitán Rodrigo Zárate escribiera para La Crónica un artículo hablando sobre la república cantonal, de la que tras describir su peculiar forma de gobierno y su historia desde el conato revolucionario de 1788, concluía que vive en “un régimen de absoluta libertad, orden e independencia”, donde la educación, la industria y el comercio son consideradas de gran trascendencia, con la “sana orientación de instituciones políticas presididas por hombres probos y amantes sinceros de la libertad y

²⁷⁴ La Crónica, 22 de septiembre de 1914, p. 8.

²⁷⁵ La Crónica, 22 de septiembre de 1914, p. 12.

la paz”, explicándose así “el progreso prodigioso de este pequeño estado, dispuesto a defender con la mayor entereza el mantenimiento de su integridad”²⁷⁶. Por lo visto, aquellos países pequeños y desarrollados políticamente hacia modelos democráticos y liberales, como Suiza y Bélgica, eran del gusto de los columnistas nacionales, y no generaban sentimientos encontrados como las grandes potencias. ¿Iba acorde con el ideario nacional de un país que salía adelante en lo intelectual y material, sin necesidad de abusar del resto por medio del imperialismo?

Las perspectivas creadas por la Batalla del Marne

La Batalla del Marne no fue el combate decisivo que decidió la guerra, pero ciertamente marcó la detención del avance alemán, puso fin a las esperanzas de una rápida victoria del Reich en el Oeste, e incluso el ya citado autor Holger Herwig la considera trascendente en el largo plazo, no sólo por sus implicancias en la guerra misma, sino para las estrategias de futuros conflictos²⁷⁷. Las perspectivas cambiaban y el horizonte de un final del conflicto se dilataba, lo cual afectó también a la opinión pública nacional. Por ejemplo, Pele Mele lamentaba cómo la guerra afectaría a la ciencia y a la literatura, puesto que “todas las ideas que están en marcha, los inventos que requerirían sólo unas cuantas pruebas, la obra lenta pero segura que hacía su camino [...] quedará paralizado”; esto es, ya presagiaba que la lucha se extendería mucho más de lo esperado para afectar de ese modo los adelantos científicos²⁷⁸. Luego, conforme se percibía que la Batalla del Marne no sería definitiva, el mismo autor vislumbraba un futuro más sombrío y comparando este conflicto con los anteriores, le resultaba paradójico que una potencia en ascenso y de una raza casi homogénea como Alemania, se uniera a un estado decadente y pluriétnico como Austria –que además había sido su enemigo en 1866-, e incluso se acercara a Turquía, “el enfermo de Europa” y de una cultura tan distinta²⁷⁹. Por otra parte, Inglaterra, “de raza sajona, con muchos vínculos raciales y de cultura con Alemania”, se unía a la autocracia rusa y a su secular enemiga Francia. De todo esto llegaba a una interesante deducción:

²⁷⁶ La Crónica, 6 de septiembre de 1914, p. 13.

²⁷⁷ HERWIG, H. *The Marne, 1914: The Opening of World War I and the Battle That Changed the World*. Random House Trade Paperbacks, 2011. La enseñanza del Marne serviría al general alemán Manstein a modificar totalmente el plan de invasión de Francia en 1940 a inicios de la Segunda Guerra Mundial, esta vez con un éxito rotundo.

²⁷⁸ La Crónica, 3 de septiembre de 1914, p. 6.

²⁷⁹ La Crónica, 8 de septiembre de 1914, p. 13.

Los países proceden teniendo en mira intereses nacionales presentes y futuros, que están ligados a todas las contingencias y cambios de la realidad viviente y su sentimentalismo respecto a sus vecinos es circunstancial, y pasajero aunque por lo mismo muy fuerte y sincero en un instante dado. Este aspecto de la liquidación, teniendo en mira todas las posibilidades, nos lleva a contemplar las enormes dificultades con que tropezará el vencedor después de terminada la campaña para plantear la nueva faz de la política europea. [...] Tal vez lo grave no sea la guerra misma, sino la liquidación final cuando el cañón abra paso a los apetitos, a las intrigas o a los desbordes sociales.²⁸⁰

Pele Mele colocaba entonces en dos grupos a los beligerantes, siguiendo criterios raciales, históricos, ideológicos y culturales: por un lado las sajonas Inglaterra y Alemania con culturas similares y que eran las principales potencias, y frente a aquellas, los estados en decadencia y anticuados, sin homogeneidad racial y débiles, como Austria-Hungría, Rusia y el Imperio Otomano; Francia quedaba aislada tanto por lo racial como por lo histórico. Sin embargo, tenía que admitir que las cuestiones prácticas pesaban más en momentos de crisis, pero que una vez que la guerra terminara, los otros aspectos estarían nuevamente sobre la palestra, pero bajo una coyuntura distinta.

Como era de suponerse, las perspectivas en cuanto al mismo conflicto variaban conforme éste se iba alargando. La Batalla del Marne dejó bien claro que no habría un vencedor en el corto plazo y las trincheras que iban apareciendo en el frente occidental sancionaban tal idea. Historicus ya preveía el problema demográfico sobre las reservas y sobre las dificultades tremendas de manutención de ejércitos gigantescos: “Seis u ocho millones de soldados rusos en campaña no pueden materialmente subsistir, aún a expensas del territorio invadido”; el autor sabía que esto afectaba a la economía no sólo de los beligerantes, porque “el comercio sufre de un modo terrible en todas partes, aun en los países neutrales, por la paralización de las transacciones mercantes y financieras”²⁸¹. Empero, era muy candoroso al confiar que la crisis económica pondría fin a las hostilidades en un corto plazo: “Los consejos gubernativos de las potencias europeas tienen diplomáticos eminentes que discuten las cuestiones internacionales sin apasionamientos, desde el punto de vista práctico de la conveniencia”. Precisamente, los apasionamientos serían causa –no la única ciertamente- de la gigantesca mortandad de la Gran Guerra, y todas las potencias encontrarían la forma para financiar la guerra,

²⁸⁰ *Ibidem*.

²⁸¹ *El Comercio*, 27 de septiembre de 1914, edición de la tarde, p. 1.

aunque en el largo plazo el bloqueo ejercido por la Entente a las Potencias Centrales terminaría por ahogarlas²⁸².

La Batalla del Marne daba a entender que la guerra, además de dilatada, iría definitivamente atrayendo a otros países. Un punto significativo era que los medios sabían que el Imperio Otomano simpatizaba con las Potencias Centrales, pero *Historicus* era bien sagaz al afirmar aún en septiembre que “si el sultán participa en la conflagración actual, su imperio podría desaparecer de Europa”²⁸³; paradójicamente terminaría desapareciendo de casi todo Medio Oriente y no perdería su estrecho territorio europeo. En la germanófila *La Patria*, siempre siguiendo las noticias acerca de la movilización otomana que ya se había iniciado en agosto, Aponte consideraba segura su pronta participación, sugiriendo que atacaría a Grecia por el control del Egeo, con lo cual Bulgaria entraría a su favor para recuperar lo perdido en la Segunda Guerra Balcánica²⁸⁴. Tenía entonces en mente una renovación de las dos guerras regionales de 1912-1913, y probablemente también la pérdida *de facto* de Creta que Turquía sufriera por presión de las potencias, después de su victoria militar sobre los helenos en la llamada ‘Guerra de los Treinta Días’ de 1897. Resulta paradójico, por otra parte, que Aponte desestimara como absurdo un ataque naval otomano contra los rusos y se fijara sólo en los intereses de Estambul en el Egeo; precisamente el 31 de octubre una operación naval contra las bases rusas en el Mar Negro, sería lo que apresuraría la entrada en la guerra de la Sublime Puerta.

Era aquel, por tanto, un contexto de guerra global que comenzaba a emerger con más fuerza, tanto en la realidad como en los medios. La lucha en las colonias y la entrada en guerra de Japón extendieron el radio bélico al África y Extremo Oriente, pero como dichos frentes no eran primordiales para los beligerantes europeos, se entiende que tampoco lo fueran para el periodismo peruano. Empero, *Historicus* indicaba –incluso antes que Aponte²⁸⁵- que se preveía la promoción de sediciones por parte alemana en las colonias británicas y francesas, pero que “hasta ahora no hay el menor síntoma de insurrección”. Naturalmente, no siendo precisamente germanófilo, no era tan optimista como su colega²⁸⁶.

²⁸² STRACHAN, op. cit., capítulo 10; STEVENSON, op. cit., capítulos 9 y 10. Ambos autores son bastante altisonantes en cuanto a los efectos a largo plazo del bloqueo y a las múltiples alternativas de financiamiento que encontraron los beligerantes.

²⁸³ *El Comercio*, 10 de septiembre de 1914, edición de la tarde, p. 1.

²⁸⁴ *La Patria*, 12 de septiembre de 1914, edición de la tarde, p. 3.

²⁸⁵ *La Patria*, 28 de septiembre de 1914, edición de la tarde, p. 3.

²⁸⁶ *El Comercio*, 10 de septiembre de 1914, edición de la tarde, p. 1.

Finalmente, y relacionado también a lo económico, el tratado firmado a inicios de septiembre entre los miembros de la Entente, según el cual ninguno de ellos firmaría la paz por separado con las Potencias Centrales, a decir de Variedades, “ponía la situación en un terreno peligroso para Alemania, pues significa que necesita no sólo vencer sino aniquilar completamente a sus poderosos enemigos”²⁸⁷. El tema del enorme gasto y de la dilatación del marco temporal del conflicto, se sentían en esas palabras. Y una semana más tarde, La Crónica presagiaba el desastre económico independientemente de quien ganara la guerra: todos sentirían el desequilibrio comercial, interno y financiero; los soldados que retornaran del frente encontrarían las fábricas y oficinas cerradas, todo en medio de un luto general por los muertos y con hogares destruidos²⁸⁸. Evidentemente, en medio de aquel lirismo con el que describía la situación, no establecía una cadena de factores para brindar una explicación más científica a la crisis financiera y social que se avecinaba.

En resumen, la Batalla del Marne fue un determinante para que los diversos medios se concientizaran totalmente sobre la gran magnitud del conflicto, aunque posiblemente nadie aún tenía idea de hasta qué punto llegaría en destrucción y pérdida de vidas. Pero era indudable que el número de contendientes y de frentes se ampliaría, y que muchos otros aspectos, como el económico e incluso el cultural, se verían afectados a largo plazo. En fin, la idea de una auténtica Guerra Mundial ya estaba presente al finalizar el segundo mes de combates.

²⁸⁷ Variedades, 12 de septiembre de 1914, p. 1200.

²⁸⁸ La Crónica, 16 de septiembre de 1914, p. 10.

CONCLUSIONES

Después de haber evaluado la reacción de la prensa ante el estallido del conflicto, la crisis diplomática previa y los dos primeros meses de operaciones militares, pueden colegirse algunas conclusiones generales al respecto.

En **primer lugar**, existe un gran interés por parte de los distintos medios en la conflagración mundial, buscando cubrir la misma con la mayor cantidad de telegramas provenientes de todo el mundo, y ampliando la información con artículos especiales que presentan datos sobre la geografía, el desarrollo de una batalla o campaña particular, las armas, la composición de los ejércitos; y a ello se agregan naturalmente, las crónicas de opinión. En lo concerniente a esta última cuestión, los temas más recurrentes son los que tratan de las causas, dimensión, trasfondo y eventuales consecuencias de la guerra. En cuanto a lo estrictamente militar y estratégico, es el frente occidental el que más columnas acapara. Otros temas discutidos, aunque en menor grado, fueron los frentes oriental y serbio, la guerra naval y aérea con las elucubraciones –a veces fantásticas- en torno al futuro de ambas, el militarismo alemán, el parlamentarismo francés, la debilidad austrohúngara, el poderío comercial británico, el veloz crecimiento de Japón, el “heroísmo” de las pequeñas naciones belga y serbia, el atentado de Sarajevo, el discurso socialista y pacifista ante la guerra, y las atrocidades alemanas en Bélgica. Algo se comenta sobre los neutrales, en especial Italia, aunque en los últimos tramos de septiembre, cuando ya se avizoraba un conflicto más largo e intenso, se analizan a todos los probables contendientes, sobre todo en el entorno balcánico. Del inicio de la lucha en la colonia germana de Tsingtao, las operaciones en Nueva Guinea, Togo, Camerún, África Oriental y África Sudoccidental, no se escribió prácticamente nada.

Una **segunda conclusión** concierne a la incertidumbre. Muchos de los cablegramas resultaban ser falsos o inexactos, por lo que en diversas ocasiones los columnistas se terminaban contradiciendo o reflexionando basándose en premisas falsas. Ello conllevaba a que los autores variaran de opinión continuamente. Caso especial fue el frente oriental, respecto al cual la información era tan ambigua y ajena a la realidad, que no daba pie a juicios profundos de índole estratégica.

Una **tercera conclusión** es que la mayoría de medios se encuentran de parte de la Entente, con una predisposición especial hacia Francia, que se nota más en La Crónica y

El Comercio. Su sistema republicano y democrático era percibido como un ejemplo, en tanto no existía una mayor inclinación hacia Gran Bretaña, aunque sí se reconocía su poderío naval y era considerada la máxima potencia comercial y colonial. En el caso alemán, si bien se reconocen sus virtudes en materia militar, crecimiento industrial y disciplina, se le achacan muchos defectos precisamente por su excesivo militarismo y autoritarismo. La única excepción es La Patria, que esbozaba un indudable filogermanismo, mientras la revista Variedades presenta un anti-germanismo sumamente fuerte, al punto de satanizar al Kaiser. Sobre Austria-Hungría, hay una especie de simbiosis entre admiración y piedad hacia los Habsburgo, inmersos en un sistema caduco militarista, despótico y que no reconoce nacionalidades; en suma, en franca decadencia. La opinión sobre Rusia es parcialmente negativa, pero va mejorando aparentemente por tratarse del aliado más antiguo de Francia, y si bien la autocracia zarista siempre se perfilaba como negativa, no ocurría lo mismo con la valentía y honor del pueblo ruso. Bélgica y Serbia se ganan rápidamente las simpatías por su “tenacidad y heroísmo”, en especial la primera, que también tiene una fama de estado democrático y progresista; y la neutral Suiza también es encomiada por sus valores democráticos y su fama de país ordenado. Algo parecido va dirigido a Italia, a la que se le justifica la neutralidad considerándose que desde un punto de vista moral, nacionalista y geopolítico, hubiera sido incongruente luchar junto a Austria-Hungría.

En **cuarto lugar**, es evidente el poco conocimiento de la estrategia militar en los frentes. En general, en cuanto al frente occidental, no se tiene idea del Plan Schlieffen, y se seguía considerando que los germanos perpetrarían ataques frontales, y que la invasión de Bélgica no tenía mayor importancia (incluso algunos supusieron que se produciría un ataque a través de Suiza). Aún prevalecía la idea de un ataque frontal y en todo momento se aguardaba una batalla decisiva –Waterloo suele ser el ideal detrás de ello- que decidiera la guerra de un solo golpe. La Batalla del Marne sí es concebida como de gran importancia, pero ni siquiera en ese momento se discernieron los nuevos objetivos de los contendientes, creyéndose que se seguiría luchando en Francia nororiental y no que se produciría un flanqueo hacia el Canal de la Mancha. Igualmente, en el frente oriental se sobreestima mucho el poder del ejército ruso, y se llega a creer que la Prusia Oriental alemana ha sido rebasada y que la victoria de la Entente en ese lugar es inminente, pese a que sí se prevé con juicio el triunfo sobre los austriacos en Galizia. Del frente serbio no se sabe casi nada y no se especula en lo absoluto sobre la

táctica a seguir, pese a que en el mes de julio sí se entrevé un conocimiento importante acerca de las relaciones austro-serbias. Empero, respecto a la estrategia de los potenciales beligerantes balcánicos, no se tiene una idea clara y hay muchas contradicciones entre los columnistas. Incluso un mismo autor cambia de opinión continuamente, y ello debido no sólo a su poco conocimiento del tema estratégico militar, sino a los errores de las noticias a las que se ha hecho referencia en la segunda conclusión. Finalmente, en cuanto a la guerra naval y aérea, había mucha expectativa al inicio –incluso al punto de llegar a visiones fantásticas en lo concerniente a la lucha en el aire-, pero la realidad termina imponiéndose y el tema pierde interés.

Una **quinta conclusión** concierne a las proyecciones hacia el pasado y el futuro. Especialmente *Historicus* en *El Comercio*, los columnistas tienen un buen conocimiento sobre la geopolítica europea y sobre el carácter e intereses de cada monarquía o república del Viejo Mundo. Interrelacionan hechos pasados y tienen una visión bastante integral respecto a las causas del conflicto, mencionando diversos temas que la historiografía posterior tomaría en cuenta, como el sistema de alianzas, la carrera armamentística y naval, los nacionalismos, las querellas pasadas –principalmente la guerra franco-prusiana-, las luchas sociales, el imperialismo, el enfrentamiento comercial y las ambiciones personales. Igualmente, la mayoría de escritores es consciente que la guerra tendrá efectos substanciales en el largo plazo en lo político, social, económico y cultural inclusive; consecuencias que cambiarían el mundo y darían inicio a una nueva era. Varias de sus predicciones resultarían ser ciertas.

Un **sexto punto** compete al socialismo y al pacifismo. Son estrictamente tres los diarios los que se refieren a ello: *La Crónica* como la más equilibrada y con cierta tendencia a favor de los socialistas; *El Comercio* condenando rotundamente a los pacifistas y separándolos de aquellos que perseguían objetivos realmente socialistas; y *La Patria*, como diario de derechas y muy nacionalista, atacando a los dos grupos.

La **séptima conclusión** se relaciona al ideario nacional imperante a mediados del período de la República Aristocrática. Los distintos columnistas están a favor de un progreso material, tanto en lo científico como en lo intelectual, y se percibe en ellos lo que estaba ocurriendo en el ambiente ideológico nacional de esos tiempos: un avance desde el positivismo al idealismo que representan Deustua y García Calderón, principalmente. Incluso los autores de *La Patria*, tan nacionalistas y en algunos casos comprensivos con el imperialismo, no dejan de encomiar tales valores, y he allí la

exaltación de la actitud belga. De todos modos, el elemento nacionalista era aún fuerte, y si se exhibía alguna idea sobre revolución social, era ésta evolutiva y moderada, muy alejada de la violencia que exhortaba el entonces anarquista González Prada.

Por último, y como **octava conclusión** también ligada al entorno peruano, se esboza lo que los medios presentaban como una polarización entre ‘francófilos’ y ‘germanófilos’, que podría ser catalogada como una proyección de la guerra en una lucha verbal en el Perú. Pero al mismo tiempo, y como complemento a lo anterior, se comenzaba a forjar un debate entre ciudadanos alemanes por un lado, y franco-belgas por el otro, con relación a las atrocidades cometidas por el invasor germano en algunas ciudades belgas a fines de agosto de 1914. Al esbozar cada quien sus argumentos, exponían paralelamente la visión que tenían de su patria desde el Perú. Tampoco se debe menospreciar la opinión de la comunidad croata.

Más allá de todos los errores y los desconocimientos de diversas materias de parte de los columnistas, lo principal es que la Gran Guerra, desde antes de su estallido, demandó la atención de un importante grupo de la sociedad peruana. El hecho que tanto las noticias cablegráficas como los artículos de opinión se mantuvieran, y los temas de discusión paulatinamente se fueran multiplicando, era prueba de que el público nacional estaba muy interesado y le importaba seguir la coyuntura.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes Primarias

Diario El Comercio, 28 de junio – 30 de septiembre 1914.

Diario La Crónica, 28 de junio – 30 de septiembre 1914.

Diario La Patria, 28 de junio – 30 de septiembre 1914.

Diario La Prensa, 28 de junio – 30 de septiembre 1914.

Diario La Protesta, 28 de junio – 30 de septiembre 1914.

Revista Variedades, números 331-342, julio-septiembre 1914.

Fuentes Secundarias

BASADRE, Jorge

2005 [1939] *Historia de la República del Perú*. Diecisiete Tomos. Empresa Editora El Comercio S.A., Lima.

GARCÍA CALDERÓN, Francisco

2001 [1912] *Obras Escogidas III. Las Democracias Latinas en América*. Fondo Editorial del Congreso del Perú.

GARGUREVICH, Juan

1991 *Historia de la prensa peruana, 1594-1990*. Lima: La Voz.

GILBERT, Martin

2004 *La Primera Guerra Mundial*. España: La Esfera de los Libros.

HAMILTON, Richard y Holger HERWIG

2004 *Decisions for War, 1914-1917*. Cambridge Univeristy Press.

HASTINGS, Max

2013 *1914, el año de la catástrofe*. Editorial Crítica.

HERWIG, Holger

2011 *The Marne, 1914: The Opening of World War I and the Battle That Changed the World*. Random House Trade Paperbacks.

HERWIG, Holger

2014 *The First World War. Germany and Austria-Hungary 1914-1918*. 2nd Edition. Bloomsbury.

- LAWSON, Eric y Jane LAWSON
1996 *The First Air Campaign, August 1914-November 1918*. Combined Books: Pennsylvania.
- LÓPEZ MARTÍNEZ, Héctor
1989 *Los 150 años de El Comercio*. Lima: Edición de El Comercio.
- MACMILLAN, Margaret
2013 *1914: De la Paz a la Guerra*. España: Editorial Turner.
- MARTEL, Gordon
2014 *The month that changed the world: July 1914*. Oxford University Press.
- MENDOZA MICHILLOT, María
2013 *100 años de periodismo en el Perú, 1900-1948*. Lima: Universidad de Lima, Fondo Editorial.
- NOVAK, Fabian y ORTIZ, Jorge
2014 *El Perú y la Primera Guerra Mundial*. Lima: Fondo Editorial PUCP.
- PALMER, Alan
1997 [1978] *The Kaiser: Warlord of the Second Reich*. Phoenix Giants.
- ROBINSON, Douglas H.
1994 *The Zeppelin in combat. A history of the German Naval Airship Division, 1914-1918*. Schiffer Military/Aviation History, Altglen, PA.
- ROOT, Irving
2010 *Balkan Battles. A history of the Balkan Fronts of the First World War*. PublishAmerica Baltimore.
- SALAZAR BONDY, Augusto
2013 [1965] *Historia de las ideas en el Perú contemporáneo. ¿Existe una filosofía de nuestra América?* Tercera Edición. Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- SALIS, Jean
1979 *Historia del Mundo Contemporáneo*. Seis volúmenes. Barcelona: Labor.
- SENIOR, Ian
2014 *Invasion 1914: The Schlieffen Plan to the Battle of the Marne: Before the trenches - the first battles of World War I*. Osprey Publishing.
- STEVENSON, David
2013 *1914-1918, Historia de la Primera Guerra Mundial*. Debate.
- STRACHAN, Hew
2001 *The First World War. Volume I: To the Arms*. Oxford University Press.

TAURO DEL PINO, Alberto
1993 *Catálogo de seudónimos peruanos*. Lima: Ariel, Comunicaciones para la Cultura.

TUCHMAN, Barbara
2004 *Los cañones de agosto: treinta y un días de 1914 que cambiaron la faz del mundo*. Barcelona: Península.

